

Suenos  
de  
Cavidad  
Antologia

Cuentos de navidad es una antología que nació con la intención de agradecer a nuestros lectores por seguirnos en estas locuras que salen de nuestras hermosas cabecitas que dicho sea de paso no siempre son las mejores, gracias por su apoyo y esperamos que sigan con nosotros en este hermoso camino de la escritura.

Ilustrado por SIBERIAN de

<http://vampiresiberian.blogspot.mx>

Bajo el mismo  
Techo



# Bajo el Mismo Techo

Por

**Yukima Reyes**

De

<http://y-reyes.blogspot.mx>

La canción “We Wish you a Merry Christmas” se escuchaba por décima vez en el local del primer piso, la música se filtraba por la ventana del quinto piso, y él tenía la grandiosa suerte de estar a sólo un metro de ella, no era como si la odiara, no era un amargado que iba odiando estos días, es más, los amaba, pero escuchar la misma canción una y otra vez era un poco estresante.

Antes de darse cuenta estaba tipeando al ritmo de la música, solo se dio cuenta cuando casi empieza a tararearla, miró a su alrededor avergonzado y suspiró aliviado de no ver a ninguno de sus compañeros de trabajo mirar en su dirección.

Él tenía muchas facetas, su faceta de empleado perfecto quedaría arruinada por cosas así.

Su alivio duró poco.

La profunda y molesta voz de su jefe de piso se hizo escuchar, llamándolo.

—Aldrich, ¿Puede venir un momento?—

Cedric quería poder decir que no, en realidad odiaba que esa frase fuera una pregunta retórica.

—Enseguida, señor—

El mesón de su jefe, lamentablemente, estaba a pocos metros de su propio escritorio, también cercano al ventanal.

Llego allí en segundos y tomó sus manos detrás de la espalda, preguntando que infiernos iba a decirle ahora su gran, apuesto y molesto jefe, el señor Adrian Lowell siempre tenía algo que decirle, casi siempre con una crítica indirecta, cosa que no le molestaría si él fuera un trabajador flojo y poco comprometido, pero era todo lo contrario ¡hasta hacía horas extras sin pedir más sueldo! Pero siempre, siempre había algo mal con él según su jefe, cosa que lo irritaba cada vez más, no por nada se esforzaba en ser un responsable y perfecto empleado.

— ¿Sucede algo, señor?—

Por supuesto, él nunca le diría eso a la cara, su faceta de trabajador perfecto también incluía una paciencia insuperable.

— ¿Cómo va el informe?—

— Estoy por terminarlo, señor—

Su jefe lo miró unos segundos.

—Mmmm... recuerda que debes entregarlo a las cinco—

El informe estaba casi terminado, que parte de “Estoy por terminarlo” no había entendido y ¡Eran las tres de la tarde!

Cedric mordió su mejilla por dentro, y conto hasta cinco.

—Estará listo antes

Su jefe elevó una ceja y él supo que había faltado algo en su frase.

—...Señor

Una pequeña curva delató un inicio de sonrisa en el rostro del señor Lowell y Cedric no pudo evitar preguntarse si se estaba burlando de él, y que había hecho para merecer eso.

— ¿Puedo volver a mi trabajo, señor?—

—Por supuesto

— Gracias

Estaba dándose vuelta para volver a su escritorio cuando lo llamaron de nuevo.

—Oh, y Aldrich...

— ¿Señor?

—Tal vez si sigues trabajando al ritmo de “Merry Christmas” puedas terminar a tiempo—

Pudo sentir la mirada de sus compañeros centradas en él, en su boca quemaba una frase mordaz y que seguramente lo llevaría a estar patitas en la calle con una carta de despido. Como siempre, mordió su mejilla nuevamente y contó, esta vez hasta diez, antes de pensar una buena frase.

—Lo haré, señor. Tal vez funcione y termine más rápido... ahora, si me permite, tengo que terminar mi trabajo

Regresó a su escritorio con un paso tranquilo y sereno, comenzando a tipear nuevamente, por supuesto no usando el ritmo propuesto por su jefe.

Agradecía que hoy fuera el último día de trabajo y mañana y pasado libre por navidad. Su jefe podía ser molesto, pero la empresa era buena, dándole muchos días libres y él adoraba eso, pensando en llegar a casa y disfrutar de sus descansos, siguió trabajando feliz.

Desde su punto de vista no podía ver la sonrisa que bailaba en los labios de Adrian.



—Es por eso que nunca me gustó tu novio— Su hermana aprovechaba cualquier momento para restregar un indirecto *te lo dije* sobre cómo su relación con Dan no había resultado—Mira que dejarte solo en vísperas de navidad, cielos, ese hombre no encontrará a otro como tú, ya lo veras

No pudo evitar sonreír a su hermana, la cual estaba poniendo la mesa mientras él se preocupaba de la olla.

—Gracias, pero en serio, estoy bien, las cosas no iban bien desde hace tiempo y ya han pasado dos semanas desde que me dejó. Podrías dejar de mencionarlo, no ayudas mucho a olvidarlo que digamos

— ¡Solo estoy diciendo que tienes que escuchar a tu hermana mayor más seguido!

— Lo entiendo, la próxima vez que quiera salir con alguien te preguntaré primero

— Más te vale

Un extraño silencio cayó, y él sabía que cuando su hermana se quedaba callada era por algo importante, bajó el fuego de la cocina y se asomó al comedor.

— ¿Qué pasa?

Su hermana le dio una sonrisa que decía “*Yo no hice nada, bueno hice algo...pero no es malo*”

— ¿Qué hiciste, Cindy?—

— Uh....verás, ya que tu ibas a pasar la navidad con nosotros creí que era buena idea invitar a un amigo que también ha sido abandonado antes de navidad

—.... ¿Un amigo?— Cedric frunció las cejas y miró a su hermana, esperaba no estar a punto de conocer a un posible nuevo cuñado.

Su hermana pareció entender su insinuación.

—Oh, sí, es un amigo, batea para tu bando, pero como dije ha sido abandonado así que no te aproveches

—Por favor, yo nunca hago eso, espero que se aprovechen de mi— Le guiñó el ojo y su hermana rió.

—Correcto, como decía, estaba deprimido y le dije que como tú estarías aquí esta navidad habría más comida... y que si quería podía quedarse aquí... hoy...

— ¿Hoy? ¿No podías avisar antes? Digo... ¿Hoy? Cielos, Cindy, gracias por el aviso...me has dado mucho tiempo para prepararme para esta nueva visita

—Ami y Joe ya lo conocen, y la habitación de invitados está lista, no hay problema, tú solo sé quién eres— Su hermana lo miró unos momentos y añadió

—Hablo del de verdad

Su hermana conocía todas las perfectas facetas, siempre le gustaba ser perfecto en todo, eso incluía el perfecto hermano, el perfecto tío, el perfecto cuñado y todos los perfectos *roles* que se presentaran en su vida.

— ¿Qué quisiste decir con eso?

—Sabes a lo que me refiero, siempre tienes tu faceta perfecta cuando sólo eres un mimado un poco grosero

—Yo no soy grosero...no aquí, por lo menos...

—Sólo porque Ami y Joe pueden escucharte

— Porque soy un tío perfecto—

Como si escucharan su nombre, dos pequeñas sombras aparecieron bajando la escalera, una pequeña niña de hermoso y largo cabello castaño y un apuesto pequeño de cabello oscuro.

— ¡Oh, mis amores! Vengan con el tío Cedric

— ¡Tío Cedric!

— ¡Tío!

Los dos pequeños se abalanzaron sobre él pero pudo sostenerlos, solo tenían 5 y 7 años pero cada vez añadían un poco más de esfuerzo para hacerlo.

— ¿Vas a leernos un cuento? — Joe tiró de sus manos queriendo arrastrarlos al living.

— ¡Uno con aves, uno con aves!— Ami dió unos saltos alrededor de él.

— Tantos como quieran, y con muchas aves, pero primero hay que comer, si comen todo habrá cuento.

— ¡Vale!—

— Ya, dejen a tío Cedric y vayan a buscar qué cuentos quieren que les lean, la cena ya estará lista

El timbre sonó y Cedric miró a su hermana.

— ¿Tu amigo?

—Debe ser, dijo que llegaría por esta hora

— Ve a abrir, voy a ver cómo va la comida...

— No, tú ve a abrir, yo voy a ver la olla.

Cedric se encogió de hombros.

—Como quieras, pero si se te quema el arroz voy a reírme mucho de ti

—Imbécil, sólo a ti se te quema el arroz

—Y a mucha honra—No pudo evitar menear su trasero y reírse.

Los pequeños parecían no entender nada pero también rieron, alargando su risa, ¡cómo adoraba la risa de sus sobrinos!

Caminó hasta la puerta aun riéndose, pero en cuanto la abrió su risa murió, más bien, el aire pareció atorarse en sus pulmones.

— Señor Lowell

—Oh.... ¿Aldrich?

Cedric debía tener algo así como una maldición, esa era la única respuesta, no podía tener a su maldito jefe pasando la víspera de navidad con ellos.

—Ah, adelante, mi hermana ya está por servir la cena.

—Gracias— Entró mientras se sacaba la chaqueta— No sabía que Cindy era tu hermana.

—Yo no sabía que usted era su amigo— Estiró sus manos para recibir la chaqueta— Permítame— La colocó en un lugar seguro y se giró hacia su jefe.

No sabía qué le impactaba más, que su jefe estuviera solo en navidad, que fuera gay como él o que conociera a su hermana.

— ¿Es Adrian?—Gritó su hermana desde la cocina.

—Sí, soy yo ¿Cómo has estado Cindy?

Cindy salió de la cocina y tuvo una breve conversación con *Adrian* mientras Cedric intentaba no entrar en pánico y correr a esconderse.

— Cedric, creo que ya está listo ¿Puedes llamar a los niños?—

—Oh, claro, yo voy—La sola mención de *sus amores* le sacó una sonrisa y comenzó a subir las escaleras.

Ya vería que haría después, por el momento, quería mantener un cálido ambiente familiar, en casa era un perfecto hermano y tío, su faceta de perfecto empleado sería arruinada...pero qué importaba, ya lo arreglaría.



La cena fue tranquila, excepto por los constantes balbuceos de los niños, en los cuales terminaba participando.

Cuando la cena terminó Ami y Joe recordaron sus cuentos.

—Me comí todo, quiero un cuento—Joe apuntó su plato mostrando la evidencia, y de paso el abundante alimento que había caído alrededor.

— Yo también— Ami imitó a su hermano— Lo prometiste.

—Claro, claro ¿Ya eligieron los cuentos?—

—Yo quiero el del dragón, pero Ami quiere las aves— Se quejó Joe.

—Entonces veremos ambos ¿Ok?—

— ¡Aves!—Gritó Ami y comenzó a saltar.

Cedric juraría que la pequeña había sido un saltamontes en su otra vida, no podía mantener los pies en el piso.

— Yo voy a lavar los platos, tú entreténlos—Dijo Cindy comenzando a levantar los platos.

— Te ayudo con eso— Se ofreció Adrian que había estado un poco silencioso todo la cena.

— No, ve con los niños, pueden ser un peligro—Cindy desapareció en la cocina, no dejándole opción.

— Como quieras.

Cedric estaba incómodo leyendo con la penetrante mirada de Adrian, pero de todas formas los entretuvo hasta que los pequeños se quedaron dormidos.

Tomó a Ami y miró a su jefe, con la suficiente confianza como para dejar las formalidades.

— ¿Puedes cargar a Joe?

—Oh, claro

— Gracias, cada vez pesan más y esto se hace difícil.

Su jefe rió, una risa suave y fresca que no recordaba haber escuchado desde... nunca.

Luego de dejarlos en el dormitorio y arrojarlos correctamente, salieron silenciosamente de la habitación.

— Así que... realmente en la oficina eres falso ¿Verdad?

Cedric se giró hacia él, molesto.

— Hago correctamente mi trabajo ¿Qué en eso es falso?

— Por favor, Aldrich, eres como un robot, en cambio desde que llegue has sido muy diferente.

Cedric resopló, ¿qué le había hecho a su jefe para ser odiado? ahora solo faltaba que lo chantajearan.

— Mire, sé que me odia o algo, pero solo lo diré una vez, me gusta ser perfecto en todo lo que hago, soy un perfecto empleado, no debería tener quejas, así que el cómo me comporte fuera debería darle exactamente igual.

Al mirar al frente y ver la sonrisa en el atractivo rostro de su jefe lo sacó más de quicio.

— ¡No se burle! ¡¿En serio, que le hice?!

Antes de darse cuenta estaba acorralado contra la pared, ya que su jefe era más alto él tenía que mirar hacia arriba para sostener la mirada, los profundos ojos grises parecían ver a través de todas sus máscaras y facetas, y eso lo asustaba, pero no por eso apartaría la mirada.

— No es que te odie, es solo que es molesto tener a un robot trabajando, nunca te enojas, nunca contestas y siempre estas tranquilo, sabía que ocultabas algo y quería sacarlo a flote.

Cedric le dio una sonrisa torcida.

— Todos muestran el lado que quieren donde deseen, por ejemplo, usted ahora tampoco está siendo un buen jefe.

En vez de perturbarlo, Adrian sonrió perversamente.

— Eso es verdad, ahora no soy tu jefe, ni tu mi empleado.

Debía ser su imaginación, pero el rostro de Adrian se acercaba cada vez más.

—... ¿Y qué con eso?

— Que tal vez es momento de dejar de contenerme— Susurró antes de besarlo.

Cedric hubiera adorado alejarlo o empujarlo, tal vez rechazarlo le hubiera subido el ego, pero era algo imposible con lo buen besador que Adrian era, parecía jugar con sus labios y tentar a su lengua a salir a jugar, retrocedía y lo hacía seguirla, luego lo atacaba hasta dejarlo sin respiración, en pocos segundos Cedric se había rendido en el beso y lo devolvía tanto como podía.

Cuando el mayor se alejó, las rodillas de Cedric temblaban y sus pantalones se estaban volviendo muy ajustados.

Confundido miró hacia su jefe esperando una explicación. Lo único que recibió fue otro apasionado beso, esta vez rozando sus ingles juntas, si la dureza en los pantalones de Adrian decían algo, era que si no estuvieran en el pasillo la ropa hubiera dejado de existir hacía mucho tiempo atrás.

Los gemidos y sonidos estrangulados que escapaban de su garganta eran imposibles de retener, sus manos se estaban aferrando a la camisa de Adrian casi pidiendo más.

Cuando sus labios fueron puestos en libertad, intentó mirar el rostro de su jefe, su mente estaba tan nublada que no creía poder hablar.

— Siempre supe que te verías muy sexy estando excitado, pero esto es mejor de lo que imaginaba.

Cedric intentó preguntar a qué se refería pero su voz no salió así que lo intentó una vez más.

— ¿Qué significa eso?

Como respuesta, una pierna frotó su ingle haciéndolo gemir y esconder su rostro en el pecho de Adrian.

— Joder—Se quejó intentando no correrse en sus pantalones.

— Buena idea— Adrian le sonrió con ojos llenos de lujuria.

Un silencio se formó entre ellos, ambos mirándose sin saber qué decir o hacer, juraría que él mismo se estaba acercando al rostro de Adrian cuando la voz de su hermana lo sobresaltó.

— ¡¿Los niños ya están dormidos?! ¿Adrian, Cedric?

La voz de su hermana lo hizo volver a sus sentidos, dándose cuenta que había estado toqueteándose y besando a su jefe en el maldito pasillo, a pocos metros de la habitación de sus sobrinos.

¿Qué tan mal estaba eso?

Incómodo y sin saber que más hacer, Cedric empujó a Adrian y comenzó a caminar a su habitación, pero su mano fue atrapada y nuevamente fue acorralado, cuando iba a reclamar un dedo se posó en sus labios, y la sonrisa de Adrian lo dejó sin habla, en ella se veían todas las cosas que su jefe quería hacerle, y no estaba en contra de ninguna.

— ¡Sí, Cindy! Voy a hablar un poco de trabajo con Aldrich en su habitación, no molestes.

Y entonces estaba siendo arrastrado, si, él estaba siendo arrastrado a su habitación, estaba tan confundido que no fue hasta que Adrian cerró la puerta que pudo reaccionar.

— ¡¿Qué haces, y como rayos sabes que esta es mi habitación?!

— He venido antes, Cindy me mostró la casa una vez.

— Oh, sí, mi hermana... —Cedric se dio un golpe mental, no podía acostarse con su jefe, las cosas iban a ser malditamente incómodas después en el trabajo— Mmm Sabes....esto no debería estar pasando, los dos estamos mal por romper con alguien, no deberíamos...

Pero ni siquiera se le permitió hablar, los labios de Adrian nuevamente lo atacaban y lo hacían olvidar todo lo que iba a decir, las manos que bajaban por su cuerpo y apretaban su culo lo hacían gemir.

Adrian caminó con él aún besándolo hasta hacerlo caer a la cama.

La sensación de sus sábanas lo hizo despejar su mente un poco.

— E-Espera, no podemos— Beso

—Adrian— Era la primera vez que lo llamaba por su nombre, en recompensa... otro beso.

— Eres mi jefe— Beso.

A la mierda la lógica, pensó Cedric antes de devolver el beso y abrazar el cuerpo que se cernía sobre él.

Estaba necesitado, había sido abandonado, ¿qué estaba mal en tener una noche con un sexy semental?

Y él no había empezado, no podían culparlo ¿Verdad?

Pudo sentir a su jefe sonreír en medio del beso, pero no le importó.

Sus manos se movían por el tonificado torso del mayor, músculos duros y definidos se estremecían bajo su toque, tentándolo a tocar más, comenzó a deslizar la camisa, Adrian se alejó un poco ayudando a sacarla.

— Tal vez deberíamos aprovechar a retirar todo lo que...sobra— Susurró el mayor con una voz tan ronca que lo hizo estremecer.

— Tal vez, deberíamos...

Adrian se alejó y retiró su ropa en tiempo record, Cedric le siguió un poco más despacio por culpa del temblor de sus manos, estaba metiendo la pata, lo sabía, pero maldición, cómo quería, podía ver las consecuencia mañana por la mañana.

Luego de terminar de retirar su ropa dió una mirada a Adrian, el cual lo había estado observando, su mirada recorría su cuerpo deteniéndose en sus piernas, culo y cara.

Algo de timidez quemó en su estómago, siempre se sentía tímido cuando estaba bajo observación, pero él no era virgen, también era un perfecto amante, además sabía que su apariencia no era mala, no era flaco pero no había ningún exceso en su cuerpo, todo duro y trabajado, no por nada iba al gimnasio por las tardes.

Armándose de valor se giró hacia Adrian y le dio lo que esperaba fuera una sonrisa sexy.

— ¿Y? ¿Te gusta lo que ves? —

Sorprendentemente Adrian frunció el ceño cuando lo vio sonreír y se acercó con rostro serio.

— Me gustaba mucho hasta que te pusiste la máscara de robot.

Sus ojos deberían haberse abierto mucho, lo sentía, nunca nadie había descubierto sus facetas tan fácilmente.

— No lo hagas, actúa como tú, el verdadero tú.

Cedric quería decir que estaba siendo él, que no era una máscara, que él actuaba como quería cuando quería, pero en cambio bajó la mirada y asintió, nuevamente tímido.

— Eso está mejor— Respondió su jefe volviendo a besarlo y haciéndolo caer hacia atrás— y sobre tu pregunta, eres tan perfecto como imaginé.

— ¿Imaginaste sobre mí?

Su jefe rió, Dios, el adoraba el sonido de esa risa.

— La primera vez que te llame a mi escritorio y te volteaste me imagine muchas cosas mirando tu culo.

Cedric gimió entre halagado y avergonzado.

— Se supone que salías con alguien.

Su jefe sólo sonrió antes de besarlo y hacerlo olvidar todo, Cedric no se iba a quejar, pasó sus brazos sobre el cuello de Adrian y lo presionó contra su cuerpo.

— ¿Qué? ¿Más acción y menos palabras?— Dijo en medio de una risa cuando el beso en su cuello le dio cosquillas.

— ¿Quién dijo menos palabras? Planeo escuchar mucho de ti esta noche.

Cedric gimió mordiendo sus labios de acuerdo con todo lo que estaba por venir.



La iluminación de su habitación lo despertó, para estar así de brillante debía ser casi medio día,.

Cedric abrió los ojos confundido, él solía despertarse muchas horas antes del mediodía, y era 24 de diciembre, él nunca se levantaba tarde un 24 de diciembre.

¿Por qué seguía durmiendo?

Un movimiento a su lado lo hizo sentarse demasiado rápido.

El exquisito dolor en la parte baja de cuerpo trajo muchos recuerdos a su mente, placenteros y vergonzosos recuerdos.

¡Cielos!

*Y con mi jefe...*

Casi no recordaba haber sentido tanto el acto sexual con sus otros amantes, pero él era un perfecto amante que siempre complacía a sus parejas, eso no significaba que siempre disfrutara del acto, anoche había sido una perfecta excepción.

— Oh, madrugador— Susurró la voz de Adrian mientras una mano se deslizaba, casi naturalmente, por su cintura hasta reposar en sus nalgas.

— Buenos días— Cedric podía sentir el calor en su cara, sabía que si decía un halago como el que siempre decía después de una noche de sexo, Adrian sabría que era una máscara.

— Buenas— Adrian, nuevamente de una forma natural, se inclinó a besarlo.

Cedric no estaba acostumbrado a este tipo de muestras de cariño, pero no iba a quejarse.

— Mmm ¿Cómo está tu cuerpo?

Cedric abrió su boca entre sorprendido y avergonzado, tampoco nunca nadie le había hecho ese tipo de preguntas.

— Uh...muy bien

En realidad lo estaba, muy bien adolorido en todos los lugares correctos ¡Muy bien!

— Perfecto ¿Eso significa que puedes soportar otra ronda?

Cedric se sonrojó.

¿Desde hace cuánto que no se sonrojaba tan seguido?

— Hay que ir a desayunar con mi hermana y mis amores.

Su jefe se rió.

— ¿Qué? ¿Se está burlando de mí?

En serio ¿Otra vez?

— No, adoro como llamas a esos niños-

Cedric sonrió.

— Son mis amores.

— Y creo que tú el de ellos, esos niños se transformarán en mis rivales en unos años, lo sé.

Cedric se hubiera reído si no fuera porque entendió que esa frase significaba más de lo que decía.

— Tengo algunas preguntas.

Adrian lo miró seriamente.

— Oh, sí, el momento menos pasional en una cama... pero te has ganado unas respuestas, dime—Su mano vagaba por la cintura y piernas de Cedric como una caricia relajante.

— ¿De verdad me has mirado en el trabajo? Digo....se supone que has sido abandonado.

Por primera vez Adrian se sonrojó, incluso su mano se detuvo pero volvió a moverse formando signos aleatorios en la piel de Cedric.

— Sobre eso, bien.... Tienes derecho a saberlo, digamos que hace un par de días atrás, puede que haya gritado tu nombre mientras me corría...

La boca Cedric cayó abierta, procesando las palabras y mirando la cara avergonzada de su jefe.

*¿Puede....?*

Dios, ese hombre había fantaseado con él mientras Cedric creía que era odiado ¿Qué tan loco era eso?

— Tú...— Cedric cerró la boca sin saber qué iba a decir.

Adrian se movió hacia él rozando sus labios.

— También puede que desde antes te hubiera imaginado para correrme, él se dio cuenta y me botó, poco me importa ahora...

El beso fue suave y amable, casi como si Adrian intentara decir con el que sus palabras eran verdad.

— Y ahora puedo decir que la realidad es mil veces mejor que mi imaginación, sinceramente mi mente se quedó muy corta.

Cedric había sido puesto de espaldas y Adrian se cernía sobre él, dando besos suaves y caricias íntimas.

— Solo tu mente, nada en ti es corto.

Incluso Cedric se sorprendió del comentario, era primera vez que lograba decir un comentario así sin una falsa mascara de perfecto amante.

— Adulador— Sonrió Adrian antes de mordisquear su cuello.

— ¡El desayuno comienza en 5 minutos! ¿Por qué te tardas tanto en....? ¡Oh, Dios!— Cindy se quedó en la puerta dos segundos antes de cerrar y gritar desde afuera— ¡Lo siento, puedo decirle a los niños que están....ocupados!

Adrian comenzó a reírse, la risa resonaba en su hombro.

— Ella va a hacer muchas preguntas después ¿Verdad?— Dijo entre risas.

Cedric miró la puerta sabiendo que su hermana no era tan tonta.

— ¡No te hagas la idiota! Sabías y entraste a comprobar, pervertida.

Los pasos alejándose sonaron como un sí.

Adrian se comenzó a levantar aun riéndose.

— Vamos a desayunar o quien sabe qué piensen tus amores.

— Oh, verdad, no podemos dejarlos pensar que les estoy siendo infiel.

Eso solo logró que Adrian se riera más.



— ¡Y este último es para.... Joe!—

Joe gritó mientras tomaba el regalo de las manos de Cindy y comenzaba a rasgar el papel, adiós renos y santa, y tanto que le costó encontrar ese bonito papel de regalo.

— ¡Es un videojuego!— Gritó emocionado mientras corría a conectarlo a la tv.

— ¡No! Mañana veras el juego, Joe, ven para acá.

Joe comenzó a hacer una pataleta y Cindy corrió a calmarlo.

La pequeña jugaba con sus nuevas muñecas y su set de cocina, otra pila de juguetes estaba a su lado.

Cedric sonrió a los pequeños y miró a su hermana, la mirada de amor por sus hijos le hacía ver que su hermana era una de las mejores madres del mundo.

— Bien, creo que deberíamos irnos a la cama— Murmuró su hermana después de calmar a Joe, y comenzó a recoger los papeles.

— Yo ordeno, tú ve y descansa, hoy te encargas de hacerlos dormir.

— Oh, Dios, esto será una larga noche.

Cedric estaba sonriendo cuando sintió el duro cuerpo detrás de él.

— Muy, muy larga ¿Verdad, Cedric?

Cedric se sonrojó un poco, incapaz de mirar a su hermana, estaba seguro de que estaba sonriendo.

— Si, si, lo será, ahora ayuda a ordenar.

— Mandón.

— Si quieres que sea una noche larga más vale que ayudes o lo único que harás hoy será dormir.

Adrian lo miró impactado antes de inclinar la cabeza.

— Eso es malvado.

Cindy estaba con sus hijos y susurró algo, ambos asintieron y corrieron hacia ellos.

— ¿Qué pasa?— Cedric se inclinó para escucharlos, pero Joe tomó su mano y Ami la de Adrian y los arrastraron hasta el sillón— ¿En serio, que pasa?

Su hermana dio un aplauso y los llamó de vuelta, ambos los dejaron. Subiendo la escalera, en el último se voltearon y gritaron.

— ¡Feliz navidad tío Cedric, tío Adrian!

Adrian estaba casi tan impactado como Cedric por su nuevo apodo de tío.

— Creen que eres su nuevo tío—Dijo Cedric sin saber si reírse o no.

— Mmm...¿Creen?— Adrian lo miró con una ceja alzada

— ¿Qué....?

— Tal vez lo sea... ¿Quieres que lo sea? Puedo ser un perfecto tío como tú.

— ¿Qué? Esto está yendo muy....rápido.

Adrian suspiró alzando la cabeza.

— No eres amable, estoy ofreciendo mucho aquí.

Parecía a punto de decir algo y de repente comenzó a reírse.

— ¿Qué? ¿Qué pasa?

— Creo que ellos quieren que sea su tío, no puedes negarle esto a tus amores.... arriba...

Cedric alzó la cabeza y comenzó a reír.

— Hay que seguir la tradición ¿Verdad?

— Por supuesto.

Ambos se besaron bajo el muérdago colgado con un mal nudo hecho por los niños.



*Un año después*

—Aldrich, ¿Puede venir un momento?—Dijo su jefe.

—Enseguida, señor.

Cedric se levantó y caminó los pocos pasos hasta el escritorio del señor Lowell

— ¿Qué sucede, señor?

— ¿Cómo va el informe?

—Estoy por terminarlo.

— Entiendo, asegúrate de que esté listo a las cinco.

—Sí, señor.

Se volvió hacia su escritorio pero la voz de su jefe lo detuvo.

— Oh, y Aldrich...

— ¿Si, señor?

Una mirada hacia atrás le bastó para ver el brillo volar hacia él, atajó la llave antes de que cayera al suelo.

— Ya sabes dónde debes ir cuando termine tu turno, mañana es navidad y hay que celebrar.

Cedric lo miró un momento, sintiendo todas las miradas de sus compañeros en él, asintió.

—Mm...si...señor.

Y volvió a sentarse en su puesto, seguro de que su rostro quemaba.

Iba a darle un gran sermón a Adrian esta noche, uno muy grande.

Suspirando comenzó a tipear intentando no pensar en lo rápido que quería salir del trabajo.

Desde el puesto de los demás compañeros de trabajo, todos veían la sonrisa que bailaba en los labios de su jefe.

FIN



# Creer en ti

Por

**Elygweasley**

De

<http://elyg-pensadero.blogspot.mx>

—Realmente no sé qué hacer...

Ricardo dejó a un lado la caja que tenía sosteniendo en sus manos y se quedó mirando a su amigo intrigado por el extraño comentario que soltó de la nada. La voz de Mario sonaba derrotada.

— ¿Que sucede?

—Pedro... aún sigue diciéndome que no cree en Papá Noel... y es solo un niño de ocho años ¿cómo es posible que no crea en él?

Mario estaba realmente con una expresión desolada y eso preocupó a Ricardo, no quería que su amante se sintiera ni que se viera de esa manera, pero no pudo evitar sorprenderse por el comentario y antes que pudiera evitarlo soltó la pregunta.

— ¿Tú sí? —su voz era de incredulidad mientras alzaba las cejas a modo de asombro.

— ¡Por supuesto que sí! ... de acuerdo, sé que no hay un hombre panzón con ropa de invierno por allí regalando juguetes en menos de un minuto, pero sé que hay alguien que hace que los sueños y fantasías de los niños en navidad se hagan realidad —Se defendió Mario ahora algo nervioso, había dejado de acomodar las cajas y estaba parado mirando a Ricardo — además estamos hablando de Pedro, él es un niño inocente, está en edad de que puede creer en ello.

—Oh vamos, ahora los niños ya no creen en fantasías ni cuentos de hadas, ellos ahora quieren video juegos, parques temáticos, internet y un sin fin de cosas que antes no teníamos nosotros.

Mario tenía una expresión triste y miró hacia las cajas que había dejado a un lado de la pared para que no estorbaran.

—Me ha pedido un celular en el que pueda jugar, le di el que yo solía jugar a su edad, lo saqué de un baúl ¿y sabes que me dijo?

Ricardo intentó esconder la sonrisa que se formaba en su rostro e intentó parecer serio, mientras se apoyaba en una de las paredes de cajas apiladas mientras le contestaba.

— ¿Que ya estaba grande para jugar con teléfonos de madera?

—Estúpido... —Mario no pudo ocultar una sonrisa mientras se sentaba en una banca que estaba a un lado— sí, exactamente eso me dijo.

— ¿Pero porque le diste ese juguete? Sabes que ahora los chicos quieren tener cosas reales.

—Oh sí, sí que lo quieren, luego de guardar mi teléfono de juguete le di un celular analógico que tenía y el me miro con cara extraña...

Ricardo estaba tratando duro para no reírse pero Mario se la estaba poniendo muy difícil y a riesgo de soltar una carcajada le pregunto.

— ¿Qué te dijo?

— ¿Pues que para que servía? Le dije pues para que estés comunicado con sus amiguitos y para que yo le pueda llamar, que si el me pedía un teléfono, pues ese le serviría para estar comunicado... —Mario soltó un suspiro ahogado y derrotadamente— él me pregunto y que más. Yo le dije que podía darle la hora y el día en que estaba y bueno. Él dijo que no servía si solo podía dar solo eso.

Ahora sí Ricardo soltó una carcajada fuerte que retumbo en todo el almacén, a lo lejos se oyó a su supervisor general que les grito que trabajaran en vez de estar chismoseando como viejas de pueblo, ambos comenzaron a realizar sus deberes, pero Ricardo no podía dejar de reír.

— ¿Quieres callarte? No quiero que me griten otra vez

Mordió las palabras Mario y Ricardo solo se ahogó más por su risa, pero luego de unos momentos, respiro hondo y trato de explicarle a su anticuado amante, una que otra cosa de los niños de hoy.

—Mario, no lo tomes a mal — le dijo mientras comenzaba a apilar las cajas de enlatados que le alcanzaba— antes los niños venían con un pan bajo el brazo, ahora vienen con un iPod y una cuenta en Facebook, no puedes culparlo si la sociedad está siendo absorbida por la tecnología, eso es bueno, claro... en cierta medida, Pedro es un maravilloso niño que tiene la mente ágil y es muy inteligente y apuesto... salió al padre.

Esto último lo dijo en un susurro que hizo estremecer a Mario. Ambos eran pareja y no hacía más de tres meses que ya habían decidido que su relación fuera más formal y ambos tenían muchas expectativas que funcionaran. Ellos eran muy buenos amigos y siempre tenían largas charlas, en donde se enfrascaban en profundas e intensas discusiones sobre temas diversos, terminándolos siempre en caricias y haciéndole el amor.

Pero el hijo de Mario no sabía nada de eso ya que era muy chico y Mario no sabía si él tuviera edad para comprender que su padre era gay, tampoco

sabía si le agradaría que tuviera pareja. Desde que su esposa lo había dejado por irse a Estados Unidos para un futuro mejor, no había vuelto a saber nada de ella. Mario se había casado con ella a los 18 años, en esa época él no sabía muy bien lo que quería con su vida, lo que si sabía era que le gustaban los hombres, pero también las mujeres.

En una noche de fiesta tuvieron sexo sin pensar en nada más que en los tragos que habían desbordado sus límites en sus organismos, no midieron consecuencias. Mes y medio luego se casaron al saber que ella estaba embarazada y algunos meses después nació Pedro en la ciudad de Lima. Al año de su nacimiento ella dijo que tenía una opción mejor en el país norteño, Clara se iría con una visa de turismo gracias a la invitación de un familiar residente allá, según les dijeron supuestamente ella obtendría mejores opciones de trabajo. Cuando la fue a despedir al aeropuerto del Callao, no sabía que ese sería el último día que la vería.

Sus suegros le dijeron tres meses después que ella había enviado un poder para que se divorciaran, que había encontrado a un buen hombre que se casaría con ella y así obtendría su residencia, le dejaba la custodia de su hijo porque su futuro marido no sabía de él, solo que estaba casada y ella estaba tranquila si sabía que cuidaría del hijo que ambos tenían, pidió que le enviaran siempre fotografías y videos de su hijo, pero Mario sabía muy bien que eso era mentira, ella jamás fue una modelo de madre y lo más seguro que esas cartas y videos que enviaba se quedaban en casa de sus suegros. Mario jamás pudo tener una dirección o un teléfono, a pesar que nunca se mudó de la pequeña casita que consiguieron, jamás recibió una postal o una llamada, nada.

Era ya casi víspera de navidad y Mario aún no había comprado el regalo para su hijo, tenía el que le daría a Ricardo y a su madre, incluso compro uno para sus suegros, pero el regalo para su hijo aun no lo compraba, él quería que Pedro tuviera más entusiasmo por estas fiestas y que no la vea solo como una festividad.

—La tierra llamando a Mario...

Mario intento despejar las nubes que nublaban su humor

— Sí, claro... vamos a terminar con esto antes que lleguen los demás pedidos.

— ¡Si señor coordinador! Luego te invito un chocolate caliente en la cafetería.

— ¡Estás loco! Con este calor dudo que pueda tomar algo que no esté bajo cero, además eres tú el coordinador, no yo, que solo soy tu auxiliar.

—Un auxiliar muy eficiente

Le respondió pícaramente Ricardo soltando una risotada baja, miro hacia todos lados y al verificar que no había nadie, le tomo de la barbilla y le robo un beso rápido para luego palmearle el hombro, Mario sonrió y solo meneo la cabeza pero con una sonrisa tonta en su rostro. Ambos amigos siguieron su trabajo.

Ese día salían a las dos de la tarde del gran almacén de ventas diversas en donde trabajaban, después de un turno exhausto de noche, era víspera a navidad y los pedidos no dejaban de llegar, haciendo que todos trabajaran a doble tiempo a medida que la fecha se acercaba, lo bueno era que ambos tenían dos días libres, era su primera navidad y querían pasarla juntos, aunque no evitaron tener que ir a trabajar en año nuevo, para ellos la navidad era más importante.



Exactamente a las dos apuntaron su salida y se quedaron apoyados un momento en la pared del pasillo donde estaba el reloj marcador del fresco aire que les daba el aire acondicionado. En los altos parlantes, sonaban música de fondo navideña, por momentos pasaban uno que otro trabajador del área de venta de juguetes haciendo sonar los cascabeles de sus trajes de elfos, pero eso no los inquietaba ya que ambos estaban con los ojos cerrados disfrutando de la suave brisa fría artificial.

– ¿Vas a recoger a Pedro de donde sus abuelos?

–No, mi mamá, lo recogerá para llevarlos de compras de último momento, lo que eso significa que les tomara toda la tarde.

De pronto, Mario sintió el roce de unos dedos en sus manos, el aún tenía los ojos cerrados, ambos tenían una conexión fuerte, instantánea y sofocante en algunos momentos, Mario estaba asustado en un principio cuando recién estuvieron saliendo, luego ansioso, después solo se dejaba llevar.

Mario hacia diez meses que había llegado a trabajar a ese lugar en el cual, conoció al coordinador del almacén Ricardo Bonilla fue clic en un instante, no pudieron evitarlo y formaron un gran equipo de trabajo juntos, ahora ellos eran inamovibles.

–Vamos te invito una gaseosa fría.

Sin decir una sola palabra más fueron hacia el área de comida rápida y pidieron un almuerzo ligero y sus respectivas aguas frías, cuando lograron encontrar un espacio vacío, algo extrañamente raro, se sentaron a degustarla.

—Entonces... —Ricardo dijo luego de un gran bocado a su hamburguesa— ¿cuándo vas a comprarle su obsequio a Pedro?

—Pues ya lo tengo escogido, solo tengo que ir a recogerlo pero... bueno yo...

Ricardo tomo un trago de su gaseosa fría y luego se limpió la boca con la servilleta, le tomo la mano e intento calmar a su amante claramente nervioso.

—Quieres que papá Noel sea quien le lleve el regalo ¿cierto?

Mario miro a otro lado, si bien no retiro la mano estaba claramente incomodo, ellos no solían hacer demostraciones publicas pero de alguna manera con ese simple acto se sentía expuesto, aunque sabía que en el fondo era por lo que decía Ricardo.

—Si... cúlrame por querer que mi hijo tenga un poco de espíritu navideño.

Dijo en defensa Mario y Ricardo solo le apretó la mano y le sonrió, volvió a su hamburguesa señalando la de Mario para que el comenzara a comer y le hizo caso porque estaba hambriento.

—Déjame a mí, dame el ticket de compra y yo lo recogeré, luego hare que Papá Noel vaya a tu casa y le entregue su regalo.

Mario detuvo la segunda mordida a medio camino y miro asombrado a Ricardo que en ese momento ya casi la había devorado.

— ¿Tu que...?

Ricardo le hizo un gesto con la mano dándole a entender que quería el ticket, mientras que con la otra tomaba un gran trago de su gaseosa. Mario con el ceño fruncido dejo su hamburguesa, se limpió las manos y saco el comprobante de compra que estaba en su billetera, cuando se lo dio a Ricardo, este lo recibió echándole una mirada rápida y lo guardo en su propio billetera.

— ¿Que estás pensando hacer?

—Ya verás... —le dio una gran sonrisa— mira será fácil, en noche buena ya habíamos pensado pasarla juntos, mi madre no estará porque se ira donde mi hermana —Mario asintió aun perdido— tu dejaras que Pedro conteste el teléfono de tu casa en la noche, allí le diré que llegare tarde por alguna razón que ya se me ocurrirá y luego tu sales a la calle para reventar los cuetecillos y demás juegos pirotécnicos que hayas comprado... ¡pero! Intentaras estar justo

alineado a la ventana de tu sala. Yo entrare por la puerta de atrás, que tu muy descuidadamente dejaras abierta, hablare con el vecino para que me deje pasar por su casa y entrare vestido de papá Noel dejare el regalo en el árbol y tu harás lo posible porque él me vea justo cuando yo este por salir, el ira a ver pero yo ya no estaré al alcance.

Termino de explicarle muy contento de habersele ocurrido tan maravilloso plan. Mario estaba tan impactado que casi se olvida de hablar, pero reaccionó intentando no reírse o burlarse.

— ¿estás loco? ¿Además como es que llamas a la casa si tengo un celular...?

—El cual está bastante viejo y tú siempre te quejas que te falla, así que ese día estará terriblemente mal y lo tendrás apagado.

— ¿El traje de donde lo sacarás?

—Ese es mi problema, no te preocupes.

Mario sonrió y comenzó a comer su hamburguesa, mientras Ricardo estaba con una sonrisa de oreja a oreja.



Pedro estaba mirando el escaparate de una de las tiendas del centro comercial en donde se exhibían varios modelos de celulares, él sabía que había sido malcriado con su padre, no debió haberle exigido un celular y menos despreciado el que le dio, pero sabía que ni Papá Noel, ni los renos ni nada de eso existía, él había visto como un señor gordo que pensó que era Papá Noel había estado bebiendo en un restaurante, cuando salió con sus abuelos maternos.

La actitud de ese hombre fue horrible y chocante para el pobre niño de casi siete años, se molestó mucho porque su abuelo le dijo que no existía y que solo eran hombres disfrazados para la fecha. Su abuela se había molestado con su abuelo pero él en el fondo siempre supo que su abuelo tenía razón. Así que, ¿porque molestarse en creer que alguien le llevaría un regalo en navidad?

—Pedrito, vamos cariño... —le reprendió amorosamente Amelia su abuela paterna— pensé que ibas a mi lado.

Le tomo la mano y el niño se dejó llevar por entre el genio que corría de un lado a otro en busca del regalo perfecto, aunque faltaba solo dos días, parecía que cada día había más gente. En esa semana, Pedro había venido más veces que en todo el año y siempre parecía que aumentaba más y más las personas que iban y venían.

Cuando llegaron a la tienda de caballeros, Pedro miro a su abuela que titubeando si entrar o no, sabía que ella quería comprarle un regalo a su papá y pensaba que el chico no era lo suficientemente capaz de guardar un secreto, si supiera cuantos secretos guardaba, ella seguro se caería espantada.

*«Era de noche y Pedro había tenido una pesadilla, se despertó asustado y se levantó de su cama, prendió su lámpara de noche y miro su reloj digital donde le decían que solo había pasado media hora desde que se durmió, es decir eran las diez de la noche.»*

*Cuando estuvo más lúcido y concentrado en su entorno, escucho murmuro que venían de la sala, Pedro se levantó muy despacio y abrió su puerta, al salir sin zapatos, sus pisadas pasaban desapercibido en el pequeño corredor de su casa. Camino despacio y llego hasta la sala, allí encontró a su papá y Ricardo abrazados, hablando en murmuro, por alguna razón Pedro se quedó quieto y se escondió tras la cortina que separaba el corredor de la sala y los comenzó a espiar.*

*– ¿Mario, vamos a bailar este sábado?*

*–Mmm... me parece bien –casi ronroneo- mi madre me pidió quedarse con Pedro y tengo la noche para ti.*

*Ambos hombres sonrieron y se dieron un beso en los labios, mientras que con sus manos se acariciaban con pereza, Pedro frunció el ceño pero no dijo nada y siguió observando.*

*–Entonces esa noche te tendré para mí solo...*

*El resto de la oración no pudo escucharla ya que Ricardo se la dijo al oído de su padre, pero debía haber sido algo gracioso ya que este se rio y lo palmeo en el trasero con fuerza, como cuando lo hacía con Pedro cuando hacia alguna travesura, solo que Pedro no sonreía como Ricardo lo hacía, sino que a él le dolía.*

*Luego de otro beso un poco más largo, Mario y Ricardo salieron a la puerta lo que le indicó a Pedro que tenía que regresar a la cama. Así lo hizo, y corrió hacia su habitación, cerró la puerta tras él, abrazó su peluche de cachorro de oso polar y se quedó expectante a que su padre fuera a su cuarto a mirarlo antes de irse a dormir como siempre lo hacía.*

*No paso mucho hasta que la puerta se abrió y el cerro los ojos fuerte para simular que estaba durmiendo.*

*—A mí no me engañas —lo reto cariñosamente su padre— sé que estas despierto... ¿qué paso? No tienes sueño...*

*Pedro soltó una fuerte risa, debido a que su padre comenzó a hacerle cosquillas y luego de rendirse a su padre ambos se quedaron mirando alegres.*

*—Tuve pesadilla.*

*—Bueno ya estoy aquí... ¿quieres que me quede en tu sofá a dormir?*

*Pedro miro hacia un gran sofá que estaba a un lado de la habitación en donde algunas veces se quedaba a dormir su padre allí, ya sea porque estaba enfermo o porque tenía alguna pesadilla. Él lo miro y sonrió, movió la cabeza negativamente y se acurrucó aún más en su cama a modo de decirle que estaría bien y ya se dormiría.*

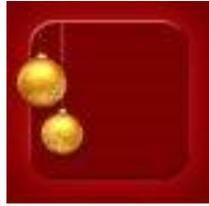
*—Bien, ese es mi valiente*

*Le dijo cuándo le dio un beso en la frente y prendió la luz de compañía, apagó la lámpara y se retiró a su cuarto dejando a Pedro pensando en la extraña forma en que su padre y Ricardo se habían tratado.*

*Pedro sabía que era un gay, lo había escuchado y su padre en alguna ocasión se lo había dicho, que eran cuando dos personas del mismo género se gustaban. Entonces, él entendió que su padre era gay.»*

*—Pedro tengo que comprarle un obsequio a tu padre y a Ricardo, pero por favor, no puedes decírselo —le dijo su abuela en un susurro y luego le sonrió— será nuestro secreto.*

El niño quiso reírse pero solo sonrió y le hizo la señal de la cruz en el corazón a modo de promesa y ambos entraron a la tienda a comprar.



Toda la tienda estaba recargada de adornos navideños, colgantes y arboles cada cierto trecho, Amelia estaba sujetando fuertemente la pequeña mano de su nieto mientras intentaba hacerse camino hacia la sección de camisas. Eso se lo merecía por dejar todo a último momento, se amonestaba ella misma, pero ya estaba en ese lugar así que tenía que ajustarse las enaguas, no perder de vista a su querido nieto e intentar conseguir el regalo perfecto para esos dos tortolos.

Amelia sonrió al evocar su mente cómo se había enterado que ellos dos estaban en una relación mientras comenzó a recorrer los pequeños pasadizos de ropa, ella comenzó a recordar.

*«Era media tarde, Pedro se había ido con sus abuelos el fin de semana y sabía que su hijo Mario trabajaría hasta tarde ese día y como se había cancelado la reunión de Taíchi<sup>1</sup> que habían programado para esa hora, no le quedaba nada por hacer; por consecuencia, era su tarde de ayudarlo. La mayoría de las tardes de los viernes, ella iba y le hacía una cena rápida, revisaba las cosas de Pedro, verificaba que la señora Matilde hubiera dejado todo limpio y en perfectamente en orden. Nada acumulado, ni amontonado por los rincones, Dios sabía que ella no soportaba las acumulaciones de cosas o de adornos, hasta los juguetes de su nieto ella los acomodaba y por fortuna su nieto al parecer había heredado sus manías.*

*Entro a la pequeña casa de un piso que estaba en un tranquilo barrio de la capital, entro sigilosamente ya que a ella no le gustaba hacer escándalos ni ruidos innecesarios, coloco las cosas que compro de camino para la cena en la mesa del comedor, cuando de pronto un grito ahogado irrumpió en el silencioso departamento dejándole por un momento helada de la impresión, cuando reaccionó miro a todos lados. El departamento constaba de una entrada pequeña que daba paso a la sala-comedor, al fondo había una mampara que daba hacia un pequeño jardín que daba a la parte trasera de una casa vecina, hacia el lado derecho del largo ambiente, habían una puerta que daba a la*

---

<sup>1</sup> El tai chi o tai chi chuan es un arte marcial desarrollado en el Imperio de China, practicado actualmente por varios millones de personas en el mundo entero, por lo que se cuenta entre las artes marciales que se practican más masivamente.

*cocina y una entrada que estaba con las cortinas cerradas que separaba el ambiente privado donde estaban las dos habitaciones y un baño de visitas.*

*Cuando hizo a un lado la cortina miro por el pequeño corredor y frunció el ceño cuando vio la cantidad de ropa tirada en el suelo, comenzó a caminar lentamente recogiendo las prendas mientras las estudiaba, entro a la habitación de su hijo. Un gemido fuerte y luego un protesta le hizo saltar en la puerta asustada, dejo caer la ropa y se quedó pasmada mirando la escena que estaba delante de ella.*

*— ¡Mamá! ¡Qué haces aquí!*

*Mario casi gritaba histérico mientras intentaba tapar a Ricardo y a él, ambos habían estado haciendo el amor casi como salvajes y por eso estaban sudosos y como era obvio, estaban completamente desnudos.*

*—Bueno... —su madre recogió la ropa y la dejo a los pies de la cama— ¿Si recuerdas que hoy viernes siempre vengo a tu casa a revisar que todo esté bien?*

*— ¿viernes? Pero... ¿hoy no tenías una clase?*

*Mario aún estaba montado en el gran orgasmo que había tenido y casi no procesaba con normalidad las palabras de su madre.*

*—Hijo, me hubieras avisado que tenías una cita, voy a preparar la cena y revisar todo —dijo mientras iba hacia la puerta sin darles una segunda mirada— presumo que en una hora más o menos estará todo listo —añadió mientras sujetaba la puerta en clara señal de irse— así que, tienen tiempo para recuperar fuerzas y pensar bien en lo que me dirán.*

*Luego de decir eso ella se fue cerrando la puerta tan despacio como había entrado a la casa, Mario quería morirse, Ricardo estaba tan pálido y atónito que era un chiste mirarlo, claro que Mario y Ricardo luego se rieron de aquello, pero en ese momento era muy bochornoso.*

*Decidiendo que no podían tomar la hora que les dio su madre, se bañaron en el baño privado de la habitación de Mario y salieron a hacerle frente a Amelia, le explicaron que esa era su primera vez juntos, que esperaban que sea algo duradero porque ambos lo estaban tomando serio, pero que igual se tomarían todo paso a paso.»*

*Con una gran exhalación Amelia llego a la sección de camisas, ella sabía que su hijo era gay, bueno al menos lo sospechaba pero en su vida pensó que lo confirmaría de esa manera, ella no se molestó ya que desde que su hijo llego a ese almacén a trabajar él estaba mucho más feliz que en lo que lo había visto en años, específicamente desde el nacimiento de su hijo.*

Para ella eso era suficiente, no importa si su hijo se enamoraba de un jorobado tuerto... bueno, si le hubiera importado pero si eso lo hacía feliz ¿quién era ella para evitarlo?

Luego de pelearse prácticamente con otra señora por dos camisas, las llevo a la caja y pago por ellas, saliendo como alma en carrera jalando a su nieto con ella. Ya después en su casa empaquetaría todos los regalos.



El día de noche buena llego y todos, como era siempre, estaban corriendo de un lado a otro, haciendo mil y una cosas para que todo esté listo para celebrar navidad. Pedro se encontraba en la sala organizando los regalos que pondría en el árbol en la noche, Mario estaba en la cocina preparando un almuerzo rápido ya que luego en la noche cenarían pesado.

Los ingredientes para preparar la cena de navidad estaban en la pequeña mesa que estaba en la cocina mientras el freía unas papas y unas piezas de pollo en otra sartén, estaba metido en sus meditaciones cuando su celular vibro en su bolsillo.

—Hola cariño —respondió Mario al reconocer el timbre que le había puesto al número de Ricardo—

— ¿Hola... no dijimos que tendrías el celular apagado este día?

Mario hizo un gesto de pesar ¿es que Ricardo no sabía todo lo que había que hacer?

—Si lo sé, pero es que hay tanto por hacer que lo olvidé, pero ya cuelgo y lo apago.

—Está bien, pero antes te diré que ya tengo todo planeado para esta noche, solo sigue las indicaciones que te di y déjame el resto a mí.

—De acuerdo...

Mario dijo casi arrastrando las palabras mientras maniobraba para retirar las papas fritas del fuego y daba la vuelta a las piezas de pollo en la otra hornilla.

— ¿Estas cocinando?

—Si... ¿vienes?

—Me encantaría pero si quiero que esta noche sea perfecta tenemos que seguir el plan amor.

Mario sonrió si bien no se habían dicho aun “Te amo” siempre Ricardo le decía “amor” algo cursi para decirse entre hombres, pero al diablo, a él le hacía sentirse querido y amado.

—Gracias por tomarte estas molestias, entonces colgare con un gran quejido dramático para que Pedro sepa que algo anda mal y me pregunte.

—Perfecto. Nos vemos esta noche y espero que podamos hablar con Pedro.

Mario saco las piezas de pollo y apago los dos fuegos y se quedó un momento en silencio, ambos habían decidido que esa noche buena le dirían a su hijo que ellos eran novios, solo rogaba a Dios no cometer un terrible error.

—¿No te has arrepentido...? ¿Verdad...?

La voz de Ricardo era precavida y con tintes de miedo en su tono, Mario suspiro quedadamente.

—Claro que no, es solo que es una noche muy importante y estoy nervioso, quiero que mi hijo crea en Papa Noel y a la vez quiero que comprenda y acepte nuestra relación... solo... solo estoy algo nervioso, pero jamás me echaría para atrás —y antes de que Ricardo le diga algo más el añadió— y no, no permitiré aplazarlo más.

—Me alegro, porque yo voy en serio sobre todo con respecto a ti y a tu hijo.

Ambos se quedaron un momento en un agradable silencio, para ellos no era necesario confirmaciones o palabras en ese momento, ambos sabían que los dos eran serios en la relación.

Después de unas palabras más de cariño ambos se despidieron y Mario estaba sonriendo como un tonto mirando a la campana extractora de humo de la cocina hasta que escucho que Pedro le hablaba.

—Papá... te decía si ¿quieres que ponga la mesa?

Mario parpadeo asombrado, no lo había ni sentido ni escuchado, bajo la mirada y vio a Pedro mirándolo con esos hermosos ojos marrones claros que lo miraban ávidamente, al parecer su hijo había heredado lo silenciosos movimientos de su madre, ella siempre se aparecía como invocada cuando él estaba o haciendo una travesura o soñando despierto, carraspeo e intento

tomar los platos para servir lo preparado y le dijo que fuera a llevar el refresco y colocara los cubiertos.

Cuando ya estuvieron en la mesa sentados, Mario tuvo que darse una pata mental por no haber seguido el plan de dramatizar por lo del celular, así que improvisó.

—Pedro... mi teléfono no funciona al parecer ya su límite de vida está llegando a su fin.

Su hijo no lo miró y siguió comiendo lo que hizo que él se sintiera un poco incómodo, había veces que su hijo se mostraba más adulto de lo que él deseaba.

—Hay que cambiarlo papá, podrías conseguir esos que venden en dúo, uno para ti y otro para mí —Pedro lo miró de soslayo pero no dejó de comer y entre bocados añadió— quiero que me disculpes si te exigí un celular, pero es solo que me gustaría tener uno.

—No hay problema —Mario extendió la mano y sujetó la más pequeña con cariño, su hijo dejó de comer y le sonrió.

Y ambos padre e hijo se enfrascaron en una amena conversación. Mario no se dio cuenta que Pedro había estado escuchando la conversación que tuvo con Ricardo y el niño si se percató que su padre quería darle una sorpresa de navidad, no sabía exactamente como o que pero algo era seguro, Ricardo sería quien hiciera algo esa noche, solo quedaba esperar a saber que era ese algo.



Ya eran casi las diez de la noche y el teléfono de la casa sonó sobre los villancicos que su padre había puesto en la radio de la casa, Pedro fue quien respondió debido a que su padre estaba en la ducha.

—Hola... ¿Feliz noche buena, con quien hablo? —respondió con tono divertido Pedro al teléfono.

—Pedro, soy Ricardo... estoy llamando a tu papá y no me responde, creo que su teléfono ya no funciona ¿puedes decirle que demore un poco en llegar? No pude salir rápido del almacén y me cojera el tráfico.

El niño sonrió, sabía que ambos tenían dos días libres y movió el pie al compás del villancico “Vamos pastorcitos” que sonaba.

—ya... no te preocupes Ricardo —Pedro miro hacia el corredor y se dio cuenta que su papá había calculado la hora para bañarse y que fuera Pedro quien respondiera— Papá se está bañando... —yo le daré tu mensaje, no haremos el brindis hasta que llegues.

Después de despedirse, Pedro se fue entre saltando y corriendo hacia la cocina a verificar que el pavo no se vea negro y que así consiga el dorado perfecto.

Ya casi eran las doce cuando Mario y Pedro estaban en la calle junto a los demás vecinos reventando cuetecillos y hablando animadamente, contando los minutos para darse el saludo de feliz navidad<sup>2</sup>, cuando su padre le paso la voz, Pedro dejo a sus amigos de barrio jugar con unas luces de chispas.

—Pedro, por favor ¿puedes ir por el encendedor grande de la cocina? este que tengo no tiene buena llama.

Su hijo frunció el ceño ante su pedido, él sabía que su padre usaba una mecha y no un encendedor ya que eso era más peligroso, pero la luz se prendió en su cerebro y se dio cuenta que eso debía ser una excusa que su padre usaría para que Pedro entre a la casa. Bueno él seguiría el juego, con una gran sonrisa le dijo que iría por el encendedor y se metió casi corriendo a la casa.

En ese momento, pasaron dos cosas, una, fue que reventó un gran cohete indicando que ya era media noche, pero eso no fue lo que congelo en la sala a Pedro, sino el gran hombre con traje rojo que estaba al lado de su árbol. Este hombre había dejado un paquete pequeño a los pies del árbol, mientras que en su mano solo llevaba una caja de regular tamaño y miraba interesado al ángel que el mismo había hecho el año pasado para adornar el pico del árbol.

— ¿Quién es usted? —Pregunto el niño en un momento que encontró su voz, algo le decía que no le avisara a nadie y que no tuviera miedo, pero estaba confuso —que hace en mi casa...

Aquel robusto hombre volteo lentamente y Pedro alzo sus cejas hasta casi la altura de sus cabellos muy cortos debido al asombro, el traje rojo que llevaba no era el clásico que usaba Papá Noel en las imágenes, este era claramente menos abrigador, era más una túnica que un traje de invierno, se veía fresco y no usaba botas sino unos zapatos tipo mocasines, era de tez muy blanca y sus cabellos y barba eran de un color alvino.

---

<sup>2</sup> En muchos barrios de Lima-Perú se suele esperar las 12 de la media noche de navidad y año nuevo para festejar con los vecinos y reventar cuetes y bombardas.

— ¿No sabes quién soy? —Le re-pregunto con voz amable, aunque su timbre era muy ronco, había tanta calma no solo en su agradable voz sino también en su expresión y su presencia.

—Cómo es posible que seas... ¿cómo? —Pedro señalo la vestimenta del hombre y este sonrió aún más amable y se sentó en el sillón que estaba a su lado, el hombre respondió —En este lado del continente en esta época es verano ¿te imaginas como transpiraría si fuera con el traje de invierno?

Pedro recapacitó y asintió dandole la razón, ese traje que llevaba se veía mucho más fresco y cómodo que el edredón que se veía en las imágenes que aparecían por todos lados.

—Entonces Pedro... ¿no crees que yo exista? —el niño se mordió el labio inferior y no supo que decir, el hombre sonrió— ¿pero sabes que yo estoy aquí y que soy real? —Pedro asintió y miro hacia la calle, al parecer todo estaba bien, su padre charlaba ameno con el vecino y sus amigos seguían correteando — Ellos están divirtiéndose mucho, sé que te estoy demorando en una tarea que tu padre te solicito...

— ¿Eres amigo de Ricardo? —pregunto apresurado como si supiera que el tiempo con él se acabaría pronto—

—Quiero pensar que si... pero todos llegado un momento se olvidan de creer en cosas sencillas, pierden la fe en que la magia existe, pierden la esperanza y las ganas de soñar.... Eso es muy triste —el rostro del hombre estaba girado levemente hacia la ventana que daba a la calle y de pronto Pedro vio que aquel hombre era mucho más mayor de lo que aparentaba y le dio ganas de consolarlo— ¿Pero sabes que es más triste? —pregunto con voz muy suave.

Ahora miro directamente a Pedro, el niño sintió que lo miraba directamente al corazón y se sintió pésimo por todo lo mal que se había portado en el año, lo miro afligido pensando que quizás su amigo Tomas tenía razón al decir que a los niños que se portaban mal, Papá Noel les traía un carbón negro como la conciencia de los niños malcriados. El hombre sonrió y esta vez parecía un poco más animado.

—Es triste cuando niños como tú, no creen que la magia, la fantasía y en que las hadas y elfos pueden existir... en que el viejo gordo y panzón bajara por tu chimenea y te dejara regalos, es triste cuando los niños como tu piensan que los milagros no existen.

—Lo lamento... es que se dice tanto y yo jamás lo había visto...

— ¡Oh! la juventud que se abre paso a las nuevas exigencias del nuevo siglo —soltó una risa divertida, luego de suspirar se agacho y dejo el paquete

que había tenido en la mano cuando Pedro entro a su casa, la acomodo delicadamente a los pies del árbol junto al más pequeño y se puso de pie— creo que tienes una encomienda que hacer y yo debo seguir mi rumbo.

— ¡No espera! ... por favor, yo no quiero que te vayas, mi papá tiene que verte.

—El me vio hace mucho, estoy seguro que lo recuerda, dile que aun leo sus cartas y a Ricardo dile que la ventana de su habitación esta ya bien cerrada y que su juego de soldados de bronce están aún escondidos donde los puso.

Rio divertido aquel hombre y Pedro por alguna razón rio con él, luego le asintió y miro la caja que había dejado.

—No la abras hasta después que hagan el brindis.

Le indicó el hombre con un amable gesto y un guiño de ojo, Pedro asintió y volvió a mirar hacia fuera para verificar que su padre no este mirando, al parecer todo estaba normal, cuando volvió su mirada hacia el hombre, este ya no estaba. El niño se sobresaltó, miro entre asustado y feliz a todos lados pero nada, aquel hombre que no media menos de 1.90 metros y claramente con más de 100 kilos se había desvanecido en el aire, miro su pequeña sala y vio que para poder salir del rincón donde se encontraba tenía que haber pedido permiso a Pedro para pasar por su lado, la mesa de centro ocupaba todo el espacio dejando casi nada de trecho para pasar ya que el árbol y los regalos ocupaban gran parte del suelo y era difícil pasar sobre ellos sin pisar alguno.

Pedro camino como en trance hacia la mampara y vio que esta estaba cerrada por dentro, miro hacia la ventana de la sala que daba a la calle y se dio cuenta que era imposible que alguien tan grande pudiera salir por entre los barrotes de seguridad que había. Movi6 su cabeza con algo de confusi6n pero con una enorme sonrisa en el rostro y fue por el encendedor.

Mientras tanto, en la calle todos se habían dado los saludos de navidad y Mario estaba intranquilo, no había querido mirar hacia la casa porque sabía que Ricardo de alguna manera estaría allí dejando el regalo, cuando un auto se detuvo en la cuneta y bajo a toda prisa un Ricardo algo malhumorado. Mario lo miro impactado mientras se le acercaba.

— ¿Que paso?

—Nada... —le dijo mientras lo abrazaba y le deseaba feliz navidad a él y luego al vecino que se disculpó para estar un momento con su familia— el estúpido de mi primo el gordo Esteban se pegó la borrachera del día y cuando fui estaba mamado en el sofá de su casa, para colmo deje olvidado el regalo en mi casa, con el apuro de ir a recogerlo no me di cuenta que saque mi maletín y

no el regalo —lo miro con expresión de culpable— te prometo ir mañana por él, me costó mucho conseguir un taxi y el maldito no quería hacerme dos movilidades, así que decidí mejor venir... lo siento.

Le dijo Ricardo todo derrotado y a Mario se le hundió el alma hasta los pies, eso no era un buen augurio, cuando en eso sintió que alguien lo abrazaba por la espalda, miro a ver quién era y vio que era su hijo que lo abrazaba con una enorme sonrisa y él se percató que su hijo se había demorado más de lo debido en su casa.

Luego que los tres se saludaron por la noche buena, entraron a la casa, Ricardo apenado por lo ocurrido, Mario confundido y triste pero Pedro estaba radiante, el niño los intento acomodar en el gran sillón y fue por el champagne y las copas, para él tomo una copa pero la lleno de agua gaseosa blanca para hacer el brindis, los tres brindaron dejando saber sus buenos deseos y después de secar sus respectivas copas, Pedro fue al árbol y vio los dos regalos que no los había puesto él confirmando que aquel hombre si había estado allí y sonrió. Su padre hablo haciendo que él lo mirara mientras sujetaba el regalo.

—Hijo, quiero decirte que ya es hora que sepas que Ricardo y yo... somos novios.

Pedro miro a Ricardo que traía una expresión como si su mejor amigo se hubiera muerto y no comprendió que lo tenía tan deprimido y luego miro las manos entrelazadas de ambos y se encogió de hombros.

—Que bueno que ya se decidieran a decírmelo —ambos hombres lo miraron asombrados— los he visto en algunas ocasiones besándose, no tengo problema con que sean novios. Tu Ricardo me caes muy bien.

—Vaya... hijo, no pensé... bueno yo...

—Toma papá, al parecer este es para los dos, al menos eso dice la tarjeta —le alcanzo el paquete para que su papá lo abriera, aunque el moría por ver que era, prefería que fuera su padre quien lo hiciera, luego tomo la otra caja un poco más pequeña y se la alcanzo a Ricardo— y esta al parecer es para ti —señalo la tarjeta— dice tu nombre.

Ricardo cogió el paquete y miro a Mario, aun confundido abrieron sus regalos y luego de una exclamación de sorpresa ambos se miraron con asombro, Pedro que ya estaba al lado de su padre comenzó a reírse y aplaudir con entusiasmo.

— ¡Lee la nota papá!

Le dijo Pedro mientras tomaba uno de los dos celulares que había en la caja, Ricardo también había recibido uno del mismo modelo que ellos, Mario

tomo la nota con manos temblorosas, esos son los celulares que Mario había comprado, estaban en la caja de regalo que le había pedido a Ricardo que colocara los aparatos; incluso, el que tenía Ricardo era el que quiso comprarle pero que no había podido conseguir. Ricardo no podía creer que los celulares estén allí, y escucho atento lo que Mario leyó con voz quebrada por la emoción.

*“Queridos chicos, estos aparatos a pesar que son muy sofisticados y que les ayudara no solo a organizar sus vidas y a distraerse, si no que les será muy útil para que se puedan comunicar con los que más quieren y necesitan.*

*Por favor, no olviden que la comunicación es lo más importante de cualquier relación y sobre todo, jamás olviden decir Te amo.”*

Luego de unos momentos de silencio Pedro hablo con voz muy tranquila.

—Él me dijo papá que te dijera que aun lee tus cartas, a ti Ricardo me dijo que te diga, que la ventana de tu habitación esta ya bien cerrada y que tu juego de soldados de bronce están aún escondidos donde los pusiste.

Ricardo soltó el celular que resbalo a un lado del sofá mientras se tapaba la boca con ambas manos, se sentía estúpido, pero no podía hablar y solo lágrimas comenzaron a caer por sus ojos, incapaces de soportar el torrente de lágrimas que pugnaban por salir caprichosas. Mario soltó una risa nerviosa, dejo el teléfono en la caja y se la dio a Pedro quien los miraba entre divertido e intrigado. Mario abrazo fuerte a Ricardo mientras este lloraba. Cuando se tranquilizó Mario hablo.

—Todos los años desde que tengo uso de razón siempre le escribo mi carta a papá Noel... las guardo hasta después de navidad y luego las quemo, una vez cuando era niño, aproximadamente tendría la edad de Pedro —conto a los dos, mientras miraba el árbol y acariciaba la espalda de Ricardo— entre a mi sala y lo vi... —Ricardo se separó un poco para mirarlo intrigado —Si... lo vi, a él —señalo hacia la puerta donde estaba una figura de Papá Noel sonriendo— estaba con una túnica roja y me dijo que en este lado del ...

—continente hacía mucho calor como para ponerse ese abrigo...

Termino la frase Pedro sonriendo feliz de comprobar que aquel hombre era realmente quien pensaba, pero lo mejor era que él era real.

—Si... así es, desde ese día creí con más fuerza en él.

—Yo siempre creí en él... solo que como nunca me llegaba los juguetes que deseaba, pues me cerré a la creencia, ahora sé que no es lo que uno quiera, sino lo que uno realmente necesite —dijo Ricardo mientras se limpiaba la cara, luego dio un corto beso a Mario en los labios y miro a Pedro— amo a tu padre y quiero estar con él el resto de mis días y que me permitas ser parte de tu vida Pedro.

Pedro les sonrió, asintió y los abrazo a ambos fuerte. Él era feliz, ahora tenía a dos padres... conoció a Papá Noel y tenía su celular.

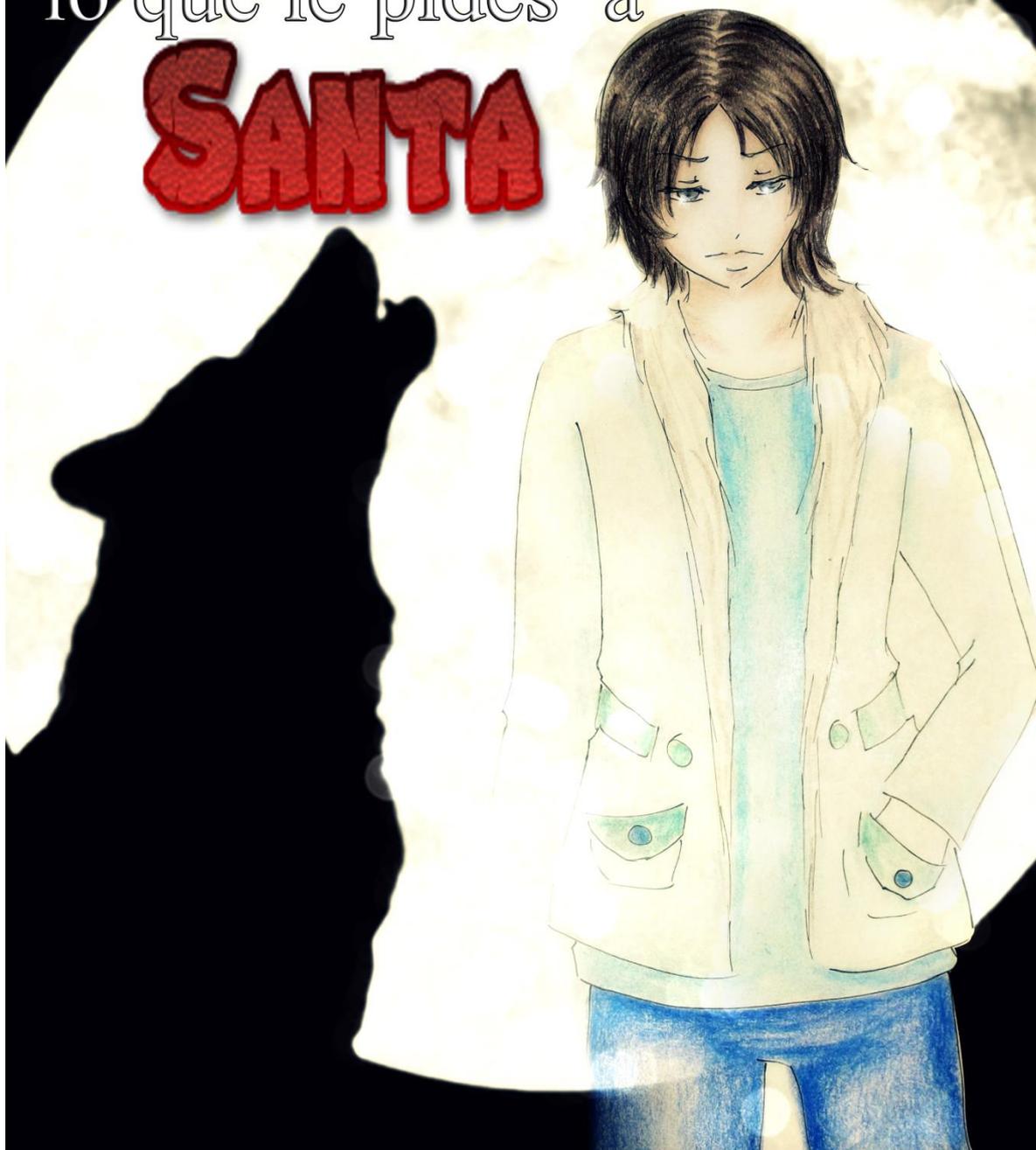
¿Qué más podía pedir?

**Feliz Navidad a todos...**

*Safe Creative © 1311209394043*  
*© Todos los derechos reservados - 2013*  
*© Elygweasley*

**CUIDADO** con  
lo que le pides a

**SANTA**



# **Cuidado con lo que le pides a Santa**

Por

**C.M. Zamora**

De

[www.olimpodelamorsinfronteras.com](http://www.olimpodelamorsinfronteras.com)

Carl Daniels trataba de esquivar al gentío que circulaba a través del pasillo del concurrido centro comercial al cual su buen amigo Frank lo había invitado hace tan solo unas dos horas.

Desde un principio no había estado muy convencido de aceptar tal invitación ya que estaban a pocos días de la Navidad y sabía que la gente abarrotaría cualquier sitio comercial de su pequeña ciudad. Pero Frank le había insistido tanto que no tuvo más remedio que aceptar.

Dios sabía que necesitaba darse un respiro fuera de casa. Esta época, desde hace dos años para acá, se había convertido en una de las más tristes y solitarias para él. Aún no podía creer que German, quien tenía su misma edad, lo hubiera abandonado por un chico veinteañero con aserrín en lugar de cerebro.

Carl no se consideraba viejo a sus cuarenta y dos años de edad. En su opinión estaba en muy buen estado físico gracias a su trabajo como contratista y al gimnasio al que iba con regularidad, además de llevar una dieta sana. Pero su exmarido había logrado hacerlo sentir como un decrepito hombre de la tercera edad que ya no servía para nada.

Está bien, era cierto que ya había pasado mucho tiempo desde aquello. Era como reza el dicho: *“agua bajo el puente”*. Pero aún dolía tanto que ni siquiera había tratado de encontrar a alguien más a quien amar. Sencillamente no quería volver a sentir el dolor de ser abandonado nuevamente.

—¿Te aburres? —le preguntó Frank un poco fuerte para que pudiera escucharlo por encima del ruido circundante.

—Para nada —contestó Carl secamente, mientras miraba en todas direcciones. El edificio estaba a punto de reventar a causa de los furibundos compradores.

—Si, estás pasándotela de lo lindo por lo que veo.

Carl volteó a mirar a su amigo quien descaradamente le estaba haciendo un puchero. En un chico joven tal vez se vería lindo, pero en un cuarentón como lo era Frank se veía realmente ridículo. —Está bien, tienes razón. Estoy condenadamente aburrido. El edificio está a punto de colapsar y no encuentro nada divertido en que la gente me empuje para pasar.

Frank lo fulminó con la mirada. —No te traje aquí para que te quejaras. Te traje aquí para que salieras un poco de casa, conocieras nuevas personas y tomáramos un rico chocolate con malvaviscos. Es un sueño húmedo el que preparan en la cafetería de un buen amigo mío.

Carl acaba de darse cuenta hacia dónde iba el hombre. Estaba más que claro que le había organizado otra de sus famosas citas a ciegas. Sino fuera porque era su mejor amigo desde la secundaria ya lo hubiera mandado a Júpiter de un solo golpe.

Suspirando ya sin ánimos de decirle alguna cosa más para evitar el ridículo al que lo iba a someter en nombre del amor fraternal que le profesaba, decidió dejarse llevar a dónde fuera que quedara esa dichosa cafetería.

—Cortemos camino por la plaza central, donde tienen situado el puesto de Santa —le señaló Frank.

—Hay muchos niños corriendo y comiendo dulces, ¿estás seguro de querer pasar por ahí? —Carl miró de arriba abajo a Frank. Su ropa gritaba “*costosa, no tocar*”.

Cayendo en la cuenta, Frank pensó detenidamente en cuál de los dos caminos tomar. La plaza, a pesar de ser un campo minado a causa de los mocosos que correteaban sin control embadurnados de dulce, estaba más despejada. —Es la plaza o la plaza, sino nunca llegaremos.

Suspirando Carl lo siguió. Había esperado que el hombre se arrepintiera de pasar por allí y decidiera dejarlo para otra ocasión.

Cuando llegaron cerca del puesto donde Santa Claus estaba atendiendo a la interminable fila de ruidosos chiquillos, se toparon con un pequeño hombre vestido de verde y rojo navideño a juego con un ridículo sombrero en punta café, quien sonriente les cortó el paso.

—Saludos, agradables caballeros. Mi nombre es Cloud, y soy uno de los duendes de Santa. ¿Han traído la carta para el jefe con su deseo de navidad?

Carl y Frank se miraron, al mismo tiempo, el uno al otro con incredulidad, antes de volver a mirar al hombre con obvia diversión en sus caras. ¿Acaso se habría tomado este pequeñajo demasiado en serio su disfraz de duende este año?

Notando su burla Cloud los señaló con su dedo y los sentenció molesto. —Hombres de poca fe. Por dudar del jefe, este año tendrán un carbón en lugar de un regalo.

Y después de mostrarle su dedo medio a ambos caballeros, Cloud se volteó para irse. Carl lo detuvo tomándolo con suavidad de su pequeño brazo, con una expresión arrepentida en su rostro. —No te enfades, solo nos has tomado por sorpresa. Pero si nos das unos minutos escribiremos nuestras cartas para Santa.

Cloud lo miró con desconfianza. —Ya que has sido tan amable les daré a los dos una nueva oportunidad. Escriban sus cartas, pero les advierto, no pueden contarle a nadie lo que pidieron o no se les dará.

Sonriendo, Carl se volteó para encarar a Frank. —¿Traes algo en donde escribir?

Frank asintió con incredulidad. No podía creer que su mejor amigo le siguiera el juego a ese remedo de duende gruñón. —Espera creo que tengo algo que puede servirnos.

Sacando una pequeña libreta, Frank arrancó una hoja y se la dio a Carl y luego arrancó otra para él. Al fin de cuentas estaban casi en navidad. Nada perdía con seguirle el juego al hombre más pequeño que muy seguramente estaba más loco que una cabra y hacerlo feliz. Lo tomaría como su buena obra del día.

Una vez que terminaron de escribir lo que querían para navidad, ambos hombres miraron a Cloud. Carl tomó la palabra. —Listo Cloud, pero no tenemos sobres en que meter nuestras cartas para Santa.

Cloud refunfuñó. —Pueden confiar en mí. Llevo décadas trabajando con el jefe, así que no leeré lo que han escrito ustedes dos. Sigán portándose bien como lo han hecho y su deseo será un hecho.

Carl volteó a mirar a Frank. ¿Cómo diablos Cloud sabía que habían sido buenos? Y por la cara que tenía su mejor amigo, al parecer el hombre estaba pensando exactamente lo mismo.

Así que decidió preguntarle a Cloud, pero el hombre se había ido. Carl miró hacia el puesto de Santa pero no reconoció a ninguno de los otros duendes que estaban allí ayudando a organizar a los revoltosos niños.

—¿Qué encuentro más raro? —dijo Frank un poco preocupado.

Carl asintió en respuesta. —Ni que lo digas, compañero<sup>3</sup>.

Sin que nada más los detuviera, ambos hombres caminaron tortuosamente en medio de la algarabía, hacia su cita con ese maravilloso chocolate con malvavisco.

\*\*\*\*

---

<sup>3</sup> En el argot de los trabajadores de la construcción, colega, compañero, hermano, significa amigo.

Carl no podía creer que a solo unos minutos de la media noche, en plena víspera de Navidad, estuviera conduciendo desde la casa de Frank hasta la suya.

El viaje estaba resultando lento y tortuoso a causa de la nieve y el hielo acumulados en la carretera. En Kenora, el slogan "*Feliz Blanca Navidad*" era un eufemismo y Carl había sido un tonto al dejarse convencer por Frank de ir a su casa y quedarse hasta estas horas de la noche.

A su jodido mejor amigo se le había metido en la cabeza hacer una fiesta a la que invitó a varios de sus amigos solteros a fin de que Carl se animara a pasar la noche con alguno de ellos y por qué no, algo más de tiempo después.

Pero decir que fue un completo fiasco era poco.

Al parecer los poderes casamenteros de Frank habían funcionado con sus otros amigos, menos con Carl. Así que aquí estaba él conduciendo de regreso a su casa, completamente solo, como siempre.

De repente algo se atravesó en la carretera y chilló lastimeramente cuando la camioneta le pegó por un lado. No estaba seguro de qué había sido ese algo, tal vez fuera un perro. No iba tan rápido así que era más que probable que solo lo hubiera lastimado.

Frenando rápidamente y cerrando bien su abrigo salió al frío de la noche a ver si podía auxiliar al pobre animalito. Estaba seguro de que seguía con vida ya que lo oía lamentarse.

Solo tuvo que caminar unos cuantos pasos para encontrarse cara a cara con el más hermoso espécimen de lobo que pudiera haber visto jamás. Parecía ser un cachorro, ya que era muy pequeño en comparación con el tamaño de un lobo adulto promedio. En esta zona del país era muy común encontrarse con alguno.

Su pelaje era blanquísimo, pero estaba bastante embarrado. Quizás debió arrastrarse un poco al ser golpeado por su camioneta.

Carl rápidamente se quitó su abrigo y envolviendo al lobo lo levantó en sus brazos y lo llevó al calor que prodigaba la cabina de su vehículo. Trataría con lo que fuera en casa. Mañana encontraría algún veterinario cercano disponible para que lo examinara.

Solo esperaba que el cachorro sobreviviera la noche.

Una vez que tuvo al lobo bien acomodado en su asiento trasero para que no se fuera a caer, se subió de nuevo a su vehículo y condujo lo más rápido que pudo hasta su casa.

Estacionando primero su camioneta dentro del garaje contiguo, rápidamente procedió a sacar al lobo del asiento trasero y lo llevó alzado en brazos hacia su sala de estar. Una vez estuvo allí lo acostó cómodamente aún envuelto en su abrigo sobre una pequeña alfombra cerca a la chimenea.

Carl encendió el fuego para hacer que el lobo entrara en calor y luego corrió a la cocina por toallas limpias y agua caliente para limpiarle las heridas.

Volvió a la sala llevando todo cuanto fuera a necesitar en sus brazos y se sentó cerca del lobo que pacientemente se quedó allí acostado observándolo, aun quejándose levemente.

Carl le dio gracias al cielo que el animal no fuera feroz o que estuviera demasiado conmocionado como para querer morderlo mientras lo limpiaba. Aunque para ser francos lo disculparía si así lo hiciera ya que casi estuvo a punto de matarlo.

Con presteza quitó toda la mugre que pudo notando que al menos no tenía ninguna herida sangrante. Carl palpó con suavidad de cabo a rabo al animal pero al parecer no tenía ningún hueso partido porque ni siquiera soltó un quejido. Antes por el contrario, el lobo pareció disfrutar de las atenciones que le prodigaba.

Cuando hubo terminado su inspección se quedó mirando con más tranquilidad al manso cachorro estando casi seguro que solo se trató de un buen susto. El lobo tumbado en su sala era blanco como la nieve y sus ojos tan azules e insondables como lo profundo del mar.

—¿Y ahora qué voy a hacer contigo? —le preguntó Carl como si pudiera contestarle. Pero de algo estaba seguro, lo mantendría en su casa por esta noche ya que no tenía corazón para dejarlo afuera posiblemente aun conmocionado por el golpe.

Así que fue hasta la cocina y le trajo un tazón con agua. Lo puso cerca de donde estaba echado, mientras el lobo pacientemente lo seguía con la mirada.

—Descansa muchacho. Mañana te llevaré a que te revise el veterinario y después de regreso a tu casa en el bosque.

Carl le bajó la intensidad a la luz de la sala y caminó hasta su recámara dejando entreabierta la puerta para poder escuchar si el lobito lo llegaba a necesitar.

\*\*\*\*

La tenue luz del sol atravesaba suavemente las persianas de su habitación. Al parecer la mañana de navidad se alzaba en todo su esplendor para Carl.

Un leve suspiro y un pequeño cuerpo caliente se acomodó contra el suyo más grande mientras un delgado brazo descansó suavemente alrededor de su cintura.

Sonriendo al sentirse sostenido, Carl hizo lo mismo con la persona que se amoldaba tan perfectamente a él en su cama.

Un momento, ¿había alguien en su cama?

Carl abrió de golpe sus ojos, arrastrándose rápidamente fuera de su cama mientras gritaba.

No podía creer lo que veía.

Un hermoso joven rubio, probablemente de unos veinte años de edad, descansaba plácidamente en su cama como si nada más importara en el mundo. Al verlo más de cerca Carl no tuvo corazón para despertarlo, algo dentro de él había puesto en marcha su instinto protector, pero achacándose al aturdimiento por no saber cómo había irrumpido ese extraño joven en su casa y en su cama, decidió despertarlo.

Así que se agachó y tomó un cojín que se había caído al suelo y se lo tiró en la espalda al hombre aun profundamente dormido. Está bien, era idiota hacer algo así, ya que ni en un millón de años ese niño podría ganarle a un hombre tan corpulento como lo era él, pero qué diablos. —¡Eh! Despierta.

Suspirando el joven abrió sus ojos aún medio dormido y Carl se quedó perplejo. Eran los ojos azul claro más hermosos que hubiera visto alguna vez. Si lo había considerado un hombre guapo antes, sus ojos solo le agregaban mucho más al conjunto.

Negando con la cabeza para salir de su ensoñación Carl le volvió a hablarle al chico. —¿Qué haces ahí?

El chico sonrió. —Duh, dormir.

Carl puso los ojos en blanco, parecía que la vista que tenía enfrente lo había convertido en un gran tonto. —Eso es obvio, compañero. Pero lo que quiero saber es cómo entraste a mi casa.

Desperezándose el hombre más joven se sentó y miró a Carl con inmensa admiración. —Sabía que me habías traído hasta tu casa porque al igual que yo sentiste el jalón. No puedo creer que la Luna al fin haya escuchado mis oraciones. Ya había perdido la esperanza de encontrarte, compañero.

¿Pero qué se había fumado este chico?

Teniendo en cuenta las palabras dichas por ese chiflado, Carl de repente comprendió algo. Ese algo hizo que se asomara a la sala de estar y notó que el cachorro ya no estaba. Entonces volvió a su habitación un poco confundido. —Anoche traje a mi casa a un cachorro de lobo, no a ti. No entiendo qué está pasando aquí.

La mirada del chico se ensombreció. —No soy un cachorro. El mes pasado cumplí cien años y es por mi apariencia que se me ha negado lo que he anhelado por tantos años. Los demás hombres lobo no han querido acoplarse conmigo porque no me creen adecuado por mi tamaño. Pero soy fuerte, eso te lo aseguro. Soy digno de ser tu compañero. Además tú no tienes nada que envidiarles a ellos. Eres enorme... y guapo.

Carl sintió sus mejillas arder. Desde hace algunos años nadie había hablado de su apariencia con tanto anhelo y lujuria a la vez. —Pero te traje porque... porque te atropellé con mi camioneta. Por solidaridad, quiero decir. Solo quería auxiliarte, nada más.

Al chico se le aguaron los ojos mientras lo miraba. —¿Me estás rechazando? ¿No me crees digno de ser tu compañero?

Carl comenzó a pasearse por la habitación. No sabía cómo actuar ante esta situación. ¿El chico era realmente un hombre lobo? Además, ¿sería cierto lo que le estaba diciendo acerca de que Carl era su compañero?

Volteando a mirar al ahora desolado hombre sentado en su cama, Carl le dijo: —Dame un minuto, necesito pensar —y salió de su habitación, no sin antes escuchar al chico llorar.

Carl sintió su corazón partirse. Por qué sentía eso si hace tan solo unos minutos había conocido a ese extraño chico. Además ni siquiera sabía su nombre.

Caminando hacia la cocina sacó un vaso del gabinete alto y se sirvió un poco de agua. De repente alguien le habló a sus espaldas, tomándolo por sorpresa. —Entonces vas a rechazar tu regalo de navidad.

No fue una pregunta fue una rotunda afirmación y Carl ya sabía de quién provenía esa voz. Volteándose vio a Cloud con la misma ropa roja y verde

navideña a juego con el ridículo sobrero en punta café sentado encima de su nevera. ¿Cómo había llegado ahí? Iba a ser otro de los misterios que terminarían por enloquecerlo el día de hoy.

—¿Dices que ese chico es mi regalo de navidad? —dijo Carl, señalando con su dedo hacia su habitación.

Cloud comenzó a hablar como si fuese un niño pequeño. —Querido Santa, de regalo para esta navidad quiero a una pareja que esté conmigo para siempre. Que solo me desee a mi y que nunca me sea infiel. ¡Duh!

Carl puso los ojos en blanco. —No me creas tan imbécil, Cloud. Ese chico dice que es un hombre lobo, ¿cómo quieres que me sienta al respecto?

Cloud negó con la cabeza y por la expresión de su cara, no creía que Carl fuera un imbécil, estaba seguro de ello. —Mi querido, Carl. Steve es exactamente lo que le pediste de regalo a Santa. ¿De dónde creías que iba a sacar a un hombre con las características que pediste? Los hombres lobo se impriman de por vida a sus compañeros. Nunca les son infieles y cuando uno de ellos muere el otro también lo hace. Si dejas que él te reclame como su compañero, sus almas estarán enlazadas incluso después de la muerte. Desgraciadamente los seres humanos son demasiado egoístas lo que hacía imposible cumplir tu deseo de navidad a no ser que fuera con un ser paranormal.

Carl no quería ahondar sobre eso último con Cloud. ¿Habría otros seres paranormales además de los hombres lobo? Se estremeció de solo pensar en los zombis.

—No dudes más, Carl. Ve con tu compañero. En tu corazón sabes que él es para ti.

Indeciso miró a Cloud por un instante. Sabía que había pedido en su carta un imposible, pero el duende tenía razón. Algo muy dentro de él sabía que Steve era suyo. Incluso le gustaba como sonaba el nombre del chico.

Así que sonriendo Carl decidió ir y darle una oportunidad al lindo lobito. Eventualmente dejaría que lo reclamase como su compañero, aunque aún no estaba muy seguro de qué significaba exactamente eso.

Cuando llegó a la entrada de su recámara encontró al Steve vestido con sus ropas, su cara hinchada de tanto llorar. —Tomé prestada esta ropa. Haré que alguien te la traiga de vuelta mañana.

Carl volvió a sentir ese extraño jalón que sintiera hace tan solo unos minutos cuando estuvo cara a cara con Steve. Y abandonándose a ese

sentimiento se acercó al chico y lo tomó entre sus brazos dándole un ardoroso beso. —Nunca dije que te fueras compañero. Solo te pedí un minuto para pensar y ya lo he hecho. Quiero que me reclames, quiero que nuestras almas se entrelacen y quiero vivir contigo lo que me resta de vida. Pero primero conozcámonos un tiempo. Soy un poco chapado a la antigua y no quiero tomarte sin antes conocerte. Darnos la oportunidad de que cuando me reclames nos amemos realmente.

Los ojos de Steve ahora ardían con lágrimas de felicidad y alivio, no había sido rechazado. Su compañero en verdad lo había aceptado y lo mejor de todo era que quería llegar a amarlo. Eso hizo que el amor por su compañero comenzara a florecer en su corazón. —Estoy de acuerdo con ello.

Carl soltó a Steve y le tendió la mano. —Soy Carl Daniel. Es un placer conocerte, Steve.

Riendo un poco, Steve tomó su mano. —El gusto es mio, Carl.

Carl jaló a Steve de nuevo a sus brazos y volvió a besarlo como si no hubiera un mañana. Cuando se separaron nuevamente Steve lo miro a los ojos. —¿Quién te dijo mi nombre? No recuerdo habértelo dicho antes.

—Cloud.

La mirada del hombre más joven se iluminó. —El elfo de Santa fue quien me dijo dónde encontrarte. Si alguna vez lo vuelvo a ver le daré las gracias. Aunque de la emoción al seguir tu olor casi me matas.

De repente Carl recordó que en verdad había golpeado fuertemente al lobo. —¿Estás bien? Si quieres puedo llevarte al hospital. Lo que sucedió anoche clasifica como una emergencia.

—Nah —Steve desestimó las palabras de Carl con la mano—. Los hombres lobo somos inmortales y una vez que te reclame como mi compañero también tu lo serás.

Carl estaba de nuevo preocupado, pero al mirar el dulce rostro del compañero que Santa le había dado, supo que todo estaría bien. Que a pesar de que no fue lo que esperaba, Steve era exactamente lo que había deseado.

De repente se acordó de su mejor amigo, Frank. Realmente deseaba que también como él, estuviera disfrutando de su mañana de navidad junto al regalo de Santa.

Solo esperaba que hubiera tenido mucho cuidado con lo que había pedido.

\*\*\*\*

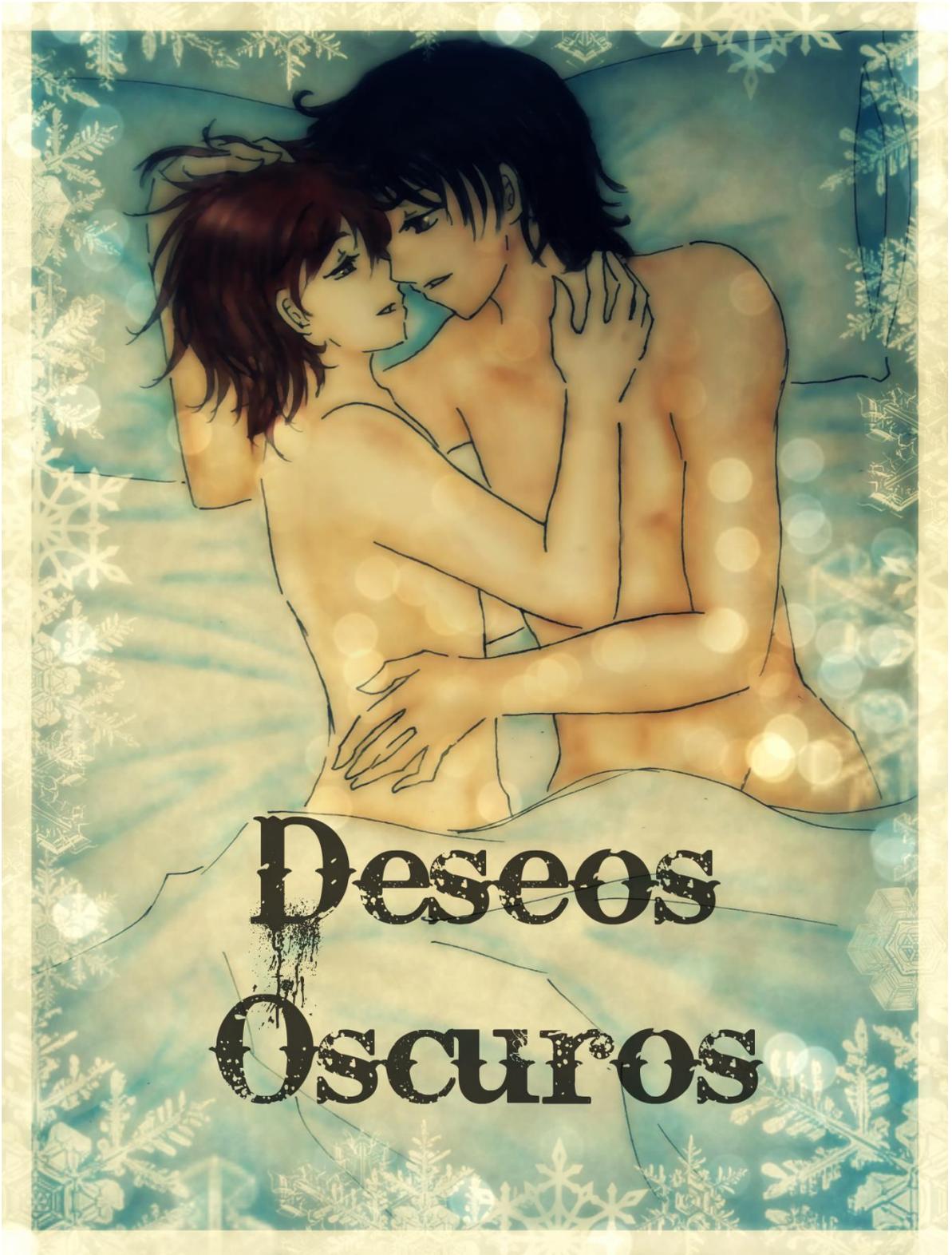
*En ese mismo instante, en otro sitio de la ciudad...*

Frank retozaba en su cama alegremente después de la quinta sesión de sexo ardiente con Rob y Bob, los gemelos que Santa le había dado de regalo de navidad.

Aun no podía creer que su deseo se hubiera cumplido de cabo a rabo.

Solo esperaba llegar vivo a fin de año.

FIN



**Deseos  
Oscuros**

# **Deseeos Oscuros**

Por

**I.M Garcia**

De

<http://ym-garcia-escritora.blogspot.mx>

## *Nota de la Autora*

Esta historia es la secuela de [Secretos Oscuros](#). Si deseas saber cómo empieza el romance de esta pareja no dudes en descargarte gratuitamente la otra historia. Este relato se puede leer independientemente y no es necesario leer la anterior para entenderla.

**Advertencia:** esta historia incorpora un estilo de vida alternativo. Tiene pincelazos de relación Sumisión-Dominación, pero al igual que a mis personajes, no se puede etiquetar exclusivamente de esa forma.

## *Dedicación:*

A todos aquellos que a veces desean escapar de la realidad y convertirse en alguien más, está bien que se diviertan un rato, pero nunca se olviden de sí mismos.

Y para todos aquellos que han sido rechazados o discriminados de alguna forma.

Échenselo en cara a los malditos que los han hecho sentir mal.

Agradecimientos especiales a Daniel Lexus y Sibe por organizar esta antología y por las ilustraciones.

También a todos los lectores nuevos y conocidos.

¡Tengan todos una muy feliz navidad!

Fernando

—Confiesa de una buena vez por todas, ¿lo mataste o no lo mataste? —dijo el detective golpeando fuertemente la mesa pero el asesino sabía perfectamente que esa era una técnica para intimidarlo.

Simplemente alejó la mirada del hombre y se encogió de hombros distraídamente. Si el policía creía que confesaría la verdad de sus crímenes, estaba muy equivocado.

Al ver que lo ignoraba, el enfurecido detective lo tiró al suelo. El asesino no había podido hacer nada para evitarlo debido a que tenía las manos esposadas y el golpe lo dejó aturdido. Tampoco estaba seguro de cómo debía reaccionar ante esta situación de brutalidad policial, así que simplemente se le quedó mirando con sorpresa, esperando a ver qué haría el otro hombre.

—Te crees muy inteligente, ¿no? —preguntó el detective quitándose la corbata—. Crees que porque soy un policía no te pondré en tu lugar. —Se quitó la chaqueta y la lanzó sobre la mesa.

—¡Vete a la mierda! —dijo el asesino enfurecido. No se dejaría intimidar por ese policía demente.

Sin embargo, aunque quiso parecer relajado y tranquilo, se le secó la boca y comenzó a respirar rápidamente. No estaba seguro qué ocurría aquí, pero su sangre había comenzado a hervirle cuando el delicioso detective había comenzado a quitarse la ropa.

El policía se acercó a él y le arrancó la camiseta y los pantalones. El asesino se quedó boquiabierto ante tal acción inesperada.

«¿Qué carajo?» pensó confundido.

—¿Sin ropa interior? —le preguntó el policía con una sonrisa sarcástica.

Después acomodó sus manos esposadas sobre su cabeza y con movimientos rápidos liberó un brazo solo para dejarlo esposado a una de las patas de la mesa y por último se subió sobre sus piernas. Ni siquiera le dio tiempo de reaccionar al aturdido asesino.

—¿¡Qué carajos crees que estás haciendo!?! —El asesino pareció espabilarse, dejando su pasividad de lado y comenzó a resistirse. Movié todo su cuerpo para quitarse al otro hombre de encima, pero sin importar cuánto luchó, no cambió en nada su situación.

El detective ignoró sus preguntas y añadió con un tono sarcástico:

—Ah, vamos dulce ratoncito —le sujetó la barbilla con fuerza—, no me gusta que te resistas. Ríndete, te conviene.

Comenzó a besarlo acaloradamente y aunque el asesino quería resistirse y alejar su rostro, esa deliciosa lengua lo embriagaba con pasión.

Sin entender por qué, comenzó a frotar su entrepierna contra el duro cuerpo del policía. No era gay, pero había algo de ese detective que hacía que le hirviera la sangre. Quizás era porque habían estado jugando al gato y al ratón por tantos meses que la pasión que estaba naciendo en su interior era incomparable a todo lo que había experimentado hasta ese momento.

El policía se quitó los pantalones y casi instantáneamente el asesino pudo sentir un líquido frío sobre su ano. No supo en qué momento, pero el otro hombre había sacado una botella y estaba vertiendo líquido sobre él. En esos momentos entró en pánico e intentó alejarse del otro hombre, pero este simplemente dejó caer su peso sobre el asesino y comenzó la exploración del interior de su cuerpo.

El asesino sintió un dedo penetrarlo y aunque quiso evitarlo fue inútil, dejó escapar un gemido de placer, que el detective supo reconocer inmediatamente.

—Realmente no eres tan virginal como pensé, ¿verdad?

—Cállate y vete a la mierda.

El hombre solo rio y continuó dilatando su cuerpo. Después de eso el policía lo penetró deliciosamente duro. El pobre asesino no tenía ni la más mínima oportunidad contra ese delicioso placer. Comenzó a moverse violentamente, sin ningún tipo de delicadeza, y el asesino pronto se vio envuelto en un placer inimaginable.

—Ahora responderás a mis preguntas —le dijo el detective mientras con su pene frotaba su próstata—. Si no me respondes honestamente —dijo deteniendo el movimiento de sus caderas por completo— habrá un castigo.

—¡No! —se quejó el asesino—. No te detengas. No, por favor. Sigue. ¡Más, quiero más! —Intentó mover sus caderas para recibir placer, pero el otro hombre lo sostuvo fuertemente y no pudo lograr su cometido.

El asesino continuó suplicando, pero el policía lo ignoró al punto de que el asesino sintió que lloraría por la frustración. Era injusto. Este hombre violaba su cuerpo de una forma en la que nadie lo había hecho, dándole un placer inimaginable y ahora se negaba a terminar lo que había comenzado.

—De acuerdo —dijo el policía moviendo ligeramente las caderas. Había placer, pero no el suficiente—. ¿Tú lo mataste?

—Más, por favor más —suplicó el asesino.

—Contesta la pregunta y te daré más.

—Sí, yo lo maté. Sí...

El policía movió más rápido las caderas, incrementando así ligeramente el placer del asesino. Sin embargo, todavía no era suficiente. Quería más, mucho más.

—¿Dónde ocultaste el cadáver? —le preguntó—. Si me lo dices, dejaré que te corras.

El asesino inmediatamente le dijo la ubicación del cuerpo y el detective ni lento ni perezoso comenzó a embestirlo con poderosos movimientos hasta que ambos hombres se corrieron.

—¡Corte! —gritó una voz a lo lejos y Roberto inmediatamente soltó las muñecas de Fernando.

—¿Estás bien mi amor? —preguntó preocupado—. ¿No te follé muy violentamente?

Fernando inmediatamente sacudió la cabeza en forma negativa y abrazó a su amo.

—No —le aseguró—. Fue maravilloso. —Luego acercó sus labios a los de su amado y este lo besó apasionadamente.

—Lucen maravillosos en cámara —dijo Pedro, uno de sus amigos del club *Afroditux*, con una cámara en la mano—. El DVD estará listo en unos minutos, pueden vestirse y esperar afuera. Gracias por participar en nuestro evento de caridad de navidad.

Los dos hombres se pusieron una bata encima y se marcharon hacia los vestidores.

Cuando escucharon que los del club sexual al que pertenecían estaban haciendo una actividad para recolectar fondos para varias instituciones de caridad, ambos habían saltado ante la oportunidad de ayudar.

La actividad era bastante sencilla, grabarían un video pornográfico privado y el dinero recolectado iría a una institución de caridad. Aunque realmente solo era una excusa más para cumplir sus fantasías sexuales.

No sabía por qué no se les había ocurrido antes hacer un vídeo pornográfico. Para Fernando no había nada más erótico que ser follado por su amado en público, y ahora tendrían un video que podrían ver cada vez se les antojara. Incluso podrían mostrárselo a sus amigos del club e intercambiar vídeos con ellos.

Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo.

—¿Estás bien amor? —le preguntó su hombre mientras le ayudaba a ponerse el abrigo.

—Sí —le respondió inmediatamente. Lo último que quería era que su querido esposo se preocupara por él, especialmente cuando se estaba imaginando todo tipo de situaciones sexuales.

Después de recibir el disco con la película, ambos hombres salieron del club. A esta hora había mucha afluencia de personas, así que fueron saludados por varios de sus amigos.

Este era uno de los pocos lugares en donde Fernando se sentía a gusto y bastante cómodo. Sabía que al salir de las puertas del club, ambos hombres tendrían que mantener sus manifestaciones de afecto al mínimo.

No le gustaba, de hecho odiaba esa situación. Desafortunadamente no era de esos hombres valientes a quienes no les importaban las opiniones de la gente. A él sí le importaban, principalmente porque el trabajo de su querido Roberto dependía mucho de dichas opiniones.

Antes de que la depresión se apoderara de él, llegaron a su otro santuario: su casa. Se dispusieron a ver la película que acababan de filmar y tuvieron que repetir el acto.

A pesar de los prejuicios de la sociedad, Fernando era realmente feliz.

\*\*\*

Al día siguiente mientras Fernando le servía el desayuno a Roberto, se percató de que su esposo, como se había acostumbrado a llamarlo en su mente pero jamás se atrevería a hacerlo en voz alta, parecía un tanto más nervioso de lo normal. A Fernando le dio curiosidad su actitud tan extraña, pero no se atrevía a preguntarle.

—Fer... —le dijo finalmente—. He estado pensando en algo, pero no quiero que te sientas mal, ¿sí? Quiero que me escuches hasta que termine antes de angustiarte.

Esas palabras solo hicieron que Fernando se angustiara.

«¿Qué habrá pasado? ¿Se habrá molestado por algo que hice? ¿Acaso se me olvidó algo importante?» pensó hiperventilándose.

Fernando bajó la mirada y trató de calmar su respiración. Esto era terrible.

—Mi amor —le dijo Roberto—, ven aquí. —Señaló sus piernas y Fernando agradecido salió corriendo a sentarse sobre ellas. Ocultó su rostro en el hombro de su esposo y trató de no llorar.

Era un idiota. Había cometido algún error grave y gracias a su molesta personalidad, su pobre Roberto se sentía mal por hacérselo saber.

«¿Cuándo podré comportarme como un hombre normal? Quiero ser la clase de hombre que necesita Beto... ¿Por qué tengo que ser tan patético?».

—Escucha —le dijo Roberto acariciándole la espalda—. Todo está bien, ¿sí? No has cometido ningún error ni has hecho algo malo. Estoy feliz con todos los cuidados que me das y con la atención que me brindas. Te amo, eso lo sabes perfectamente.

Fernando simplemente pudo asentir. No quería comenzar a llorar como una nena ahora que su amado Roberto se estaba comportando tan dulcemente con él.

Le gustaría poder decirle a su querido Roberto que lo disculpara, que su peor pesadilla era cometer algún tipo de error y perderlo para siempre. Había noches en las que no podía dormir, aterrado pensando que tarde o temprano lograría hacer algo para alejarlo de su vida. Sin embargo Fernando jamás había sido bueno con las palabras ni sabía cómo expresarse, más que con lágrimas. Así que simplemente permaneció en silencio esperando que su amo le dijera qué seguía después.

—He estado pensando sobre tu futuro... —le dijo y Fernando se tensó inmediatamente.

Había dicho “tu futuro” no “nuestro futuro”, sino “tu futuro”. Aunque quiso evitarlo no pudo, su cuerpo comenzó a sacudirse involuntariamente y se maldijo a sí mismo en voz baja.

A pesar de que al inicio había sido él quien había querido terminar la relación, no quería ni imaginar qué pasaría si Roberto ahora fuese quien quisiera romper con él. Aparentemente estaba a punto de averiguarlo, porque ahora debía tener un “tu futuro”.

—Vamos, mi vida. Me estás preocupando, cálmate. —Roberto comenzó a besar cada parte de su rostro que podía alcanzar y Fernando se rindió ante las caricias.

Su sueño era ser un buen esclavo, un buen amante, un buen amigo, un buen confidente. Lo mejor para su Roberto. Entre sus planes no había ningún “tu futuro”.

Roberto lo levantó de sus piernas y lo llevó a la habitación de huéspedes, que era la que estaba más cerca. Lo recostó sobre la cama y le acarició la espalda hasta que por fin logró calmarse.

—Escucha, no quería que te angustiaras. Pensaba sugerirte un plan que quizás te haga feliz o quizás no te guste la idea, pero al final tú eres el que decide...

Ahí estaba esa horrenda palabra otra vez: “tú”. Tú decides le dijo.

«¿Por qué Roberto insiste en que haga cosas solo? No lo entiendo. Soy feliz viviendo para complacer a mi hombre, ¿por qué todo el mundo insiste en querer cambiarme?».

Además, había varias cosas que hacía solo. Como por ejemplo las compras, Roberto era un hombre muy ocupado y no siempre podía tomarse el tiempo de acompañarlo. También hacía los quehaceres del hogar solo, jamás permitiría que su Roberto levantara un solo trasto sucio. Eran tareas que hacía para complacer a su hombre, pero esto de tomar decisiones solo... no, eso solo le hacía pensar que Roberto quería que fuera “independiente” y él no podía lidiar con eso otra vez.

La independencia era terriblemente solitaria. No quería tener nada que ver con esas horrendas palabras que lo dejarían solo con sus deseos y secretos oscuros.

—Amor —suspiró finalmente Roberto—, ya me tengo que ir a trabajar. Dejaré unos papeles sobre la mesa, ¿sí? ¿Los podrías mirar y decirme si te llama la atención algo así? —le preguntó y Fernando odió la situación.

Era en estos momentos cuando prefería que Roberto le diera órdenes. Las órdenes lo hacían sentir más seguro. Las peticiones lo incomodaban. Sin embargo, asintió porque eso era lo que esperaba su amado.

Roberto le dio un beso de despedida y se marchó. Una vez Fernando se aseguró de que su amado no estuviera en la casa, tomó la lista de compras que habían hecho el día anterior para la cena de navidad y se marchó de la casa sin mirar esos “papeles”.

\*\*\*

Se encontraba en el supermercado. La navidad estaba a la vuelta de la esquina y Roberto había planeado todo un evento sexual para su primera celebración juntos. Sería la navidad perfecta, no podía darse el lujo de que no lo fuera.

Tenía que demostrarle a su esposo que él era más feliz en su situación actual, y que no quería pensar en cosas como: “tu futuro”, “tú decides” o esos horrendos “papeles” que contenían quién sabía qué cosas.

—Él es de quien te conté. El marica que vive con el ingeniero en la casa de las rosas. —Fernando escuchó una mujer decirle a la otra. Sabía muy bien que hablaban de él, pero simplemente las ignoró y continuó buscando las compras que necesitaba hacer.

—¡Ay qué asco! Dos hombres viviendo juntos en pecado en nuestro vecindario... Debemos hacer algo para sacarlos de aquí...

Aunque cada día se le hacía más difícil ignorar los comentarios hostiles de las vecinas amas de casa, intentaba vivir su vida al máximo. Entendía el hecho de que dos hombres que vivieran juntos, que no compartían lazos familiares, fuera motivo de murmuraciones. Sin embargo deseaba que las señoras se dedicaran a su familia y dejaran la de él en paz.

Por supuesto que él jamás se atrevería a decirles lo que pensaba.

«Inútil» se dijo a sí mismo. «La verdad es que te aterra enfrentarte a un grupo de amas de casa sin oficio».

No podía negar la verdad de su corazón. Siempre había sido una persona de carácter muy débil y tímido. Ni siquiera se atrevía a pensar mal de alguien ni insultarlo en su mente. Excepto a sí mismo.

Destrozarse mentalmente era bastante sencillo para él. Roberto le había dicho en varias ocasiones que tenía que aprender a expresar su opinión y sus deseos con confianza. La razón por la que casi rompen su relación fue porque él no se atrevió a expresarse libremente. Sin embargo, para Fernando era mucho más fácil mantener esos deseos oscuros en secreto que exteriorizarlos.

—¿Pero cómo qué? —escuchó a una de las señoras sin oficio preguntar. Fernando sospechaba que estaban hablando fuertemente a propósito para que él las pudiera escuchar, pero no tenía pruebas.

—Tal vez una petición con las firmas de todos los vecinos para que los saquen... ¿crees que algo así funcione?

Fernando decidió darse la vuelta y dejar de escuchar esa sarta de imbecilidades.

«¿Qué no tienen algo mejor que hacer que criticarme?» Quería preguntarles. «Al igual que a ustedes a mí no me da vergüenza que mi esposo me mantenga y dedico mi tiempo a mi propio hogar y no a criticar el suyo».

Esa era la completa verdad. El ser mantenido por su esposo no le daba vergüenza ni lo hacía sentir menos hombre. Era lo que siempre deseó, aunque nadie lo comprendiera. El sueño de la mayoría de hombres no era ser un... un... “amo de casa”.

Ni siquiera conocía una palabra que definiera su situación actual. Supuso que se debía al mismo machismo de la sociedad. Él era un hombre, pero sus deseos, según los ojos de sus iguales, eran considerados “femeninos”.

Él siempre quiso convertirse en el encargado de atender a su hombre. Quería administrar los recursos de su hogar y esperar en casa a su esposo cuando regresara de trabajar, tratarlo como un rey y darle todo lo que su Roberto deseaba.

Especialmente ahora que por fin había descubierto lo compatibles que eran en la cama. Jamás se le hubiera cruzado por lo mente, unos meses atrás, que compartían el mismo tipo de secretos oscuros.

Aunque ahora tenía otros problemas con los cuales enfrentarse. Su Roberto lo quería “independiente”. Con solo recordarlo, deseaba llorar, pero jamás lo haría cuando estaba frente a tanta gente.

Al salir del supermercado, ignoró las miradas hostiles que las mujeres que lo criticaron le lanzaron y se dirigió a la tienda de disfraces de la cual la pareja se había vuelto cliente frecuente.

Para esta navidad Fernando también había preparado una sorpresa muy especial. Podía imaginarse todo tipo de cosas pervertidas que podrían hacer con los disfraces cuando recibió un mensaje de texto de su amado Roberto:

*“Cancela los planes de navidad. Tengo un problema. Te cuento en casa”.*

Fernando no pudo evitar sentir un nudo en el estómago. Le respondió inmediatamente haciéndole saber que había recibido el mensaje y que lo esperaba en casa.

Quedaban muchas horas antes de que su amado llegara de trabajar y no podía evitar el pánico que comenzó a apoderarse de él. No solo tenía que enfrentarse a esos papeles que seguían en casa, ¿sino ahora su amado Roberto tenía un problema?

«¿Qué le habrá pasado a mi amado esposo?» pensó.

La angustia lo torturaba, especialmente cuando pensaba que los clientes de Roberto podrían haberse enterado de su orientación sexual y se angustiaba pensando que su querido esposo podría quedarse sin clientes por los prejuicios de la sociedad.

Corrió a casa a esperar a su amado esposo, mientras los nervios lo consumían. Vio varias veces la hora y cada segundo que pasaba se le hacía eterno. Su Roberto tenía un problema. Y con lo inútil que era Fernando no estaba seguro de si podría ser de ayuda en algo.

Se detestaba a sí mismo. ¿Cómo podría ser la otra mitad de su amado cuando ni siquiera se sentía como una buena décima parte? Lágrimas se acumularon en sus ojos y maldijo su debilidad.

«¿Cuándo dejaré de ser tan llorón? ¿Por qué siempre tengo que ser tan débil? ¿Por qué no puedo ser tan fuerte como mi mejor amigo Andrés o Roberto?»

Se trató de calmar. Nadie necesitaba un llorica en momentos de crisis y si quería ser de utilidad para su amado esposo, tendría que empezar por no llorar al menor problema que se apareciera.

«Tengo que ser un hombre fuerte».

Juntos podrían resolver este problema de Roberto. Fuera cual fuera. Solo tenía que esperar a que su marido llegara a casa, le prepararía una taza de chocolate caliente y luego se irían a la cama. Ahí escucharía sus problemas como un buen esposo y le daría los consejos necesarios.

Además si Roberto se enteraba de que había estado pensando mal de sí mismo otra vez, se enfadaría con él y lo menos que quería era iniciar una discusión con su esposo. Su amado tenía una habilidad innata para saber cuándo se había portado mal.

El tiempo pareció pasar demasiado lento y cuando creyó que se volvería loco, escuchó que alguien abrió la puerta. Su angustia fue transformada en alegría al ver que su esposo había llegado a casa, pero sentimiento no tardó en convertirse en pesar.

«¿Por qué ha venido tan temprano a casa?» Eso solo podía significar terribles noticias.

Roberto

—En verdad soy tarado —masculló Roberto al recordar la escena de esa mañana—. ¿Qué clase de imbécil comienza una conversación con un “no te angusties”? Obviamente eso es exactamente lo que pasará...

Golpeó el volante de su vehículo mientras maldecía su estupidez.

Ser amante de alguien con problemas de autoestima como Fernando era tarea difícil. Le molestaba el hecho de que su pareja no pudiera verse como él lo miraba y que creyera que era un depravado sexual simplemente porque sus deseos no eran “convencionales”.

Roberto simplemente lo quería hacer feliz. Quería que Fernando tuviera la confianza necesaria para ver al mundo a los ojos y con la frente en alto. Le dolía ver cada vez que bajaba la mirada avergonzado y ocultaba sus lágrimas.

—Maldita sea —gritó—. De verdad soy estúpido.

La mayor parte del tiempo no entendía qué pasaba por esa linda cabeza, especialmente porque Fernando era un hombre muy silencioso y reservado. Era solo durante sus fantasías sexuales que el hombre parecía adoptar la personalidad del personaje que interpretaba y se expresaba libremente.

Era en esos preciados momentos en los que Roberto podía ver a su amante con la frente en alto y viendo al mundo a los ojos. Se le hacía más fácil convertirse en otra persona que ser él mismo.

—Por eso se te ocurrió la brillante idea de ese taller de actuación —se recriminó—. Pensaste que así podría hacer amigos cercanos con los que pudiera compartir la pasión por la actuación. Quizás hubiera salido bien si no hubieses empezado la conversación con un “no te angusties”. ¡Joder!

Volvió a golpear el volante enfurecido.

Se supone que como pareja de Fernando, la persona en la que más confiaba debería entenderlo perfectamente y le dolía admitir que ese no fuera el caso.

Para Fernando debía ser frustrante quedarse en casa todo el tiempo sin nada que hacer más que las tareas del hogar. No es que a Roberto le molestara. Al contrario. Se sentía orgulloso de sí mismo de ser el único proveedor de su familia. Sus colegas se sentían humillados de hacer que sus esposas trabajaran porque no les alcanzaba para cubrir los gastos, así que podía presumirles que su pareja se quedaba en casa y tenía todo lo que necesitaba y más.

Sin embargo, cuando se ponía en los zapatos de Fernando y pensaba en lo aburrida y monótona que debía ser su vida, sin ningún pasatiempo, más que el sexo, entendía por qué su amante podría estar desarrollando una pésima

autoestima. Además, con lo reservado que era, Roberto estaba seguro de que jamás objetaría nada.

Era su trabajo, como pareja, entender lo que su amante quería. Le encantaría ser capaz de leerlo como un libro abierto, así como se miraba en las películas o libros románticos. La pareja tenía algún mal entendido y si alguno de ellos era tímido y no podía expresarse claramente con las palabras, entonces su pareja parecía entenderlo con los gestos que hacía. Si las cosas seguían así, estaba considerando seriamente inscribirse en un taller de comunicación cinésica o algo por el estilo.

Roberto pasaba noches en vela, imaginando que su amado lo dejaría. Ese sentimiento lo aterraba, porque ese hombre tímido y vulnerable se había vuelto su piedra angular y sin él... No, no quería ni pensarlo.

Al llegar al trabajo, dejó que la rutina y los problemas cotidianos de la construcción lo distrajeran.

Era de la clase de hombres que hablaba sin parar. Podían tocar cualquier tema que le gustaba discutirlo, si no conocía del asunto, aprendía y si lo conocía le gustaba demostrar sus distintos puntos de vista. Sin embargo con lo silencioso que era Fernando, a veces Roberto sentía que lo sacaba de quicio con tanta palabrería, por lo que aprovechaba a desahogarse en el trabajo.

No quería admitirlo, pero realmente le preocupaba el estado de su relación. Fernando era asombroso, siempre estaba ahí para él y lo relajaba por completo. La horrenda pregunta que inundaba su mente sin embargo era una sola:

—¿Y qué diablos hago yo por él? —murmuró amargamente—. No lo hago reír. Al contrario, parece que siempre lo estoy preocupando. Se encarga de hacer todas las tareas del hogar y ni siquiera me permite ayudar. Pero eso es algo lógico, ¿en qué más se va a distraer? Lo único que hago es proveer de dinero, ¿pero qué carajos hago yo por él?

Roberto se sentía extremadamente frustrado. Quería ver a su Fernando reír todo el tiempo, quería que su amado le dijera “soy feliz a tu lado”. O mejor aún, quería que le dijera “me haces feliz”.

—Ingeniero —le interrumpió su asistente. Roberto suspiró agradecido. No había podido avanzar nada en su trabajo pensando en que si seguía sin hacer nada, Fernando sí terminaría con él y con justa razón—. Su madre lo llama, puse la llamada en espera en la línea dos.

—¿Mi madre? —preguntó confundido—. Eso sí que es raro.

—Sí, lo mismo pensé ingeniero, por eso vine a avisarle personalmente. Parecía preocupada.

—Gracias Lisbeth, yo me encargo a partir de aquí. —Su asistente asintió y se marchó—. ¿Mamá? —preguntó confundido pero contento de escucharla. Habían transcurrido varias semanas desde la última vez que habían charlado.

—Hijo, tengo malas noticias —dijo y Roberto pudo sentir un nudo en el estómago.

\*\*\*

Llegó a la casa abatido. Solo esperaba no haber preocupado mucho a Fernando con el mensaje tan misterioso que le había enviado. Les había informado a sus empleados y clientes que estaría fuera hasta pasado el año nuevo.

Cuando abrió la puerta vio a su pareja esperándolo. Simplemente abrió los brazos y su querido novio salió corriendo a ellos. Roberto enterró su nariz en la suave cabellera castaña de Fernando y dejó que la tensión que había estado sintiendo en su hombros hasta ese momento se disipara.

Fernando lo acomodó sobre el sofá.

—Espera —le dijo—. Iré a preparar una taza de chocolate caliente.

—No, mejor trae la botella de güisqui —le pidió en su lugar—, necesito algo realmente fuerte.

Pudo ver cómo el rostro de Fernando se angustió todavía más. No se imaginó que fuera posible, pero así era. Había logrado perturbar todavía más a su pareja. Sí que era el peor de los novios.

—De acuerdo... —le respondió tímidamente.

Sin embargo antes de que se pudiera marchar, Roberto lo detuvo.

—No, ¿sabes qué? Esa taza de chocolate suena mejor... ¿no te molestaría preparármela de todas formas?

—Por supuesto que no —dijo su novio un poco aliviado—. Ahora mismo vengo.

«Sí» pensó Roberto. «Logré acertar un pensamiento de mi novio. Ahora si tan solo pudiera hacer eso todo el tiempo, no estaríamos en una situación tan terrible en nuestra relación».

Unos minutos más tarde, su novio regresó con una charola con dos tazas y unas galletas horneadas en casa.

Roberto esperó a que Fernando le sirviera y luego invitó a su novio a sentarse sobre sus piernas. Esta era su posición favorita. Aunque parte de él se preguntaba si a Fernando también le agradaba. Observó su rostro, esperando alguna señal de molestia, pero su novio simplemente estaba viendo hacia sus rodillas.

«¿Lograré algún día que me vea a los ojos? Oh dios, ¿acaso me tiene miedo?»

Roberto inmediatamente sacudió la cabeza. No, no quería ni pensar que eso fuera una posibilidad, porque si Fernando le tenía miedo, entonces con todo el dolor de su alma lo dejaría ir. Quería que Fernando fuera el hombre más feliz de este mundo, no que estuviera aterrorizado de él.

Sin saber qué más hacer o decir, se aclaró la garganta y decidió mejor explicarle la razón del mensaje de texto. Ya no quería torturarse a sí mismo con los problemas de su relación, especialmente porque sabía que si le preguntaba sobre ello a Fernando, únicamente haría que su novio tuviera un ataque de pánico.

«Me urge ese taller de cinésica. El próximo año investigaré si existen».

—Bueno... —dijo estúpidamente. No sabía cómo empezar a tocar un tema tan delicado—. Verás... —esperó un momento para ver si Fernando le decía que continuara o le diera una pequeña señal de que lo estaba escuchando, pero su novio simplemente continuó mirando hacia sus rodillas—. Hoy recibí una llamada de mi madre, al parecer mi padre tuvo un accidente. Se cayó de un caballo, parece que sí se ha lastimado pero no es nada serio. Desafortunadamente necesitan que regrese a la finca —Sintió a Fernando tensarse y su cuerpo comenzó a sacudirse—. ¿Amor? —preguntó preocupado.

¿Qué carajos había dicho para que su novio comenzara a temblar así?

—¿Cu-cuándo irás? —preguntó tímidamente.

«Ah, entiendo. No quiere ir conmigo. Quizás no quiere conocer a mis padres. Es lógico, ellos no saben que soy gay. Planeaba salir del armario en esta visita, y lo haré» pensó decidido y un poco decepcionado de que su Fernando no quisiera acompañarlo. Aunque parte de él se sentía orgullosa de sí mismo, puesto que había logrado leer muy bien a su novio. «Quizás es mejor que Fernando no vaya, no quiero que esté involucrado en una situación familiar incómoda, con lo tímido que es» concluyó con un poco más de confianza.

—Saldré mañana mismo —dijo abrazando a Fernando y tratando de hacerle entender con el gesto de que lo entendía y que ya no tenía que angustiarse. No lo obligaría a ir con él—. Por eso vine temprano hoy, empacaré mis pertenencias. Regresaré el dos de enero —le dijo. Esperaba que Fernando objetara y dijera que después de todo sí quería acompañarlo, especialmente porque no pasarían juntos las fiestas de fin de año.

Desafortunadamente su novio simplemente se levantó de sus piernas, le preguntó si quería que le recalentara el chocolate y cuando Roberto dijo que no y se lo bebió, le dijo que iría a ayudarlo a empacar.

—Mientras tu empacas iré a revisar mi automóvil. No quiero que tenga ningún desperfecto mecánico porque si me falla en el camino, estaré en medio de la nada...

Su novio asintió y cuando desapareció por las escaleras, Roberto suspiró decepcionado.

«Realmente quería que me acompañara».

Fernando

Eran pocas las veces en las que Fernando había logrado contener sus lágrimas y afortunadamente hoy había sido uno de esos pocos días. Su amado esposo lo abandonaría en las fiestas de fin de año para irse a casa de sus padres. Lo entendía, su familia lo necesitaba.

Fernando maldijo su egoísmo. Ni siquiera inquirió más sobre la salud del padre de Roberto. En lo único que pudo centrarse fue cuando su esposo había dicho “necesitan” en singular. Él no estaba incluido.

Cuando escuchó esa horrenda palabra no pudo evitar sentir cómo su cuerpo temblaba espantosamente. «Me abandonará para las fiestas de fin de año». Apenas si podía creerlo.

«Es lógico» se dijo a sí mismo. «¿Quién carajos querría pasar la navidad con un depravado como tú cuando tiene una familia amorosa que lo espera con los brazos abiertos?».

Fernando ni siquiera quiso recordar a su supuesta familia. Desde muy joven había tenido que aprender a valerse por sí mismo en un mundo hostil. Su pobre abuela, que le había dado un techo, había muerto hacía muchos años. Además de Roberto y Andrés, que pasaría la navidad con su propio esposo y la familia de este, no tenía a nadie más.

Ciertamente tenía varios amigos en el club *Afroditux*, pero no sería lo suficientemente valiente como para pedirle a alguno de ellos una invitación para pasar ahí las fiestas.

«¿Será que Roberto está enfadado conmigo? ¿Es porque no quise ver los papeles?».

Si hubiese sabido que algo así ocurriría, habría revisado esos papeles esa misma mañana. Empacó todo lo que creyó que su esposo necesitaría para pasar casi una semana y media lejos de casa.

\*\*\*

—Gracias por empacar mis cosas —dijo Roberto mientras se metía en la cama—. Fuiste de mucha ayuda... —Le besó dulcemente los labios mientras se cubría con las colchas—. Buenas noches. —Se giró para apagar la luz.

—Eh... —interrumpió antes de que pudiera hacerlo. Fernando quería pedirle que lo llevara con él. No quería quedarse solo, pero quizás Roberto no quería que conociera a su familia. Según tenía entendido su familia era gente de campo y quizás muy homofóbicos. O a lo mejor le daba vergüenza.

Roberto lo volvió a ver inmediatamente, esperando a ver lo que tenía que decir. Fernando retiró la mirada y la enfocó en sus manos.

«¿Cómo se me ocurre pedirle algo tan egoísta?»

—¿Si mi amor? —preguntó Roberto acercándose a él y besándole tiernamente la mejilla—. ¿Quieres decirme algo? —Continuó besando su rostro hasta llegar a la comisura de sus labios. Resultó muy natural para Fernando mover su cabeza hacia esa deliciosa boca que lo esperaba hambrienta. Intercambiaron un beso apasionado que lo dejó sin aliento.

—¿De...? —Tragó fuertemente saliva antes de continuar—. ¿De qué quieres jugar esta noche? —le preguntó tímidamente a su esposo, esperando ver la reacción de Roberto.

—¿Qué te parece si jugamos a que somos Beto y Fer? —le respondió con una sonrisa.

—¿Nosotros mismos?! —preguntó angustiado. Solo eran ellos mismos cuando hacían el amor, pero en estos momentos para Fernando sería mucho más sencillo jugar. Así podría expresarse mejor.

—Sí. ¿No quieres?»

No era que no quisiera, es que si era Fernando no podría concentrarse en el acto. Estaría demasiado nervioso pensando si lo que hacía estaba bien o si su novio recibía placer. Era más fácil convertirse en alguien más, en alguien a quien no le avergonzara querer hacer todas esas cosas pervertidas y que tuviera suficiente confianza en sí mismo para pedir lo que deseaba.

—Eh... —dijo nerviosamente mientras trataba de encontrar la forma de expresar lo que deseaba. Con el paso del tiempo se le había hecho más fácil expresar lo que quería en la cama, toda vez se convirtiera en otro hombre y no fuera él mismo. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y maldijo su debilidad por enésima vez.

—Entiendo... entonces qué te parece si jugamos a que tú eres un vendedor de esclavos sexuales y darás una demostración de uno de tus mejores esclavos. Lo follarás frente a todo un público y...

Fernando abrió los ojos aterrado. ¿Él siendo el activo en vez del pasivo? Esta vez sacudió la cabeza frenéticamente.

«¡No! ¡No, no, no, no!»

Apenas si podía creer lo que acababa de escuchar.

«¿Pero qué carajos le pasa a mi Beto? ¿Por qué de repente quiere cambiar las cosas que han estado funcionando tan bien en nuestra relación? ¿Acaso ya no lo hago feliz? ¿Será que ya lo aburrí?»

—Bromeaba, bromeaba. No tienes qué ponerte así, solo quería saber cómo reaccionarías. ¿Me disculpas por ser tan cruel? —dijo, pero la sonrisa que le mostró era una de satisfacción.

Fernando no entendía porque de repente su novio quiso jugarle una broma en vísperas de su separación.

—Oh, vamos mi amor. Fer, no te enojas conmigo —dijo acercándose a besar las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Aunque debo admitir que te ves precioso con ese puchero.

Fernando se giró hacia el otro lado, decidido a ignorar a su amo el resto de la noche por su crueldad, pero su Roberto tenía otros planes y comenzó a besarle el cuello y espalda. Continuó descendiendo hasta sus glúteos y aunque quiso continuar enfadado con él, esa deliciosa lengua rápidamente lo hizo cambiar de opinión.

—Beto... —dijo suplicante.

—¿Mm? —preguntó distraídamente mientras separaba sus glúteos—. ¿Te gusta? —Aunque había formulado la frase como una pregunta, Fernando

sabía que no la había hecho esperando una respuesta. La respuesta era obvia con su erección.

—Beto no tengo un papel... —dijo ligeramente angustiado, pero pronto sus preocupaciones pasaron a segundo plano cuando esa maravillosa lengua comenzó a penetrarlo.

«¿Cómo se supone que debo actuar en estos momentos? ¿Quién se supone que debo ser?»

Eran preguntas inútiles que pronto desaparecieron de su mente. Roberto lo acomodó sobre su estómago y continuó lamiéndolo. Lo único que podía hacer era abrirse más ante la invasión, relajar su cuerpo y esperar a que su amante hiciera lo que quisiera con él.

Cuando sintió uno de los dedos de Roberto unirse a su lengua comenzó a mover sus caderas involuntariamente.

«Esto no está saliendo bien. No tengo un papel, ¿cómo se supone que debo encontrar el valor para suplicarle a Roberto por más?»

Se sentía a la deriva. El placer se incrementaba cada vez más, pero al mismo tiempo lo hacía su incertidumbre. No le gustaba esta situación. Roberto sabía perfectamente bien que antes de tener el valor de ser Fernando en la cama, tenían que jugar juntos si quiera una vez.

Escasos minutos después, Roberto lo acomodó sobre sus manos y rodillas y alineó su pene con su ano. Fernando comenzó a sacudirse, pero no por el placer.

«¿Cómo puedo decirle que esto no es lo que quiero?»

Roberto acomodó su pecho sobre su espalda y le susurró al oído:

—Discúlpame mi amor. Realmente quería hacer el amor como nosotros dos, pero te ves tan delicioso que no puedo evitar imaginarte como mi esclavo sexual. ¿No te molesta si sí jugamos después de todo? —dijo pellizcándole los pezones—. ¿Te gustaría ser el esclavo que está en exposición?

Fernando suspiró aliviado y asintió frenéticamente. Era impresionante la forma en la que Roberto siempre parecía entenderlo.

«Es verdad, Beto también comparte los mismos deseos oscuros que yo. Es por eso que seguimos juntos, porque ambos nos entendemos bien. Porque nos amamos».

—Imagina que estamos rodeados por una docena de hombres —dijo mordéndole el lóbulo de la oreja—. Todos te han visto en el mercado y se están peleando por comprarte —dijo lamiendo su cuello—. Todos quieren tu

virginal culo pero yo me he negado, les he dicho que primero daré una demostración de lo delicioso que eres y que después de eso, todos podrán comenzar la subasta.

Fernando sintió un escalofrío de placer recorrer su cuerpo. Podía imaginarse perfectamente en esa situación. Todos esos sucios perversos queriendo tocarlo, deseando su cuerpo, pero él le pertenecía únicamente a su dueño.

—Mmm... —gimió—. Amo, fólleme, por favor.

Su amo simplemente rio.

—No tan rápido mi querido esclavo —dijo sentándose sobre la cama—. Súbete sobre mí y abre bien las piernas. Quiero que todos mis compradores vean la mercancía. Probablemente les dé una muestra gratis —dijo riendo lascivamente.

El esclavo sintió que se derretiría. Obedeció inmediatamente a su amo y esperó por las instrucciones que seguirían. Su amo comenzó a masturbarlo, podía ver a los perversos jadeando, admirando su cuerpo y el de su amo.

Dejó caer su peso sobre su amo y esperó a que este lo sostuviera. Su dueño comenzó a lamer y succionar su cuello y el esclavo rápidamente movió la cabeza para darle acceso.

El esclavo comenzó a gemir y a dar pequeños maullidos de placer. Su amo era todo un experto en el arte del sexo y se lo estaba demostrando ardientemente. Se moría de ganas de que su amo lo penetrara con ese hermoso pene y afortunadamente sus súplicas no cayeron en oídos sordos.

El sexo fue brutal. Su amo lo folló como si el mundo estuviera por acabarse y el esclavo disfrutó cada segundo de su encuentro.

Cuando se corrió, dejó de ser el esclavo sexual y regresó a ser Fernando. Esta parte era suya y de ninguno de sus personajes.

—¡Beto! —gritó justo cuando su orgasmo los apresó y no los dejó escapar por varios minutos.

—Fer... —Escuchó a su Roberto decirle mientras lo besaba—. ¿No fui muy grosero? —preguntó acariciándolo.

—No —dijo inmediatamente. Le encantaba el sexo violento y también cuando hacían el amor.

Usualmente, cuando estaban demasiado cachondos o cuando Fernando se sentía inseguro, jugaban un rato para apagar un poco el fuego de la

desesperación. Después hacían el amor dulcemente, era en esos momentos en los que Fernando dejaba de lado sus papeles y era simplemente él mismo.

Roberto comenzó a besarlo tiernamente y Fernando sintió que esta vez era su corazón el que se derretía. Nunca antes había amado a alguien tanto como amaba a su querido esposo.

Cuando ambos hombres se recuperaron, después de su primer encuentro sexual salvaje, hicieron el amor dulcemente.

\*\*\*

—¿Estás seguro de que llevas todo? —preguntó Fernando una vez más mientras acompañaba a Roberto a su coche.

—Sí mi vida. Tú lo empacaste, ¿o acaso ya lo olvidaste? —preguntó besando dulcemente su nariz—. Si me hace falta algo lo compro allá, aunque estoy seguro que ese no será el caso.

—¿Pasarás a comprar los obsequios para tu familia? —Usó eso como excusa para abrazar un rato más a su amado Roberto.

—Sí mi amor. Al salir de aquí iré a la tienda, compraré algunas cosas y luego me marcharé a la casa de mis padres. Te mantendré informado. Te llamaré cuando esté en la autopista y cuando llegue con bien.

—Sí, gracias —dijo Fernando abrazando todavía más fuerte a su Roberto. Esta sería la última vez en el año que se verían. O eso esperaba.

Aunque le dolía la separación, Fernando podía entender porque era necesaria. Anoche habían conversado un poco con Roberto y este le había explicado que su familia ignoraba su sexualidad. Así que aprovecharía esa visita inesperada para hacérselos saber.

Fernando deseaba con todo su corazón que a Roberto le fuera bien, no quería que perdiera a su familia como a él le había ocurrido. Aun así, deseaba acompañarlo, pero entendía porque su Roberto no quería que fuera. Probablemente se entrometería en una situación familiar y su presencia solo empeoraría todo.

Vio partir a su esposo con un nudo en la garganta y regresó a la casa. Anoche Roberto le había ordenado que llamara a Andrés y le explicara lo que había ocurrido. Debido a que era una orden y no una solicitud, Fernando no se sentía mal de hacerlo.

Aunque no le había dicho cuándo tenía que hacerlo, así que decidió pasar unos días solo, deprimiéndose sin que nadie le reprimiera por ello. Quería experimentar el dolor que provocaba no tener a su otra mitad cerca.

\*\*\*

Era costumbre suya salir a pasear por el vecindario, pero últimamente las miradas hostiles habían empeorado. Antes lo criticaban e insultaban a sus espaldas, pero recientemente algunos vecinos lo habían comenzado a insultar a la cara.

—¿Dónde está el otro marica? —le preguntó uno de sus vecinos cuando estaba cerca de llegar a su casa. Nunca antes uno de ellos lo había confrontado tan hostilmente. Usualmente pasaban a su lado y lo insultaban, pero esta situación definitivamente era la más hostil a la fecha—. ¿Por fin ya decidieron dejar de restregarnos en la cara sus asquerosas perversiones?

Fernando bajó la mirada y trató de darse la vuelta, pero el hombre lo sujetó fuertemente del brazo.

—Te hice una pregunta marica.

Fernando sacudió la cabeza y trató de liberarse del brazo que lo apretaba.

—¿Acaso quieres que te enseñemos una lección a ti y al otro perverso?

Comenzó a hiperventilarse, pero no tenía ni idea qué hacer en esta situación. Simplemente sacudió la cabeza y esperó con toda su alma que el hombre lo dejara en paz.

El hombre lo empujó bruscamente y Fernando cayó al suelo raspándose las manos y rodillas.

—¡Papá! —gritó una adolescente corriendo hacia ellos—. ¿Qué crees que estás haciendo? Déjalo en paz.

—No te metas en esto Paola.

—Váyase por favor —le dijo la chica—. Papá no puedes hacer eso.

Fernando se levantó del suelo y el hombre trató de continuar molestando, pero la chica se interpuso y comenzó a discutir con su padre. Salió corriendo lo más rápido que pudo y se prometió a sí mismo ya no salir de casa.

Una niña lo había defendido y eso era muy humillante. Se sentía bastante alterado, así que decidió llamar a su querido Roberto para ver si lo ayudaba a calmarse, pero a pesar de que le marcó varias veces a su móvil no le contestó.

Roberto

—Hay algo de lo que quiero hablarte —le dijo a su novio mientras trataban de recuperar el aliento. Sabía que faltaba poco para que se quedaran dormidos y no quería que eso pasara sin dejar antes ciertas cosas en claro.

Primero que nada tenía que explicarle que estaba bien si no quería acompañarlo a la finca de sus padres. Quería darle una excusa para que Fernando pudiera utilizarla y así no sentirse culpable por no acompañarlo.

Fernando se subió sobre él y Roberto suspiró aliviado. Realmente lo reconfortaba cuando su novio hacía cosas así. Le encantaba sentirse como todo un macho dominante y su novio tenía una habilidad para leerlo y darle lo que él deseaba. No se podía quejar de nada. Ojalá él también pudiera hacer eso con Fernando.

—Mis padres no saben de mi sexualidad —decidió ir directo al grano—. Como me mudé de casa cuando entré en la universidad y solo voy de visita de vez en cuando, nunca sentí el deseo de decirles la verdad. Además seguramente no me creerían, porque no tenía a nadie a mi lado, pero ahora que te tengo a ti quiero que toda mi familia lo sepa.

Sintió un tímido beso de Fernando en su barbilla y movió la cabeza para atrapar esos dulces labios. Su novio inmediatamente abrió la boca y dejó que Roberto lo poseyera. Sin embargo, antes de distraerse y perder el control continuó hablando:

—La situación en casa estará muy tensa —dijo acariciándole la espalda y besando dulcemente su rostro.

Fernando asintió.

—Lo entiendo —dijo acomodándose para dormir sobre él. Esa era una de las posiciones que más le gustaba a Roberto.

—Hay algo más —agregó antes de que su novio se quedara dormido—. No te lo voy a pedir, esto es una orden —dijo con la mayor seriedad posible

para que su pareja entendiera que no bromeaba con esto. Ciertamente se iría lejos y no podría pasar la navidad ni el año nuevo con su novio, pero eso no quería decir que permitiría que Fernando la pasara solo—. Llamará a Andrés y le explicará nuestra situación, seguramente te invitará a pasar la noche buena y navidad con él. Si no lo hace, me llamarás inmediatamente y a la mierda mi familia —dijo con toda honestidad—. Me regreso ese mismo día. Aunque también existe la posibilidad de que ni siquiera me quede en casa de mis padres. Si mis noticias no son bien recibidas, tampoco me quedaré ahí para que me humillen.

Fernando inmediatamente levantó la cara y con una expresión que jamás le había visto dijo:

—¡No! Eso jamás. Nadie te humillará. —Lo abrazó fuertemente—. Te amo, eres realmente valiente.

Esa era la conversación más larga que habían tenido en mucho tiempo, afuera del sexo. Roberto sintió una calidez en su pecho, su pareja lo amaba. Podría no entenderlo el cien por ciento de las veces, pero se amaban el uno al otro.

\*\*\*

Al día siguiente estuvo muy tentado de pedirle que lo acompañara después de todo, pero se arrepintió. Si se lo pedía, Fernando le diría que sí sin chistar, y como sabía que él no deseaba ir, se sentiría mal de llevarlo con él en contra de su voluntad.

Así que suspiró, se despidió acaloradamente de su pareja y se marchó antes de que hiciera algo de lo que los dos se arrepintieran.

El viaje a casa de sus padres no tuvo ninguna eventualidad. Debía admitir que se sentía un tanto preocupado por su padre, situación en la que no había querido pensar desde que se había enterado el día anterior. Aunque su madre le había dicho que no era nada de gravedad, no podía evitar sentirse ligeramente preocupado.

Su padre era un hombre fuerte y trabajador. El problema no sería tanto el golpe sino obligarlo a mantenerse en reposo. Era tan terco como su hermano mayor Héctor.

Cuando aparcó frente a la casa, su madre lo estaba esperando en la puerta y al bajar esta salió corriendo a abrazarlo.

—¡Qué bueno que estás aquí! —le dijo dándole un beso en la mejilla—. Te hemos echado mucho de menos, pero me alegra mucho que vayas a pasar las fiestas con nosotros. Tu padre estará muy feliz. Ya lo conoces, no te lo diré porque es un viejo terco chapado a la antigua, pero los ha extrañado mucho a los dos. Nuestros nietos lo hacen feliz, pero extraña mucho a sus hijos. ¡Pero pasa, pasa!

Roberto solo pudo reír. Su madre le había hablado sin parar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había escuchado a alguien hablar casi tanto como él.

—Gracias mamá. Yo también los he extrañado, aunque ya sabes cómo es mi trabajo. No puedo venir cada vez que quiero, si supieras el escándalo que hicieron mis clientes cuando supieron que tenía que irme de la ciudad por asuntos familiares. Creí que les daría algo.

Entró en la casa y se impactó por la cantidad de ruido que había. Se había acostumbrado tanto a su vida pacífica en casa que para él fue un contraste muy grande.

Toda su familia estaba presente y pudo sentir un nudo en el estómago. Creyó que tendría unos días solo con sus padres y había planeado salir del armario cuando solo ellos estuvieran presentes. No se imaginó que tendría que hacerlo en frente de toda su familia. Que era bastante numerosa. Estaban sus abuelos, tíos, primos y sobrinos.

Suspirando, decidió posponer la conversación para el día siguiente. No tenía ganas de regresar el mismo día que había llegado, especialmente después de haber conducido casi seis horas para llegar a su destino.

Sacudió la cabeza y saludó a cada uno de los miembros de su familia. Aunque tenía la intención de retirarse a su habitación inmediatamente después de un viaje tan largo fue casi imposible hacerlo. Hablar demasiado era una de las características de su familia, por lo que pasó varias “horas” saludándolos a todos.

Cuando por fin pudo retirarse a su habitación, respiró aliviado.

Paz.

Seguía sin saber si había sido una buena o mala idea que Fernando no lo acompañara. Seguramente a su pobre novio le hubiese dado algo al ver a tanta gente en la casa de sus padres, pero mierda, sí que lo echaba de menos.

En cuanto aparcó frente a la casa de sus padres le había enviado un mensaje de texto a Fernando para hacerle saber que ya había llegado, pero no había visto si tenía respuesta. Desbloqueó la pantalla de su teléfono y

efectivamente encontró un mensaje de texto haciéndole saber que había recibido su mensaje y que lo extrañaba mucho.

Inmediatamente le marcó a su novio y al charlar con él por fin pudo deshacerse de la tensión que se había acumulado en sus hombros desde que llegó. Salir del armario no era tarea sencilla, pero valdría la pena. Quería que Fernando conociera a su familia, de poco en poco claro está, y que encontrara un hogar con sus padres también.

Eso claro está, si su familia terminaba aceptando su homosexualidad. De lo contrario, sería una pena, pero él ya tenía una vida propia y si su familia no lo aceptaba, dolería claro, pero no se acoplaría a las reglas de sus padres ni de la sociedad.

Al día siguiente irían a recoger a su padre al hospital, quien se había fracturado la cadera. Le darían de alta y él y su hermano mayor, Héctor, irían a traerlo junto con su madre.

Esa noche le dio mil vueltas al asunto en la cama, no podía conciliar el sueño. Sería una semana y media muy larga. Además estaba perdiendo el valor. Su padre estaría muy cansado después de su accidente, quizás mañana no era el día más apropiado para confesar la verdad. Prefirió esperar un par de días más. Relajándose por la decisión que tomó, pudo por fin descansar.

\*\*\*

—Padre, no seas terco —le dijo Héctor a su padre mientras este intentaba subirse solo a la silla de ruedas—. Deja que tus hijos te ayuden. Para eso nos mandó a llamar mi mamá, si no nos habrás hecho venir por gusto.

Era el tercer día que llevaba en la casa de sus padres y debía admitir que aunque su madre lo atendía como un rey, no se comparaba a los cuidados que su pareja le daba.

—Sabes bien que te va a ignorar, ¿verdad? —le preguntó a su hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

Había decidido que ese día haría un pequeño experimento. Algo así como una práctica. Intentaría salir del armario con su hermano mayor primero, que era el que siempre lo había apoyado, y ver cómo reaccionaba.

Si su hermano se comportaba como un idiota, no se molestaría en salir del armario con el resto de su familia, simplemente se despediría de ellos. Les diría que tenía que regresar con su pareja y quizás con el tiempo les diría algo.

En su familia no había secretos y si le decía a Héctor y este no lo tomaba bien, pronto el resto de su familia sabría la verdad. Aunque eso realmente no le importaba.

—Cállate Betio —le dijo su hermano malhumorado—, mi padre puede hacerse más daño si sigue así.

—Es más terco que tú —le recordó.

—Ya veremos quién de los dos es más terco. ¡Mamá!

—¿Qué carajos crees que haces? —le preguntó su padre enfurruñado—. Eres un tramposo, llamando a tu madre.

—Soy más terco que tú, papá. Acostúmbrate.

Roberto no pudo hacer nada más que carcajearse. Había echado de menos a su hermano, esperaba que su secreto no lo dejara sin esta familia. Aunque ya había construido una nueva con Fernando.

Héctor sonrió victorioso cuando a su padre no le quedó más opción que recibir la ayuda de sus hijos. Después de eso se retiró a la sala y no les dirigió la palabra a ninguno de los dos. Solo murmuraba un “tramposos” cada vez que los miraba.

—Héctor —le dijo a su hermano antes de que este se acomodara en el sofá frente al televisor—. ¿Vamos a cabalgar?

Su hermano lo vio confundido, pero debió suponer que quería hablarle de algo porque asintió y se puso de pie. Juntos salieron a caballo a recorrer la finca.

—Más te vale que sea urgente lo que me quieres decir —le dijo su hermano—, porque han pasado varios años desde la última vez que me subí a un caballo y creo haber perdido la práctica. Si el caballo me tira y termino como papá, seré peor paciente que él y tú te verás obligado a ser mi enfermero.

Sonrió pero realmente no pudo reunir las energías para encontrarle humor a la situación.

—Sí, es urgente.

Su hermano lo miró e inmediatamente le cambió el semblante.

—De acuerdo —le dijo asintiendo—. Pero quiero que sepas que no estoy dispuesto a conversar sobre un caballo, vayamos a nuestra guarida secreta.

El lugar al que se refería era donde habían pasado la mayor cantidad de tiempo de niños. Tenían una casita del árbol y aunque eran demasiado grandes para entrar en la diminuta casa, podían acomodarse en la sombra del árbol.

Roberto suspiró reuniendo valor.

Cuando llegaron se encontraba exactamente como lo habían dejado. Aunque ahora la casita del árbol era de diferente color. Aparentemente sus sobrinos, hijos de su hermana, eran los que ahora usaban la guarida secreta.

Se sentaron a la sombra de los árboles y su hermano se recostó sobre el césped.

—Imagino que lo que sea que tengas que decirme te tomará tiempo —le dijo como si pudiera leerle la mente—. No parece que sea algo sencillo o ya lo habrías hecho. Eres de la clase de personas que no se pueden mantener calladas ni un minuto y estos días has estado extremadamente silencioso, para ser tú. Así que aquí estaré relajándome mientras reúnes el valor para hacer tu misteriosa confesión. Tómate tu tiempo. No tenemos prisa.

Roberto asintió agradecido. Esto no era nada fácil.

«Hermano, soy gay. Estoy enamorado de otro hombre que es maravilloso y quiero que lo conozcas. Deseo que él te conozca. Me hace muy feliz y quiero pasar el resto de mi vida a su lado...» Era lo que quería decir, pero las palabras parecían no poder salir de sus labios.

Estuvieron ahí más de una hora y con cada minuto que pasaba, Roberto perdía más el valor.

De repente recibió un mensaje de texto de Andrés.

*“Fer me dijo que no te dijera nada, pero tengo que. Lo atacaron unos vecinos. Destrozaron tu casa y golpearon a Fer. Nada grave. Está bien. Pero ven a casa pronto.”*

Roberto sintió que el alma se le iba del cuerpo. Su Fer. SU FER.

Lo atacaron unos vecinos...

Sus manos comenzaron a temblar y por primera vez en muchos años sintió lágrimas en los ojos. Su Fer.

Andrés dijo que estaba bien, pero conociendo a Fernando, ¿qué carajos significaba eso?

Su hermano le sujetó las manos.

—¿Qué pasó, Beto? Estás pálido.

No podía hablar, sentía que estaba muriendo. Sacudió la cabeza y le entregó el teléfono a su hermano.

Que interpretara lo que quisiera, le importaba una mierda. Tenía que llamar a Fernando y preguntarle cómo estaba.

No, primero llamaría a Andrés, quería la verdad, no una versión aminorada.

—Ah, lo siento. ¿Fer es un amigo? ¿Estaba cuidando tu casa o algo?

—No —le dijo enfurecido consigo mismo—. Fer es mi pareja.

—Oh, ninguno de nosotros sabíamos que tenías pareja. Dios mío, Roberto lo lamento mucho. ¿Necesitas que te acompañe a casa? Te puedo llevar. La hubieras traído aquí para que la conociéramos. ¿Se llama Fernanda?

—Fernando —le aclaró—. Soy gay. Por eso te cité aquí, porque quería decírtelo. Debo irme, Fer me necesita.

En estos momentos realmente no le importaba si su hermano lo aceptaba a o no. Su Fernando, ¿cómo era posible? ¿Qué clase de salvajes lo habían atacado? Su dulce novio no era capaz de hacerle daño a nadie.

Era como un dulce canarito enamorado de su jaula.

¡Joder!

Sujetó las riendas de su caballo cuando sintió una mano en su brazo deteniéndolo. Volvió a ver a su hermano y este le dio un puñetazo en la mandíbula.

—¿Qué coño te pasa? —le gritó sobándose la cara.

De todas las reacciones que se imaginó que podrían pasar, jamás pensó que su hermano fuera un homofóbico violento.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —dijo enfurecido mientras sacudía su mano—. Siempre he sido tu confidente, siempre te he contado todo lo mío. Incluso aquella vez cuando éramos adolescentes y creí que había embarazado a mi novia. Estuviste a mi lado. Sabes todo de mí, ¿por qué carajo nunca me lo dijiste?

—Lo siento —dijo arrepentido—. Tenía miedo de que me rechazaras.

—Entiendo —dijo suavizando su gesto—. Quizás no lo hubiera entendido de no ser por lo que acaba de ocurrir. Nunca te había visto tan angustiando. Emm... ¿necesitas que te lleve de vuelta a la ciudad?

Roberto asintió.

—Sí, no creo ser capaz de conducir ahora.

—¿Le dirás a nuestros padres?

—Sí. —Ya no tenía sentido mantenerlo en secreto. Lo aceptarían o lo rechazarían, pero ya no pretendía vivir más en el limbo.

Cuando llegaron a casa citó a todos los que quisieran llegar al comedor. Otra característica de su familia era la curiosidad, así que llegaron todos.

—Escuchen —dijo— mi pareja fue atacado por unos rufianes. Tengo que volver a la ciudad. Sí, escucharon bien. Dije “atacado” —quizás debió haber tenido más fineza para dar la noticia, pero en estos momentos se encontraba urgido—, soy gay. Si no me exilian de la familia, pueden llamarme mañana para preguntarme cómo nos fue. Con su permiso —dijo antes de que su familia espabilara.

Empacó todas sus cosas inmediatamente y llamó a Andrés mientras su hermano se subía al volante de su coche. Ninguno de sus familiares salieron a despedirlo, pero eso no le importaba.

Aunque en el fondo le dolía, se sentía agradecido de tener a su hermano de su lado. Sabía que no se tomarían bien las noticias y probablemente estaban teniendo una reunión familiar en esos momentos para discutir lo que harían después.

Además la forma en la que había salido del armario dejaba mucho que desear, pero ya no podía cambiarlo.

Si hubiera dicho el discurso que tenía planeado, se habría tomado una buena parte del día y ahora no tenía tiempo que perder.

—¿Andrés? ¿Cómo está? —dijo mientras su hermano arrancaba el vehículo y se alejaban de la casa.

—Ahora está durmiendo. Lo trajimos a casa de mis padres, te enviaré la dirección por mensaje de texto.

—Gracias, ¿pero cómo está? —Aún no le había respondido a la pregunta.

—Está muy asustado, no te mentaré. Digo, sabes que se asusta fácilmente, pero lo que ocurrió fue un susto en otro nivel. Ni siquiera ha llorado, todavía está como en shock.

Roberto cerró los ojos y trató de contener sus lágrimas. Dios, no quería ni imaginarse qué consecuencias tendría esto en la vida de Fernando. Seguramente ya no querría volver a salir de su casa.

«¡Dios! ¿En qué carajos pienso? Esa ya no es nuestro hogar».

No podrían volver a esa casa. No si los vecinos habían sido quienes lo habían atacado. Vendería la casa y se mudarían. Buscaría un condominio más exclusivo, con pocos vecinos.

—Mi vida —dijo con la voz quebrantada.

—Pero... —interrumpió Andrés—. Al mismo tiempo se siente muy orgulloso de sí mismo. Fue una experiencia horrenda, pero nuestro Fer sacó las garras. No te contaré más, esa es una historia que él mismo debe contarte. Estoy seguro que te sentirás realmente orgulloso de él. No quiso llamarte porque quería que pasaras tiempo con tu familia, dijo que saldrías del armario y que existía el riesgo de que fuera la última navidad que pasarías con ellos.

—Sí, bueno eso ya no importa. Voy a casa, ¿está durmiendo dijiste?

—Sí, pero te mandaré un mensaje en cuanto despierte.

—Gracias, Andrés. Te agradezco lo que has hecho por nosotros hoy. Estaré siempre endeudado contigo.

—Basta —dijo molesto—. Entre familiares no existen favores. Ven a casa pronto, te extraña.

—Sí, lo haré. Gra... —se detuvo a tiempo—, bueno, nos vemos.

Andrés rio y terminó la llamada.

Roberto no sabía qué pensar, se sentía preocupado por lo que había ocurrido, pero no podía evitar sentirse intrigado por las palabras de Andrés. Su Fernando había sacado las “garras”.

«Mi canarito se defendió» pensó con orgullo.

—¿Está bien? —le preguntó su hermano sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, dice que más que nada fue el susto. Estará bien.

—Me alegro. Ya quiero conocer al hombre que te hace comportarte así —dijo con una sonrisa.

—Cállate tonto —replicó Roberto, pero se sentía feliz de que su hermano lo estuviera apoyando.

—Por cierto —agregó Héctor—, ya nos conoces a tu familia. En lo que respecta a nuestros primos y nuestra hermana, seguramente estarán apoyándote. Susana me dijo eso cuando fuiste a empacar, que ella estaba de tu lado y nuestra prima Liliana también. Los que serán un poco más difíciles de convencer serán nuestros tíos, padres y abuelos.

—Lo entiendo —dijo sintiéndose un poco más aliviado. No todo estaba perdido—. Realmente quienes más me interesaban eran Susana y tú, los demás serán un bono extra.

—Es raro... —dijo su hermano—. Jamás me imaginé que tendría un hermano marica... digo gay.

—Si vuelves a llamarme marica te juro que...

—Tranquilo, disculpa. No lo volveré a hacer. Es raro... es todo. Me acostumbraré, lo prometo.

Roberto asintió. Las cosas no habían terminado nada mal.

Fernando

Las cosas habían empeorado. Desde su encuentro con uno de los vecinos, donde fue empujado violentamente, había recibido advertencias violentas de todos ellos... Estaba planeando pedirle a Roberto algo completamente egoísta: quería mudarse.

No era algo que pudiera hacerse solo porque los vecinos lo pedían, pero cuando comenzaron a apedrear su casa, rompiendo ventanas y dañando la propiedad, supo que la situación no mejoraría.

«¿Por qué tanto odio?» pensó abatido.

Sin embargo no había nadie que pudiera explicarle eso. Aunque no creía que existiera una explicación lógica ante algo tan irracional. Sabía muy bien que estaba siendo víctima de un caso extremo de homofobia. Esa situación lo había seguido toda su vida, pero jamás había llegado a ser físico.

Fernando había hecho lo posible para cubrir las ventanas rotas. Roberto le había dejado una buena cantidad de dinero en efectivo y además tenía una tarjeta de crédito. No sabía si llamar a alguien para que viniera a arreglar las ventanas, pero eso podría hacer que los vecinos se enfurecieran más.

Pensó en llamar a la aseguradora y reportar el vandalismo, pero él no era el titular del seguro y probablemente necesitarían la firma de Roberto. Además, ¿cómo les explicaría su relación con Roberto y por qué un desconocido estaba en la residencia?

Ya no podía salir ni a regar las plantas del jardín y cada vez eran más los vecinos que se le unían al loco que lo había atacado en la calle. Observó a un

grupo de hombres ver hacia su casa, se ocultó para que no se percataran de su presencia. Estaban hablando y miraban con furia en dirección a su casa.

Fernando podía imaginar que las amas de casa habían mencionado su existencia a sus esposos y estos se habían tomado la tarea de ahuyentar a las “maricas” de su vecindario.

Quería llamar a Andrés y pedirle que viniera a traerlo, pero le daba temor pensar que esos hombres pudieran lastimar a su amigo. Aunque ciertamente la situación no podía continuar así, decidió llamarlo cerca del amanecer y pedirle que le ayudara a escapar mientras esos hombres dormían.

La situación empeoraba cada día más y se sentía aterrado.

Los hombres se marcharon y Fernando suspiró aliviado. Estar en la planta baja era un peligro con esas rocas que le lanzaban, pero necesitaba ir por más comida.

«¡Qué horror! Tengo miedo de bajar a la primera planta».

Se apresuró a ir a la nevera y sacar la comida que necesitaría para dos días. En ese momento notó los papeles de los que su esposo le había hablado y decidió llevarlos consigo. Estaba listo para ver de qué se trataban.

Podía hacer un sacrificio por su esposo que le daba todo sin pedir nada a cambio. Lo único que su inútil pareja podía hacer, era entregarse en cuerpo y alma y eso sinceramente no era suficiente.

Subió inmediatamente a la planta alta. No sin antes chequear que la alarma estuviera activada y al ver que así era, corrió a su habitación y la cerró con llave.

Una vez seguro en su interior, se logró relajar. Se acomodó sobre la cama y comenzó a comer. Abrió el sobre manila donde estaban los documentos y se quedó admirado.

«¿Un taller de teatro?»

Leyó los detalles y le gustó lo que leía. Realmente estar en un escenario no le parecía algo espantoso, a pesar de su timidez. Lo había hecho decenas de veces desnudo en el club *Afroditux* y no le incomodaba.

«¿Actuación?»

Eso era algo que jamás había considerado pero creía que podría gustarle.

«Beto» pensó enamorándose otra vez. «Discúlpame por no haber visto esto antes. Soy tan tonto cuando me dejo vencer por mis miedos. Te extraño mucho, vuelve pronto».

No había nada como echar de menos a la persona que amabas para darte cuenta de lo mucho que lo necesitabas.

Siempre supo que necesitaba a Roberto tanto como la acción de respirar, pero no se imaginó que sin su presencia el mundo sería un lugar muy horrendo y hostil. Esperaba que su amado esposo estuviera pasando un maravilloso momento con su familia, ya que esta podría ser la última navidad que pasaba con ellos. Cuando lo pensó mejor, Fernando supuso que podía hacer ese pequeño sacrificio de dejarlo ir esta vez porque seguramente ellos pasarían juntos el resto de navidades.

«Ojalá tuviera el valor de decirle eso a la cara. ¿Algún día me atreveré a expresarme libremente?»

Realmente miraba eso muy difícil, pero esperaba que con el tiempo pudiera sentir la libertad de expresarse libremente, al menos con su amado Roberto.

Esa noche llamó a Andrés, pero no le contestó. Así que únicamente le dejó un mensaje en la contestadora diciéndole que era urgente y que lo llamara en cuanto pudiera. Desafortunadamente se quedó dormido antes de que su amigo lo contactara.

\*\*\*

Despertó de golpe cuando escuchó que un vidrio se rompía. Sujetó su móvil y vio que era la una de la madrugada. Escuchó varios gritos de hombres que provenían de la planta baja y salió corriendo a ocultarse al baño.

—¿Dónde estás marica? Te hemos venido a dar tu merecido. ¡Sal inmediatamente!

Aunque Fernando sabía que era inútil, llamó a la policía. Le dijo a la operadora su situación y esta le aseguró que enviarían lo más rápido que pudieran una unidad.

Tristemente en su país la policía no era muy confiable y tendría suerte si llegaban en una hora. Su única esperanza era la compañía de seguridad privada. Marcó el número que Roberto le había obligado a memorizar y reportó el allanamiento.

La operadora le dio más confianza que la de la policía y esperó pacientemente a que llegara la ayuda. Estaba relajándose cuando alguien pateó la puerta de su habitación. Fernando se tapó la boca y se metió a la

ducha, esperando que la ayuda llegara antes de que esos hombres lo encontraran.

—¿Estás aquí marica?

Escuchó que abrieron la puerta de su armario, donde guardaban todos los disfraces y uno de ellos maldijo fuertemente.

—Mira qué porquería. Malditas maricas, tienen ropa de mujer aquí. Sí que dan asco.

Ciertamente habían un par de vestidos entre su colección, y Fernando deseó que no los arruinasen. Sabía que saldría de esta situación con bien, confiaba en que sería rescatado. Además estaba casi seguro que los hombres querían darle un buen susto, no creía que le fueran a hacerle daño permanente.

Uno de ellos trató de girar el pomo de la puerta del baño.

—Esta puerta está cerrada. Apuesto a que la marica está aquí —dijo pateando la puerta.

Fernando trató de hacerse diminuto. Esperando a que si los hombres entraban en el cuarto de baño no lo notaran.

Le tomó tres patadas destrozar la puerta del baño y cuando lo hizo exclamó:

—¡Aquí está la marica! Está en la ducha...

Inmediatamente varios hombres entraron al baño y aunque llevaban puestos pasamontañas, los reconoció como sus vecinos, los mismos que habían estado viendo el frente de la casa esa misma tarde.

Fernando intentó hacerse todavía más pequeño. Quería hacerse invisible, pero sabía que ya lo habían visto. Uno de ellos lo sujetó del cabello y lo obligó a levantarse. Cuando lo hizo, le escupió la cara.

—Me das asco —le dijo dándole una bofetada.

Fernando comenzó a sacudirse involuntariamente y los hombres comenzaron a reírse de él.

—Vamos a donde hay más espacio. Le daremos una lección que jamás olvidará.

Los hombres lo llevaron arrastrado a la sala, donde varios de ellos comenzaron a abofetearlo y a patearlo.

—No, por favor. No hagan esto...

—Te advertimos que te fueras del vecindario y ya nos cansamos de esperar —dijo uno de ellos sacando un arma. Fernando sintió que el alma se le iba del cuerpo—. Llamaremos a la otra marica —le explicó— y cuando venga le daremos un balazo.

Fernando sintió una ira descontrolada.

Con él podían hacer lo que se les diera la gana, pero amenazar la vida de Roberto era una situación que jamás podría tolerar.

—¡No! —dijo con toda la autoridad que pudo—. No te atreverás a tocarle un solo cabello de su hermosa cabeza. Tú eres el que vive en la casa cuatro, ¿no? Eric Ramírez. Sé quiénes son cada uno de ustedes y no me dan miedo. Alejandro Castellanos, Juan Gómez, Ricardo Hernández y Miguel Pérez. —Señaló a cada uno mientras decía sus nombres—. ¿Creen que fui tan estúpido como para no estar preparado? Llamé a la policía en cuanto entraron a la casa y no tardan en venir. No solo eso, ¿ven aquella pequeña luz cerca de la puerta? Esa es la alarma silenciosa, en cuanto entraron una señal fue enviada a la empresa, además de que yo mismo los llamé. Así que si vas a usar esa arma, deberás hacerlo ahorita mismo. Pero recuerda, que parte del sistema de seguridad son las cámaras. Han estado grabando todo lo que dije y saben perfectamente su identidad.

Los hombres se miraron nerviosamente y empezaron a discutir entre ellos.

No era verdad, no había cámaras. Pero esos hombres no lo sabían. Justo en ese momento se pudieron escuchar sirenas de patrullas que rodeaban la casa y varios policías entraron en la residencia. Eran los policías de la seguridad privada, obviamente.

El hombre con el arma la dejó caer al suelo y admitió que era falsa. Los detuvieron mientras llegaba la policía y prometieron hacerse cargo de los procedimientos.

Fernando llamó a su amigo Andrés y este prometió llegar inmediatamente a acompañarlo. La empresa de seguridad llevó una ambulancia y fue trasladado a un hospital privado.

Desconocía por completo que Roberto le pagaba un seguro personal, solo se enteró cuando le indicó el nombre de su amado esposo y la aseguradora le informó que él contaba con uno propio.

Afortunadamente los golpes no fueron graves y aunque se sentía muy dolorido, también se sentía orgulloso de sí mismo. Había defendido su vida y la de su esposo, aunque no había existido peligro del arma, esos hombres sí pudieron haberlo matado a golpes.

Había sido extremadamente ingenuo al pensar que ese no sería el caso. La aseguradora también le llevó un abogado, este le dijo que se encargaría de hacer todas las diligencias en su nombre y le pidió que firmara un mandato judicial. Aparentemente si firmaba ese papel no tendría que presentarse en ninguna audiencia judicial y podría presentar sus declaraciones por escrito.

Desafortunadamente en su país no existía el delito de discriminación por razón de sexualidad, así que los infelices únicamente serían acusados de allanamiento ilegal de morada, vandalismo y lesiones. El abogado le dijo que no creía que fueran a pasar mucho tiempo tras las rejas y le aconsejaba que mejor se mudaran por su propia seguridad.

Se sintió impotente. La verdad había sido que este era un delito de odio, y era una injusticia que no pudiera ser tramitado así simplemente porque los homofóbicos del congreso no habían aprobado las leyes respectivas. Siempre había visto en las noticias las protestas que hacía la comunidad LGBT frente al congreso, exigiendo sus derechos, y él nunca los había apoyado.

Se prometió a sí mismo que ayudaría lo más que pudiera.

«Pude haber muerto».

No, mejor dicho lo pudieron haber matado.

Un crimen de odio que no era reconocido como tal.

Empuñó las manos y trató de no descargar su ira con el abogado. Aparentemente desde que esos hombres lo habían llevado al límite, expresar su ira se le hacía más natural.

El abogado le dio sus condolencias y le dijo que haría lo que estuviera en su poder para arrestar a esos hombres, aunque fuera por esos delitos menores.

—Pero para serle honesto... —dijo antes de marcharse—, no tendría mucha fe en el sistema de justicia. Es más efectivo protegerse a uno mismo que esperar a que el sistema haga algo.

Con ese pronóstico desalentador, el hombre se marchó.

Andrés entró a su habitación y lo abrazó con extremo cuidado.

—Eres un idiota —le dijo—. Me preocupaste mucho. Cuando me dijiste que venías camino al hospital creí que moriría. Mira como te dejaron la carita —dijo acariciándole el pómulos—. A tu Roberto le dará algo. Por cierto, ¿dónde está?

Fernando se apresuró a explicarle todo.

—Disculpa, debí de haberte llamado desde el primer día que se marchó.

—Sí maldita sea. Debiste haberme llamado desde el primer día, ¿acaso solo yo te considero como un hermano? —preguntó tan furioso que tomó a Fernando por sorpresa—. ¿Cómo crees que me siento al saber que no confías en mí? —dijo llorando—. Te pudieron haber matado y todo por idiota. —Lo abrazó fuertemente, no importándole las heridas de su amigo y a Fernando, a pesar de que le dolió el gesto, lo recibió agradecido.

—Lo siento —le dijo con toda honestidad—. Sí que soy idiota. Es que me cuesta entender un poco lo afortunado que soy al tener a gente en la que puedo contar.

—Y tu presencia jamás será una molestia —le dijo su amigo—. Sé que eso piensas y seguramente esa fue una de las razones por las que no me llamaste, pero quiero que entiendas que eres mi hermano. Como tal, debes aprender a depender de mí también. Deja de ser tan independiente.

—¿Independiente? ¿De qué habas?

—¡No te has dado cuenta! Sí que eres adorable. Eres extremadamente independiente y eso hace que todos los demás nos frustramos. ¿A quién le cuentas tus problemas? ¿A quién le cuentas tus frustraciones?

—Yo... ¿a Roberto?

—¿En serio lo haces? ¿En serio le dices todo lo que pasa por esa linda cabecita? Ni tu esposo ni yo podemos leerle la mente. Eres extremadamente silencioso y si no nos dices lo que piensas, jamás lo sabremos. Tu pobre esposo sufre tratando de leer tus expresiones, me lo ha dicho. Cree que si fuera un buen novio entonces podría leer tus gestos y silencios. Eso solo pasa en las películas y lo hacen los mimos. En la vida real la gente usa las palabras.

—¿Y por qué te lo dijo a ti y no a mí? —Fernando trató de no enfadarse tanto, aunque fue inútil. ¿Por qué su Roberto le contaba esas cosas a otro hombre que no era él?

—Tienes razón de enfadarte. Los dos son unos tontos. Pero en su defensa me lo contó porque cada vez que trata de hablarte de un problema en su relación siempre crees que es tu culpa. Los dos son unos idiotas. Ambos siempre creen que tienen la culpa de todo lo que les pasa. Creí que ya habían resuelto ese problema de comunicación y que por eso se fueron a vivir juntos.

—Sí, resolvimos uno... —dijo Fernando. «El de nuestra vida sexual»—. Pero supongo que nos faltan cosas por resolver.

—Pues claro, ¿crees que la vida es como en la ficción? Que los personajes declaren su amor uno por el otro ¿y vivieron felices para siempre?

El declarar el amor es el primer paso, pero ajustar dos estilos de vida es muy difícil. ¿Por qué crees que tantas parejas se divorcian o se separan con menos de un año de matrimonio?

—Yo...

—Si no quieres terminar así, deberás trabajar en tu relación. Bueno, piénsalo. Roberto y tú van para largo. No lo arruines. Está bien que le dediques tu vida a Roberto, no le veo nada de malo si eso es algo que realmente quieres hacer, pero también deberías intentar incluir otras actividades en tu vida. Nadie te acusará de ser una mala pareja si tienes un pasatiempo. Descansa, piensa en lo que te dije y habla con Roberto. Este es un problema que tendrán que resolver y no, no es solo culpa tuya o solo de él. Es algo en que los dos están fallando.

Fernando suspiró. Debía admitir que su amigo tenía mucha razón en muchas cosas. Tenía muchas cosas en las cuales pensar.

Esa noche la pasó en el hospital, afortunadamente los golpes fueron únicamente externos y no hubo nada que preocupara a los médicos.

\*\*\*

Al día siguiente se marchó a la casa de los padres del novio de Andrés, a los que su amigo se refería como “sus propios padres”.

—Y como eres mi hermano, entonces también serán tus padres —le informó. La pareja lo trató como a un hijo más y Fernando se sintió realmente incómodo, aunque no podía evitar admitir que se sentía extremadamente bien por ello.

Una vez lo acomodaron en la habitación de huéspedes, Andrés le dijo:

—¿Ya viene en camino? ¿Le dijiste que estarás aquí? ¿Necesitas la dirección?

No tuvo qué preguntarle a quién se refería, sabía perfectamente que hablaba de su querido Roberto.

—Ehh... no lo llamé.

—¿Qué? ¿Y de qué sirvió el maldito sermón que te di anoche? ¿No aprendes? Llámalo.

—Es solo que... esta será la última navidad que pase con su familia, porque a partir de ahora solo las pasará conmigo. Y hay muchas cosas en las que quiero pensar antes de que venga, así que quiero darle este tiempo antes de que empecemos con las malas noticias.

—Bueno, hay varios puntos positivos por los que debo felicitarte. En primer lugar: ¡Hablaste! Ahora solo trabaja en ver a la gente a los ojos, ¿qué? No pongas esa cara. ¿Qué no te has dado cuenta que no miras a la gente a los ojos? Como sea, siguiente punto: Quieres pensar en varias de las cosas que te he dicho y puedo ver que ya estás encaminado a cambiar... sin embargo, en lo que fallas es que este es uno de esos momentos de excepción.

—¿A qué te refieres?

—Cambia un momento de posición con tu pareja. ¿Te gustaría que él mantuviera lo que te ocurrió en secreto?

—No —dijo Fernando bajando la mirada—. Por supuesto que no.

—Exacto, llámalo.

—De acuerdo, pero primero dormiré un poco. Estoy cansado.

Su amigo simplemente suspiró y asintió.

—Descansa.

\*\*\*

Después de su siesta, Fernando estaba mirando el plato de comida que tenía en frente mientras contemplaba qué decirle a su novio cuando lo llamara.

Quería ser honesto, pero no quería preocuparlo de más. Mientras pensaba en qué decir, Andrés llegó con su móvil en la mano.

—Lo dejaste en tu habitación. Sonó y lo contesté, es Roberto y quiero que sepas que yo lo llamé y le mencioné parte de lo que ocurrió. No creí que te atrevieras, así que le he dicho.

Fernando le lanzó una mirada hostil a su amigo.

—Sí se lo iba a decir, solo estaba pensando cómo. No te vuelvas a meter en estas cosas. —Quizás era injusto que lo tratara así, pero a nadie le gustaba enterarse de malas noticias por terceras personas. Solo esperaba que su amigo no hubiese asustado a Roberto—. ¿Beto?

—Mi amor —dijo el otro hombre y Fernando pudo notar inmediatamente el tono de alivio—. ¿Cómo estás? —preguntó con la voz quebrantada y eso fue todo lo que necesitó.

No había llorado desde que lo rescataron y para él eso era algo asombroso. Inmediatamente rompió en llanto.

—Quiero que vengas —le dijo entre llantos—. Te quiero aquí.

Era infantil, inmaduro y egoísta, pero necesitaba a su esposo a su lado. Había vivido una experiencia terrible y necesitaba su presencia y fuerza.

—Estoy a una hora de distancia, llegaré ahí muy pronto. Te amo, espérame.

—Yo también te amo.

Después de eso colgaron y su amigo lo tomó entre sus brazos.

—Tranquilo, ya estará aquí.

—Discúlpame por haberte hablado así antes...

—No, yo tuve la culpa. A veces me meto donde no me llaman y debí haberte preguntado antes...

Fernando se relajó en los brazos de su amigo y comenzó a contar los minutos que faltaban para reunirse con su amado Roberto.

Roberto

Roberto sintió un nudo en la garganta cuando colgó la llamada.

—¿No puedes ir más rápido? —le preguntó a su hermano.

Héctor lo volvió a ver y asintió.

—Pero solo un poco más rápido... llegaremos ahí pronto. No te preocupes.

—No lo oíste... —dijo secándose las lágrimas—. Me pidió que llegara, ¿tienes idea de lo que eso significa? Él no es de los que se expresa así. Es un hombre muy fuerte y reservado, jamás pide ni expresa nada. Pero me pidió que llegara, me necesita. Tengo que estar ahí pronto.

—Lo entiendo hermanito —le dijo—, pero estoy seguro de que te quiere ahí en una pieza y si acelero más tendremos un accidente o nos detendrá la

policía. Además en esta época cercana a la navidad hay más gente ebria al volante y más tráfico.

Roberto suspiró y deseó que el camino se acortara.

Afortunadamente en tan solo cuarenta minutos se estaban aparcando frente a la casa de los padres de Andrés. En cuanto tocó la puerta, Fernando abrió y se lanzó a sus brazos.

Ocultó su cabeza en su cuello y comenzó a llorar. Roberto no pudo contener sus lágrimas y abrazando fuertemente a su amado lo besó. Revisó cada parte visible de su rostro y besó cada cardenal que encontró.

Su hermano los presionó para que entraran a la casa y una vez lo hicieron, Fernando le contó todo lo que había ocurrido.

—Dios, ¿te enfrentaste a un hombre armado?

—No iba a permitir que te amenazaran...

—Qué importa si me amenazan... ¡Te pudieron haber matado! No me malinterpretes, estoy orgulloso de que te hayas defendido. Pero una cosa es defenderse y otra es hacer algo estúpido.

Lo abrazó con más fuerza.

—Beto...

—Disculpa, entiendo racionalmente que el que hayas hecho esas cosas te salvó la vida, pero no sabes lo aterrado que me siento. Cuando recibí ese mensaje de Andrés... Jesús...

—Lamento no haber sido yo el que te llamó. Hubiera preferido que lo escucharas de mí para que supieras que estaba bien. ¿Qué pasó con tu familia? Realmente quería acompañarte, pero sé que no podía hacerlo. Necesitabas hacer esto solo, ojalá hubiera reunido el valor para pedirte que me llevaras.

—¿A qué te refieres? Pensé que no querías ir conmigo, por eso no te lo pregunté...

—Pero cuando me estabas contando lo del accidente de tu padre, dijiste “necesitan que vaya a casa”. Usaste singular, así que asumí que no querías que fuera contigo.

—Lógicamente usé singular. Ellos no saben que existes y... espera un momento, ¿quieres decir que todo este tiempo estuve equivocado? ¿Querías venir conmigo y yo quería que me acompañaras, pero los dos fuimos realmente estúpidos y malinterpretamos todo?

—Así parece... —respondió Fernando.

Roberto se sintió realmente estúpido. Si tan solo hubiese sabido que su pareja quería acompañarlo lo hubiese llevado consigo desde el principio y no habrían vivido esta horrenda pesadilla.

Roberto se dio por vencido, pensar en los “hubiera” era inútil, así que le contó lo ocurrido con su familia y por fin recordó presentarle a su hermano.

—Héctor, te presento a mi amado... esposo —le dijo con orgullo. Tenían muchas cosas en las cuales seguir trabajando, pero esta llamada de atención les había abierto los ojos a los dos—. Mi amado Fer, él es mi hermano.

Realmente se sintió satisfecho de ver que a Héctor le salió su lado sobre protector con su canarito, porque inmediatamente comenzó a maldecir a esos imbéciles que le habían puesto una mano encima.

—Y al diablo con las malditas leyes —dijo después de un rato de insultar a todos los congresistas—, ¿cómo carajos no pueden llamarle a esto un delito de odio? Hijos de puta.

Todos acordaron participar más activamente en las protestas. Si querían que las cosas cambiaran, ellos debían ser parte de la solución y dejar la indiferencia.

—Bueno, si me disculpan, quiero llevarme a mi canarito a la habitación —dijo Roberto abrazando a Fernando—, quiero pasar un buen rato consintiéndolo.

Los demás celebraron la decisión y la pareja avergonzada fue a la habitación de huéspedes. Sabía bien que la familia de Andrés cuidaría de su hermano y con lo extrovertido que era este, seguramente se adaptaría bien.

—Tenemos que hablar de muchas cosas —dijo Roberto, después de recordar todos los arrepentimientos que tenía—. Quiero que sepas que necesito que seas más expresivo conmigo, la mayor parte del tiempo me la paso aterrado de estar confundiendo tus deseos y...

—Lo sé —le interrumpió Fernando—, Andrés me dio un sermón al respecto.

—¿Qué te dijo? —Cuando terminó de contarle, su esposo simplemente agregó—: Chico inteligente. Por eso me agrada.

—También te quiero decir que sí quiero ir al taller de actuación.

—¿De verdad? Eso es asombroso. Si te gusta, estuve investigando que también hay una carrera universitaria de eso. Digo, por si te llama la atención y te gustaría seguir con ello.

—Ya veremos después del taller —dijo Fernando sonriendo—. ¿La casa?

—Compraremos una en un sector más exclusivo, le preguntaré al dueño de *Afrodítux* dónde vive con su pareja y veré si podemos mudarnos a un lugar con vecinos más tolerantes.

Fernando asintió.

—¿Tenemos que discutir alguna otra cosa urgente?

—Urgente no —concluyó Roberto—. Pero tenemos muchas cosas de las cuales hablar.

—Sí. Te prometo que seré más expresivo a partir de ahora... Es que me avergüenza decir lo que quiero y no solo en la cama.

—Lo entiendo, yo prometo ayudarte. Te pediré que me hables más, si tú prometes hacerlo.

—Sí, definitivamente. Hablaré más, no será fácil... pero lo estoy intentando ahora, ¿no?

—Sí, estoy muy orgulloso de ti por ello. ¿Ves? El mundo no se acabó porque hayas expresado tus deseos.

—Te amo Roberto. Si pudiera casarme contigo, te pediría que fueras mi esposo. Me emocioné mucho cuando me presentaste como tal ante tu hermano.

—Podemos casarnos —le dijo decidido—. Será una boda únicamente reconocida por nuestra familia —dijo, refiriéndose a la nueva familia que habían conseguido—, pero ellos son los únicos que importan. Todas nuestras pertenencias están a nombre de los dos y aunque hay muchos derechos que no podemos tener, como las parejas casadas, nos amamos igual de intensamente.

Fernando asintió.

—Hagamos una boda navideña —le dijo Fernando emocionado—. Toda nuestra familia ya está reunida aquí y realmente me parece algo muy romántico...

—No te aceleres. Mi hermana también querrá estar incluida —intervino—. Podemos tener una fiesta de compromiso para navidad, si gustas.

—Me encantaría.

—Fer... eres el amor de mi vida —le dijo besándolo tiernamente en los labios—. Quiero hacerte el amor, pero no quiero que comencemos con un juego como siempre. Esta vez deseo que solo seamos tú y yo.

Fernando

Fernando asintió inseguro... esta sería la primera vez que harían el amor sin tener un juego previo, pero supuso que ese sería una de las primeras cosas que podría empezar a cambiar.

—Yo también deseo lo mismo... —le dijo antes de entrelazar su lengua con la de su esposo.

Fernando sintió los labios de Roberto besar su barbilla y descender hacia su cuello. Su deliciosa lengua comenzó a dibujar el contorno de sus orejas y no pudo evitar gemir por el placer.

—Mi amado esposo —Se sentía emocionado de por fin llamarle así en voz alta. Ya no creía que era fuese una presunción de su parte, era una realidad.

—Mi lindo canarito —le susurró Roberto y Fernando lo vio confundido.

Usualmente no se atrevería a preguntarle algo así y simplemente aceptaría el sobrenombre sin pedirle explicación, pero esta vez se había prometido a sí mismo expresarse y lo intentaría ahora.

—¿Por qué... me... llamaste... —dijo sonrojándose— canarito?  
—Terminó casi susurrando.

—Porque... —su Roberto se sonrojó—. Bueno, es que eres tan delicado como uno y tan lindo como uno... y porque... son mis animales favoritos.

Fernando sonrió. Había valido la pena preguntar, era la primera vez que miraba a su Roberto tan avergonzado.

Besó a su esposo y continuaron amándose. Se entregaron el uno al otro tiernamente. Sabían que tendrían muchos problemas en el futuro, que tenían muchas cosas en las cuales trabajar, pero juntos superarían todas las pruebas.

Había cosas que no podrían resolver, como la homofobia. Pero afortunadamente el odio que podrían experimentar por el exterior era contrarrestado por el amor que sentían el uno por el otro y por la familia que poco a poco iban formando.

Al terminar, se quedaron inmóviles sobre la cama, tratando de recuperar la respiración. Roberto le levantó la barbilla y lo vio a los ojos.

—Te amo —le dijo seriamente—. Fernando, ¿te casarías conmigo?

Fernando sonrió y asintió.

—Sí —agregó, recordando que se había prometido a sí mismo vocalizar sus respuestas—. Sí me caso contigo. Roberto —dijo tímidamente—, ¿te casarías conmigo?

No era del todo lógico que los dos lo preguntaran, pero Fernando también quería pedirle que fuera su esposo.

—Sí, mi amado Fernando —le dijo dándole un dulce beso en los labios—. Me quiero casar contigo.

Ese día lo pasaron en la cama. Afortunadamente, a pesar de todos los problemas que habían experimentado esa semana, pasarían juntos esa primera navidad.

Roberto

—Sí, gracias Liliana. Yo también te quiero y en cuanto compremos una casa nueva te invitaré para que conozcas a Fer. Adiós.

Roberto colgó con una sonrisa y volvió a ver a Fernando, quien se encontraba arreglando la mesa para la cena de noche buena.

—¿Qué te dijo Liliana? —le preguntó su hermano.

—Lo que supusiste, dice que hubo un gran escándalo en la casa de mis padres y que todos nuestros primos y sobrinos se pusieron en contra de nuestros padres, tíos y abuelos.

—No me extraña —dijo encogiéndose de hombros—. Tarde o temprano entrarán en razón.

—Eso espero —dijo apretando el hombro de su hermano—. No puedo agradecerte lo suficiente, lo que has hecho por mí. ¿Estás seguro de que no hay alguien más con quien quieras pasar la navidad?

—¿Con quién? ¿Con nuestros padres? No, gracias. No se me apetece conducir seis horas, aunque tendré que hacerlo para ir por mi coche. Aunque no quieras tendrás que acompañarme de vuelta.

Roberto suspiró. Era verdad, tendrían que regresar a casa de sus padres por el coche de Héctor. Ni siquiera se le había pasado eso por la mente.

—Pero no nos aflijamos por eso —agregó su hermano—. ¿Y bien? ¿A dónde fueron esta mañana tan emocionados los dos? Parecían como niños pequeños antes de ir a una excursión al zoológico.

Roberto rio y recordó feliz lo que habían pasado esa mañana.

—Fuimos a comprar unos obsequios de última hora —dijo recordando su viaje a la joyería donde habían comprado sus anillos de compromiso.

—¿Me compraron uno? —preguntó emocionado.

—Obvio —le respondió—, pero no lo podrás abrir hasta mañana.

—Vamos, quiero mi obsequio. Dámelo, ¿sí?

Roberto simplemente lo empujó y salió corriendo con su esposo.

—Fer... Héctor me está molestando —se quejó con Fernando.

—¡No seas mentiroso! —respondió ofendido su hermano—. Fer, te juro que no fue así. Estás de mi lado, ¿verdad?

—No, está del lado de su esposo —replicó Roberto.

—Niños —dijo Andrés alejando a Fernando de los dos hombres—. Vayan a jugar a la sala, hay videojuegos y dejen a Fer en paz.

Roberto sujetó el brazo de su hermano y lo llevó a la sala. Esta navidad estaba resultando mucho mejor de lo que se imaginó. Ciertamente le encantaría pasar tiempo a solas con su futuro esposo, pero la navidad era para pasarla con toda la familia.

Fernando

Vio a su esposo ir a la sala con su hermano. Le encantaba ver esa faceta de su amante, jamás lo había visto tan infantil y ciertamente lo adoraba. Aunque prefería a su Roberto protector.

En cuanto llegaron a casa le mostró su anillo de compromiso a Andrés y su amigo brincó de la emoción. Le contó que anunciarían su compromiso durante la cena de noche buena, pero quería primero decírselo a su amigo.

Los dos comenzaron a arreglar la mesa mientras la mamá del novio de Andrés y su esposo cocinaban la cena. Intentó ayudar a la señora, pero esta simplemente le había dicho que era tradición en su casa que ella y su marido cocinaran mientras que los niños arreglaran la mesa.

La cena de noche buena pasó sin ninguna eventualidad, cuando anunciaron el compromiso, su familia los felicitó efusivamente. La madre de Andrés y Andrés se ofrecieron a ayudarlos a planear el evento y ambos aceptaron agradecidos.

Después de eso intercambiaron regalos y se sacaron fotografías. Las primeras que Fernando pondría en un álbum familiar. Su primer álbum familiar.

Había muchas cosas que habían cambiado en él durante esta semana y ciertamente se había dado cuenta de que habían muchas otras cosas más en las que tenía que cambiar.

El próximo año estaría asistiendo a su taller de actuación y probablemente eso pondría un nuevo reto en su vida. Además tendrían que encontrar un nuevo lugar donde vivir y enfrentarse al juicio contra sus vecinos.

Roberto por su parte tendría que enfrentarse a su situación familiar. Algunos de sus parientes ya habían comenzado a tomar bandos, pero sabía que eso no era lo que su esposo deseaba. Además él tampoco quería separar a su familia.

Sin embargo esas cosas eran solo trivialidades cuando pensaba que de seguir como estaban, tarde o temprano habrían logrado acabar con su relación. No por falta de amor, sino por falta de comunicación.

Creyó que habían resuelto sus problemas con anterioridad, pero se dio cuenta de que no podían resolverse si él no empezaba a cambiar. Este próximo año traería muchos retos, pero estaba dispuesto a enfrentarlos con su esposo a su lado.

—¿Miramos una película? —preguntó Andrés mientras todos se acomodaban en la sala.

—Claro —respondieron todos.

—Encontré este DVD entre tus cosas Fer, espero que no te moleste que lo veamos —dijo metiendo el disco en el reproductor.

¿Eh? ¿Una película entre mis cosas? Esperen, solo había empacado una película y esa era la que habían filmado en el club...

—¡Espera! —salió corriendo hacia el reproductor para sacar el disco, pero era demasiado tarde...

“FELIZ NAVIDAD” apareció en la pantalla. “PROTAGONISTAS” y la pantalla cambió a una fotografía de los dos donde se encontraban desnudos en una cama.

## *Notas de la Autora*

Muchas gracias por leer la historia hasta el final y por descargar esta antología. Es la primera vez que participo en una, así que no puedo evitar sentirme emocionada por la oportunidad.

Ahora los aburriré un poco contándoles sobre la historia que acaban de leer. Al inicio escribí que esta es la continuación de un relato corto y que podía leerse independientemente del anterior. Espero que ese sea el caso y no haber confundido a ninguno de los lectores.

Fernando y Roberto son la combinación de varias personas que conozco, que sé que jamás leerán esta historia y por eso los he usado indiscriminadamente. La idea surgió porque siempre quise ver a una pareja que usara el *cosplay* para sus fantasías sexuales. Pero quise complicarlos ubicándolos en un país latinoamericano donde esas cuestiones todavía son tabú. Si dos hombres enamorados son motivo de prejuicios y homofobia, ¿qué pasaría si estos tuvieran gustos fuera de lo común?

En mi libro anterior los personajes se van a vivir juntos, así que quería saber cómo reaccionarían las personas a su alrededor cuando notaran que había una pareja homosexual viviendo en su vecindario. Tristemente no fueron bien recibidos.

Lo más lamentable del asunto es que ese aspecto no es necesariamente ficción. Lo de la ley y la policía también es verdad. Vivo en un país donde los derechos de la comunidad LGBT son inexistentes. Así que quise integrar un poco de conciencia social a mi historia. Espero no haberlos aburrido con eso.

También toqué el tema de salir del armario. Los padres de Roberto son más abiertos que los míos, así que creo que estarán bien eventualmente. Hablando de su familia, admito que he basado parte de Héctor en mi propia hermana, así que por eso salió tan genial.

Al terminar me di cuenta de que mi historia no era muy navideña que digamos, pero espero que la hayan disfrutado de todas formas. Con honestidad creo que le puse un final muy cursi con eso de la “boda”. ¿Qué puedo hacer? Fue lo que mis personajes me exigieron para su final.

Mejor me detengo aquí, porque podría hablar de mi historia durante hojas y no quiero que tengan que saltarse tantas en este punto de la antología. Pasen a la siguiente historia, seguro se divertirán mucho.

¡Feliz Navidad!

*Y.M. García*

## *Sobre la Autora*

Nací en Guatemala un 14 de Febrero. Comencé a amar el yaoi desde hace más de cinco años y la homoerótica desde hace más de tres, pero desde que los conocí, me obsesioné a tal punto que actualmente cuento con una colección de más de 2,500 libros del tema (la mayoría electrónicos)... después de leer tantos, las ideas eran tan repetitivas que comencé a aburrirme y me dio por retomar algo que hacía de más joven. Inventar historias.

Actualmente trabajo en un lugar muy peculiar, (que me da la oportunidad de conocer a todo tipo de personajes, empezando por mi querido jefe) y en una editorial como traductora de libros homoeróticos (que me da la oportunidad de analizar las palabras de los expertos).

Si quieres encontrarme lo puedes hacer a través de mi blog <http://ym-garcia-escritora.blogspot.com>, mail [ymgarcia2000@gmail.com](mailto:ymgarcia2000@gmail.com) o a través de Facebook <https://www.facebook.com/Escritora.YMGarcia.86>



*Nochebuena*

*Con Mama*

# Nochebuena con Mama

Por

**Minu**

De

<http://elcallejondelgatopardo.blogspot.mx>

No, no, no... Intenté coger la bola antes de que se cayera pero no pude y se estrelló contra el suelo rompiéndose en mil pedazos de brillante purpurina.

Carlos levantó la vista del periódico que estaba leyendo e hizo una mueca.

—Si rompes otra bola más, tendremos que adornar el árbol con los ositos vestidos de Papá Noel que nos regaló tu hermana.

—Uf, antes muerto —resoplé recogiendo los fragmentos y echándolos en la caja de cartón junto al resto de bolas rotas—. Es que estoy muy nervioso. Dentro de unas horas vendrá tu madre para pasar la Nochebuena con nosotros y estoy seguro de que no le voy a gustar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó alzando una ceja inquisitiva.

—Porque tu madre tiene que estar muy orgullosa de ti, tienes 29 años y fuiste el primero de tu promoción en la academia de policía, has ganado muchos campeonatos de kickboxing, jiu-jitsu, y eres el inspector jefe más joven de la historia del cuerpo...

Carlos continuó mirándome impasible, esperando que continuase.

—Y yo soy un estudiante de bellas artes, que ni siquiera he sido capaz de vender uno solo de mis cuadros. Tu madre pensará que soy un buscavidas.

—¿Un buscavidas? —rió Carlos—. ¿De dónde sacas esas palabras? Creo que ves demasiadas telenovelas.

—Ya sabes lo que quiero decir —repliqué impaciente. No era cierto que viera telenovelas... en realidad, sólo veía una y era de la BBC, que es garantía de calidad como todo el mundo sabe—. Yo apenas contribuyo a los gastos de la casa, no tengo dinero ni para hacerte un buen regalo en Navidad...

—Vamos, ven aquí —dijo Carlos levantándose y tomándome en sus brazos—. ¿Qué importa si no puedes pagar los gastos de la casa? Estoy seguro de que muy pronto se reconocerá tu talento y entonces ganarás mucho dinero y yo podré retirarme y vivir a tu costa. Espero que me lleves de vacaciones a las Bahamas...

Sentí sus brazos alrededor y sus manos grandes y fuertes me acariciaron la espalda de esa forma tranquilizadora que conseguía relajarme en cuestión de segundos. Luego se inclinó y empezó a besarme el cuello y un escalofrío de placer recorrió todo mi cuerpo. Siguió besando y dando pequeños mordisquitos por toda mi mandíbula hasta llegar al lóbulo de mi oreja y allí se detuvo chupándolo un momento antes de susurrarme al oído.

—No tienes que estar tan preocupado por mi madre. Estoy seguro de que le vas a gustar y aunque no fuera así, eso no cambiaría nada de lo que siento por ti.

Sus labios se posaron en mi frente en un suave beso y luego me besó la nariz antes de apoyarlos en los míos. Sus brazos me retenían con firmeza contra su cuerpo musculoso pero a la vez eran cálidos y reconfortantes. Me sentía seguro en ellos y no por su poderoso físico, si no por ese aire de seguridad y confianza que siempre irradiaba.

Abrí la boca cuando sus dientes atraparon mi labio inferior con suavidad. Entonces su lengua se unió a la mía en una danza de puro placer y el calor empezó a subir por mi cuello hasta hacer arder mis orejas.

Sentía tanto calor que incluso me pareció que olía a humo... ¿Humo?

Realmente olía a humo y venía de la cocina.

—¡Joder! ¡El asado se está quemando! —grité empujándolo para saltar por encima de una butaca en mi prisa por llegar hasta el horno. Desafortunadamente, tropecé con el cable de la lámpara y caí al suelo de bruces.

—¡Dani! ¿Estás bien?

—Sí... ¡Saca el pavo del horno! —farfullé mientras intentaba desenredarme del cable. Al caer me había torcido el tobillo pero en ese momento eso era lo que menos me preocupaba.

Cuando conseguí llegar hasta la cocina, Carlos ya había sacado el pavo del horno.

—¿Cómo está? —pregunté angustiado.

—No creo que pueda salvarse —contestó con aparente seriedad—. Está casi listo para que puedas guardar sus cenizas en una urna.

—Muy gracioso —gruñí echando un vistazo a la carne chamuscada. No había forma de que pudiéramos cenar eso y no daba tiempo de comprar otro pavo y volverlo a cocinar.

—¡Esto es un desastre! —gemí lleno de desesperación— ¿Qué vamos a hacer? No tenemos nada que darle de cenar a tu madre.

Carlos me miró sonriendo con calma. Le miré incrédulo, no entendía cómo podía estar tan tranquilo mientras toda nuestra cena de Nochebuena se iba al garete. Sabía que toda la velada iba a ser un fracaso y su madre me odiaría para siempre.

—Tranquilo, cuando vaya a recoger a mi madre al aeropuerto, pasaré por la tienda de comidas preparadas y compraré algo para cenar —dijo con ese tono profesional que debía usar en situaciones críticas para evitar que cundiese el pánico.

—Pero yo quería que tu madre supiera que puedo cocinar —repliqué quejumbroso. Esa había sido mi baza secreta para conquistar a su madre. Me había pasado dos horas hablando por teléfono con la mía para que me explicara cómo hacer el mejor pavo asado y ahora tenía que tirarlo a la basura.

—Lo sé, pero ya habrá otras ocasiones, no te preocupes. —Me animó dándome una palmadita en el hombro.

Asentí resignado y me disponía a tirar los restos calcinados del pavo al cubo de la basura, cuando oímos un conocido crujido procedente del salón.

—¡Oh, no! ¡Beny! —corrí hasta allí para ver a nuestro gato subido encima de la mesa y mirándome sin el menor arrepentimiento después de haber roto otra bola más.

Carlos soltó una carcajada, cogió al gato en brazos y comenzó a acariciarlo mientras éste se restregaba contra su cuello ronroneando como si fuera un abejorro gris plateado.

—A este paso nos vamos a quedar sin bolas de Navidad —suspiré mientras barría los frágiles cristales de colores.

—Siempre podemos recurrir a los ositos —me recordó Carlos riendo entre dientes.

Le lancé una mirada aviesa. Quería mucho a mi hermana, pero esos ositos de peluche para colgar eran la cosa más cursi que había visto en mi vida y no estaba dispuesto a colgarlos de nuestro árbol por nada del mundo.

—Bueno, es hora de ir a buscar a mi madre al aeropuerto —dijo, dejando al gato en el sofá y poniéndose de pie.

—Te acompaño.

—No, será mejor que te quedes y vigiles para que Beny no se coma el resto de nuestra cena —dijo poniéndose la chaqueta y guiñándome un ojo.

Cuando se marchó, volví a la cocina y saqué todo lo que pude encontrar en la nevera para hacer algunos aperitivos que compensaran la falta del pavo. Luego, volví al salón y me senté en el sofá con un gemido de dolor al sentir una punzada en el tobillo que me había torcido ahora que se había enfriado. Dios, esperaba que

no fuera un esguince, sólo me faltaba eso para que la Nochebuena se convirtiera en mi peor pesadilla.

Beny, que estaba dormitando en el respaldo del sofá, saltó sobre mi hombro y comenzó a restregarse contra mi cuello, lamiéndome de vez en cuando con su áspera lengua.

—Soy un desastre, Beny —dije mientras le pasaba la mano por el lomo sintiendo cómo se arqueaba de puro placer—. Tenía tantas ganas de caerle bien a su madre... pero ahora, creo que estas van a ser las peores Navidades de mi vida.

Beny me miró un instante con solemnidad y después comenzó a lamerme la nariz.

—¡Auch! —me quejé cuando me dio un mordisquito—. Vale, tienes razón, no tengo que desanimarme tan pronto.

En ese momento, oí el ruido de la puerta, así que me puse de pie como pude y me acerqué a la entrada intentando no cojear.

La madre de Carlos era una mujer realmente hermosa. Era muy alta, me sacaba por lo menos cinco centímetros (no me extrañaba que Carlos tuviera esa elevada estatura viendo a su madre), tenía el cabello castaño rojizo recogido en una cola de caballo y los ojos eran del mismo tono avellana que los de su hijo. También tenían esa intensidad que parecía que fueran capaces de penetrar hasta lo más profundo de tu ser.

—Encantado de conocerla, señora Montoya —dije extendiendo la mano, pero ella me rodeó con los brazos y me dio un par de besos.

—Llámame Elsa, Dani —dijo sonriendo y quitándose su elegante abrigo de ante con cuello de piel.

Carlos lo recogió y lo dejó sobre la silla de la entrada. Luego, levantó una bolsa con el logotipo *Come como en casa* y me sonrió haciendo un gesto triunfal.

Mientras él acompañaba a su madre al salón, yo cogí el paquete de comida preparada para llevarlo a la cocina. Luego, me senté junto a ellos y escuché su conversación intentando no retorcerme las manos con nerviosismo.

Estuvieron charlando un rato sobre el viaje y sobre el padre de Carlos, que era jefe de seguridad de la embajada de España en Copenhague y no había podido venir por cuestiones de trabajo, y después, nos sentamos a la mesa que ya tenía preparada con todo detalle.

El día anterior, Carlos me había traído un montón de piñas de la Casa de Campo, a donde había ido a investigar el crimen de un proxeneta, y yo había hecho un centro de mesa con ellas y algunas nueces, avellanas y castañas. También había encendido un par de velas rojas sobre el bonito mantel verde y rojo que nos había prestado la vecina de abajo.

En una fuente de porcelana puse el fiambre de pavo relleno y el huevo hilado que trajo Carlos, y distribuí por la mesa los aperitivos y la salsa de compota de manzana que había hecho para acompañar al pavo asado.

—Me ha dicho Carlos que trabajas en la biblioteca de la facultad —dijo Elsa con una sonrisa apacible.

—Sí —contesté cogiendo aire y cuadrando los hombros preparándome para el tercer grado que había estado esperando desde que la madre de Carlos entró por la puerta—. El año pasado salí una plaza de becario y tuve la suerte de ganarla. No me pagan demasiado pero gracias a eso puedo ayudar un poco con los gastos de la casa.

—¿Cuánto tiempo lleváis ya juntos? —volvió a preguntar mientras se servía una loncha de jamón serrano.

—Dos años y tres meses —respondí sin pensar.

—Sólo faltó que dijeras los días para que sonara como una condena —intervino Carlos con tono socarrón.

—Sí... es decir, no. —Sentí que enrojecía hasta la punta del cabello. Y eso que había estado preparando a conciencia mis respuestas. Maldije a Carlos en silencio—. Quiero decir que he contado los días pero...

—No le hagas caso. Tiene un sentido del humor muy particular. —Noté el tono divertido en su voz.

—Lo sé.

—La lombarda está deliciosa. —Volvió a hablar Elsa cambiando de tema—. ¿La has hecho tú?

—Sí —respondí con timidez—. Le he puesto pasas y la he rehogado con ajo. Así la hace mi madre.

Tenía que acordarme de darle las gracias por insistir tanto en que la hiciera. A pesar del olor nauseabundo que había tenido que soportar mientras se cocía, había merecido la pena el esfuerzo si a Elsa le gustaba.

Estaba sentado frente a ella y, por fin empezaba a relajarme, cuando de pronto noté que algo se movía en la entrada y para mi horror descubrí a Beny, subido encima de la silla donde Carlos había dejado el abrigo de su madre y restregándose contra la piel del cuello. Luego, comenzó a morderlo como si se tratara de una presa y yo salté como un resorte de la silla.

—¿Pasa algo? —preguntó Carlos mirándome sorprendido.

—¡No! No... Voy a buscar más pan —dije cogiendo el cesto del pan y saliendo del comedor sin hacer caso del dolor sordo de mi tobillo.

Me acerqué hasta la entrada, cogí a Beny en brazos, lo llevé hasta la habitación y cerré la puerta. Luego, regresé a la mesa apretando los dientes para soportar el dolor de mi tobillo.

—¿Dónde está el pan? —dijo Carlos alzando una ceja.

Dios, se me había olvidado traer el pan.

—Eh.... Se me ha olvidado en la cocina.

Me volví a levantar y conseguí dar dos pasos antes de que la punzada de dolor en el tobillo me hiciera caer sobre una de mis rodillas.

—¡Dani! —Carlos se apresuró a venir junto a mí, me sujetó por los codos y me ayudó a sentarme en el sofá—. ¿Qué te pasa?

—No es nada. Cuando me caí antes me torcí el tobillo y ahora me duele un poco.

—Está todo hinchado —dijo preocupado después de quitarme el zapato.

Elsa se acercó y se agachó a mi lado.

—Déjame ver.

—No, no hace falta, seguro que se me pasa enseguida.

—Déjala que se ocupe de ti, es enfermera.

Elsa comenzó a moverme el tobillo con cuidado y yo reprimí un gemido de dolor. Por nada del mundo quería parecer un quejica a ojos de ella así que apreté los dientes dispuesto a soportar cualquier tormento en silencio.

—Trae unas vendas elásticas y una bolsa de hielo —pidió a su hijo.

Cuando Carlos volvió con lo que le había pedido, me armé de valor para comportarme como uno de esos héroes de las novelas románticas que leía mi

hermana (yo también había leído una o dos pero sólo por complacerla) y aguantar todo lo que me hiciera sin que se escapase la menor queja de mis labios.

Estaba tan inmerso en mis pensamientos que no me di cuenta de que Elsa había terminado la cura hasta que se puso de pie y me dio una palmadita en la mejilla.

—Ahora procura tener el pie en alto y no apoyarlo en el suelo hasta que se baje la hinchazón.

—De acuerdo —acepté aliviado. Afortunadamente, no había hecho falta ser un héroe para resistir el dolor.

—Bueno, chicos, me voy a la cama que mañana me espera otro viaje hasta Málaga para comer con Alberto y su familia —dijo Elsa recogiendo el resto de las vendas—. Estoy deseando ver cuánto ha crecido Jaime desde la última vez que lo vi.

—Deberías comprar tapones para los oídos —le aconsejó su hijo con una sonrisa burlona—. El mes pasado cuando Dani y yo fuimos a visitarlos, cada vez que el renacuajo abría la boca parecía que estaba oyendo la sirena de un coche patrulla. No me extraña que Alberto y Marta parecieran figurantes de Walking dead.

Elsa y yo soltamos una carcajada. Era cierto que Jaime había llorado mucho las noches que pasamos allí y el hermano y la cuñada de Carlos realmente tenían pinta de zombis ojerosos y tambaleantes.

Finalmente, Elsa se despidió dándonos un beso a cada uno y deseándonos buenas noches.

Una vez que su madre se hubo marchado, Carlos se sentó a mi lado y me miró con intensidad.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele mucho menos que antes —contesté sonriendo.

—No me refiero solamente al tobillo. —Me pasó la mano por el pelo revolviéndolo y luego la dejó sobre mi nuca en un gesto reconfortante.

—Ha sido mucho mejor de lo que esperaba —admití con una sonrisa reluctante.

Él sonrió a su vez y se inclinó sobre mí para depositar un ligero beso sobre mis labios.

—Me alegro —susurró con una voz que me hizo desear tener otra bolsa de hielo a mano.

Alzó una ceja y esbozó una sonrisa seductora.

—¿Qué te parece si nos vamos también a la cama?

Antes de que pudiera contestar, se levantó y cogiéndome entre sus brazos me alzó como si fuera una pluma.

—No hace falta que me lleves en brazos, me siento como si fuera el muñeco de un ventrílocuo —refunfuñé.

—Si no fueras tan torpe no haría falta que te llevara así —replicó dejándome encima de la cama. Su sonrisa desmentía la brusquedad de las palabras.

—Ahora vuelvo —dijo entrando en el cuarto de baño.

En cuanto desapareció por la puerta, fui hasta el armario dando saltitos a la pata coja y me puse a rebuscar hasta que encontré el pijama que me había regalado mi hermana pequeña por mi último cumpleaños. Era de color azul turquesa y tenía en la parte delantera un dibujo enorme de Snoopy con ese pájaro amarillo que siempre le acompaña y que nunca me acuerdo cómo se llama. Era la ropa menos erótica que tenía y esperaba que vestido así, podríamos evitar la tentación. Acababa de ponérmelo cuando Carlos salió del cuarto de baño, me miró con las cejas alzadas y luego soltó una carcajada.

—¿Se puede saber qué es eso que llevas puesto?

—Es un pijama que me regaló Bea —dije enrojeciendo—. He pensado que sería mejor poner algo de tela entre nosotros para evitar la tentación, ya sabes.

—¿Por qué tenemos que evitar la tentación?

—No podemos... tu madre está en la habitación de al lado —contesté asombrado de tener que explicarle algo tan obvio—. Podría oírnos.

Carlos hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No te preocupes por eso, mi madre duerme como un tronco, no oirá nada.

—Prefiero no arriesgarme... mañana no podría mirarla a la cara de la vergüenza

—No seas tonto y ven aquí.

—Prométeme que no intentarás nada.

—Si no te quitas ese pijama de pitufo y vienes a la cama haré tanto ruido que se despertarán todos los vecinos.

—Uf, no serás capaz.

Carlos enarcó una ceja y de pronto empezó a saltar sobre la cama con toda la fuerza de ese enorme cuerpo suyo haciendo chirriar el somier como si fuera un grillo afónico.

—¡Para! —grité lanzándome encima de él en mi mejor imitación de Iker Casillas parando un penalti. De algo tenía que servir jugar de portero en el equipo de fútbol de la universidad.

—Buf. —Carlos soltó todo el aire de los pulmones cuando aterricé sobre su amplio pecho—. Menudo salto del tigre y luego dices que no quieres follar.

—Shh... —Me apresuré a besarlo para que no dijera nada más con esa voz de barítono que, en general, me encantaba oír pero que ahora parecía traspasar las paredes.

Carlos aceptó de buena gana mi asalto y el beso se volvió apasionado, al tiempo que metía sus manos por debajo de mi pijama y me empezaba a acariciar la espalda. De pronto noté un peso en mi trasero y unas garritas que empezaban a almohadillarlo y recordé que Beny se había quedado encerrado en el dormitorio.

—¡Auch! —exclamé cuando me clavó las uñas a través de la tela del pijama—. Beny, eso duele.

Carlos soltó una carcajada y sujetándome por las caderas me levantó de encima de él y me colocó con cuidado sobre la cama. Luego, cogió una pelotita que estaba en el suelo y abriendo la puerta la lanzó hacia el pasillo. Beny saltó inmediatamente de la cama y corrió en su persecución con la cola en alto como una bandera.

—Dos son compañía, tres multitud —le dijo Carlos cerrando la puerta y dejándolo fuera.

Después se volvió hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja y moviendo las cejas de forma sugerente. No pude evitar sonreír a mi vez y di una palmada en la cama a modo de invitación mientras rogaba en silencio que su madre, además de dormir como un tronco, fuera sorda como una tapia.

\*\*\*

A la mañana siguiente, me levanté temprano porque quería prepararle un buen desayuno a Elisa. Salí de la habitación de puntillas para no despertar a Carlos y me dirigí a la cocina. Procurando hacer el menor ruido posible, saqué la cafetera

italiana y preparé el café mientras tostaba unas rebanadas de pan en el horno. Estaba a punto de apagar el fuego cuando oí un ruido a mi espalda.

—Buenos días, Dani.

—Buenos días, Elsa —respondí dándome la vuelta.

Llevaba una bata de color rosa y unas zapatillas del mismo color, su pelo castaño estaba suelto y le rozaba la barbilla haciéndola parecer más joven. Tenía esos ojos tan parecidos a los de su hijo clavados en los míos y una leve sonrisa en los labios.

—¿Has dormido bien? —le pregunté sonriendo también.

—Muy bien, gracias. ¿Qué tal el tobillo?

—Mejor. Ya casi no me duele.

—Eso está muy bien, pero tienes que tenerlo en reposo algunos días más —dijo con tono profesional.

—Lo haré —respondí acomodándome en uno de los taburetes que había junto a la encimera y levantando el pie para colocarlo sobre la silla que Elsa me había acercado—. Por suerte estoy de vacaciones y no tengo que volver a clase ni a la biblioteca hasta después de Reyes.

—Puedes aprovechar el tiempo pintando otro de tus maravillosos cuadros.

Me quedé boquiabierto.

—¿Has visto alguno?

—Claro, los he visto todos. Carlos les hizo fotos y me las mandó a mi correo electrónico.

—¿En serio? —dije enrojeciendo de placer.

—Me ha hablado mucho de ti, Dani. Tanto que casi me parece que te conozco desde siempre.

—Ah... —Fue todo lo que pude decir. Estaba demasiado emocionado para encontrar la respuesta adecuada a sus palabras.

—Él te quiere mucho, Dani —prosiguió Elsa hablando con dulzura—. Y yo estoy muy contenta de que te tenga a su lado. Su trabajo es muy duro, tiene que ver cosas horribles casi a diario y tú consigues que permanezca centrado y tranquilo cuando vuelve a casa.

—¿Entonces no crees que soy demasiado poco para él? —pregunté con un hilo de voz.

—Por supuesto que no. No puedo pensar en nadie mejor que tú para hacer feliz a mi hijo.

Poco a poco, las palabras de Elsa penetraron en mi mente y una alegría inmensa me invadió. Tenía ganas de ponerme a brincar (pero no lo hice porque aún me dolía el tobillo) o de coger a Elsa en mis brazos y hacerla girar por toda la cocina (tampoco lo hice porque era más alta que yo y habríamos acabado en el suelo los dos). Finalmente, me limité a sonreír como un bobo mientras la abrazaba con fuerza.

—Quiero enseñarte una cosa —le dije cuando me aparté.

—De acuerdo —asintió sonriente.

Me metí en el pequeño cuarto que hacía las veces de despensa y escobero y volví con una bolsa de papel.

—Es el regalo de Reyes para Carlos —dije sacando un lienzo de la bolsa—. No he podido comprarle nada valioso pero espero que le guste.

—¿Lo has pintado tú?

—Sí —dije mostrándole el cuadro. Me había inspirado en una foto que nos había hecho un amigo durante una excursión a la playa. En ella estábamos los dos dormidos sobre la arena, yo tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y él me rodeaba con su brazo en actitud protectora. El cuadro sólo mostraba un primer plano de nuestros rostros y parte del torso, pero había conservado el fondo azul cobalto del mar y el reflejo de la luz del sol en el cabello castaño de Carlos y en el mío, rubio oscuro.

—Le va a encantar. Es precioso, Dani —dijo Elsa sonriendo con calidez.

—¿Qué es lo que me va a encantar? —Oímos la voz de Carlos desde el pasillo.

Di un bote y miré aterrado a mi confidente, si no hacíamos algo descubriría mi sorpresa antes de tiempo.

—Las tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos que ha preparado Dani —contestó su madre al mismo tiempo que se acercaba a la puerta de la cocina para bloquear la visión de Carlos hacia el interior.

Volví a guardar el lienzo en la bolsa y me apresuré a esconderlo de nuevo en la despensa, justo antes de que Carlos se asomara por encima del hombro de su madre para echarme una mirada llena de sospecha.

—¿Desde cuándo te gusta la mermelada de arándanos? Siempre dices que prefieres las tostadas sólo con mantequilla.

—Bueno, la mermelada la puse para tu madre y para ti —dije sonriendo con inocencia.

—Hm... —gruñó Carlos poco convencido.

Después de desayunar, teníamos el tiempo justo para llevar a Elsa hasta el aeropuerto.

—Tú te quedas —dijo Carlos apoyando la mano en mi hombro y haciendo que volviera a sentarme—. El tobillo necesita reposar.

—Pero... —intenté protestar.

—Tiene razón —le apoyó Elsa agachándose para darme un fuerte abrazo. Yo la apreté contra mi pecho pensando que había estado tan nervioso sin ningún motivo. Ella era igual que su hijo, tan grande por fuera como era su corazón. Madre mía, de dónde había sacado semejante cursilada... seguro que de las novelas homoeróticas que me obligaba a leer Bea. Tenía que dejar de leerlas ya. Bueno, quizá todas no. Las novelas de Josh Lanyon nunca eran cursis.

Media hora después, Carlos regresó a casa. Yo seguía sentado en el sofá con el pie sobre la mesita y Beny estaba sobre mi regazo jugando con el cordón del pantalón de chándal que llevaba puesto.

—Hola —dije sonriéndole.

—Hola —contestó con una extraña mirada en el rostro.

Permaneció un rato así, simplemente mirándome y yo empecé a inquietarme.

—¿Ha ido todo bien?

Carlos afirmó con la cabeza y se acercó lentamente sin dejar de mirarme con una intensidad que me produjo un escalofrío. Podía ser muy intimidante cuando miraba así, no me extrañaba nada que hubiera ascendido tan rápido en la policía, porque no podía imaginarme a ningún delincuente que se resistiera a confesar bajo esos rayos X que tenía por ojos.

—Eh... ¿por qué me miras así? —me atreví a preguntarle al fin.

Carlos sonrió de pronto y sacó del bolsillo una cajita envuelta en papel rojo y con un lazo dorado.

—¿Qué es eso? —pregunté asombrado.

—Ábrelo.

—Pero siempre esperamos a Reyes para darnos los regalos —protesté. En mi familia éramos muy tradicionales para esas cosas y nunca le había dejado que me regalara nada en Navidad.

—Esta vez tienes que abrirlo ya —insistió poniéndome la cajita en la mano.

—Está bien —accedí viéndolo tan impaciente.

Solté el lazo y abrí la cajita. Dentro había una alianza de plata, un simple anillo sin ningún adorno. Lo cogí con dedos temblorosos y me quedé mirándolo con la boca abierta.

—Lee la inscripción —dijo Carlos en un susurro.

*Para siempre, Carlos. Ay, Dios, ¿esto era lo que creía que era? No, imposible... Pero ¿qué podía ser si no? El corazón me latía a mil por hora y notaba el sudor saliendo a chorros por cada poro. Carlos me estaba pidiendo... ¿en serio? No podía creer que me pudiera pasar algo como esto, era... era... no había palabras para describir lo que sentía.*

De pronto, me di cuenta de que no tenía nada para corresponder a la magnitud del regalo que me estaba haciendo.

—Yo no tengo ningún anillo para ti —dije consternado.

—No te preocupes, compré otro igual con tu nombre. Quiero que cuando empiece el nuevo año estemos ya casados, así que pedí cita en el juzgado para el día 30. ¿Qué me dices?

Por un momento, sentí que las emociones más diversas se disputaban el turno para apoderarse de mí. El nerviosismo (¿el día 30? ¿Estaba loco? Habría que hacer miles de cosas antes y me lo decía con tan poca antelación...), la emoción (amaba profundamente a Carlos y casarme con él era lo que siempre había deseado), la alegría (Oh, Carlos estaría guapísimo con su uniforme de gala el día de la boda) y por último la seguridad de que había encontrado al amor de mi vida y podríamos comer perdigones para siempre.

—Digo que sí y mil veces, sí —exclamé sintiendo que en ese momento, era el hombre más feliz de la Tierra.

Carlos sonrió y se inclinó para besarme, nuestros labios se tocaron y justo en ese momento un estrépito que venía de la esquina donde estaba el árbol de Navidad, nos sobresaltó.

Un maullido se oyó por debajo del árbol caído y a continuación una patita tanteó por el suelo hasta encontrar una bola milagrosamente entera y la golpeó con fuerza. Luego Beny asomó la cabeza entre las ramas y el espumillón y nos miró con aspecto satisfecho.

—Saca los ositos de la caja y volvamos a decorar el árbol —dijo Carlos con una sonrisa burlona al tiempo que yo lanzaba un suspiro de resignación.

Perfecta Navidad



# Perfecta Navidad

Por

**Saito**

De

<http://fantasias-de-saito.blogspot.mx>

Una navidad más... en esta, Sam estaría en casa de Bobby interrogando un grupo de demonios que habían capturado hacia dos días. Hubiese querido que estuviesen juntos pero Sam tan solo le contestó que era una noche como otra cualquiera. Quizás tuviese razón.

Tomó un trago de su cerveza y sacó de un envoltorio de papel un pequeño árbol de navidad de plástico de unos 20 cm y lo colocó sobre la chimenea de la cutre habitación de motel. Suspiró, un poco contagiado por la nostalgia que sentía por las navidades con su hermano.

-Feliz navidad Dean.- se dijo bajito. No lo diría en voz alto, era demasiado durón para esas chorradas de niñita.

-Feliz navidad Dean.- Una voz, casi en simultaneo con la suya le felicitó desde el otro lado de la habitación. Se giró reconociéndola.

-¿Qué haces aquí Cas?- preguntó desconcertado- Creía que no podías localizarnos después de ese conjuro de protección contra ángeles que nos tallaste en las costillas...

-Y no puedo, pero... Estuve en cada de Bobby, Sam me dijo que estarías aquí.

-¿Pero ha pasado algo?

-Sí, sentí tu tristeza... vine hacerte compañía en esta noche especial.- contestó sencillamente.

-¿Dejaste tu guerra para venir hacerme compañía?- Casi no pudo creérselo. Otras veces le había llamado, suplicado para que apareciese y Cas nunca lo hizo.

-Esta noche es especial, incluso en guerra eso se respeta.

-Oh... entonces relájate y tomate una cerveza.- Dean le indicó el frigorífico mientras se sentaba en el sillón delante de la tele.

Ya hacía mucho tiempo desde que él y Castiel habían estado juntos, mucho tiempo incluso desde que habían compartido una noche.

-Tu árbol que simboliza el árbol de la vida es muy pequeño.- Dean se encogió de hombros y contestó:

-No iba a venir nadie más... Cuando éramos niños siempre adornábamos un árbol grande.- Castiel miró en el profundo de esos ojos verdes que brillaban con el recuerdo del pasado.

-¿Te gustaría tener un árbol grande, ahora?- Dean volvió a encogerse de hombros.

-La navidad nunca ha sido perfecta, sabes Cas?- En ese momento sus rostros se acercaron y sus labios se unieron con dulzura.

-¿Podría hacerla perfecta?- Dean sonrió y dejó que el ángel apoyase su cabeza en su hombro.

-Si tú estás aquí ya es perfecto, Cas.- Y con un toque de magia celestial el árbol se hizo grande y el fuego de la chimenea pareció libertar más calor.

-Si pudiese estaría aquí todos los días, a tu lado, protegiéndote.

-Ya lo estás...- Dean miró sobre su hombro hacia las sombras provocadas por el fuego que se reflejaban en la pared detrás de ellos y en ellas vio la enorme ala del ángel sobre su cabeza y sonrió.

Esa sería una perfecta navidad.



Una  
**OSADA**  
**NAVIDAD**

# Una Osada Navidad

Por

**Los Hermanos Pin**

De

<http://ladimensionlasana.blogspot.mx>

y

<http://rinconkalabaza.blogspot.mx>

## Capítulo 1. La familia y los amigos Osos.

Eran alrededor de las diez de la mañana, 24 de diciembre, nochebuena. Su madre lo había sostenido de la mano todo el camino hasta la caseta de teléfono, justo en la esquina del parque. Las nubes grises se extendían por todo lo ancho del cielo, y el viento helado y juguetón intentó arrancarles más de una vez las bufandas y los gorros. Si bien nunca nevaba en Villaquemada, si hacía un frío de los mil demonios, acompañado de aquel viento cretino que no paraba de arruinarle el día a Grislie. Ya la estaba pasando bastante mal, teniendo que caminar de casa en casa con su madre, siendo nochebuena. Era algo injusto. No paraba de pensar en su hermano, quien seguramente estaría en casa, en donde no hacía frío ni viento. Sólo porque él era el mayor, su mamá lo mandaba a todos los mandados complicados, lo llevaba con ella de visita a todas las casas de señoras aburridas y gordas, y lo sacaba a buscar de casa en casa un papel que al parecer era muy importante, y que no tenían ni sus amigas, ni su comadre, ni su abuelo.

Ahora, la madre de Grislie iba a llamarle por teléfono a no-se-acordaba-qué-persona para preguntarle sobre el dichoso papel. Mientras tanto, Grislie tenía que esperar a que terminara de hablar, sentado en un columpio que estaba ahí cerca. Su madre hablaba y hablaba por teléfono, volteando a verlo de vez en cuando para asegurarse de que seguía ahí. Grislie estaba muy aburrido ahí sentado ¿Por qué las mamás tardaban tanto en hacer una llamada telefónica? Tan distraído estaba quejándose, que solo medio minuto después notó al chico que estaba sentado en el columpio al lado suyo. No pudo más que sorprenderse. Aquel niño era empujado suavemente por un tipo vestido con un traje negro, gafas oscuras, y esos mini-teléfonos que sólo se colocan en las orejas los espías y los guardaespaldas. El chico también era algo raro. Tenía el cabello naranja, no pelirrojo, no rubio oscuro, naranja. Usaba tenis café con agujetas y franjas verde limón; los pantalones de mezclilla tenían bordados un par de dragones de impresionante diseño, pero de un color amarillo fosforescente que casi lo dejó ciego; el suéter era azul claro, con un Mickey Mouse preparando un cigarro de marihuana, y encima un chaleco color verde musgo.

Después de un momento incómodo en el que Grislie lo miró de pies a cabeza como si fuera un bicho raro, el chico decidió hablarle:

-Hola –saludó de una forma casual algo tonta.

-Cállate –le contestó Grislie de forma tranquila.

-Me llamo Kuma –se presentó el extraño, ignorando el hecho de que acababan de decirle que se callara. Grislie lo miró por un momento, intentando descifrar que pasaba en esa cabeza tan rara.

-¿Tú cómo te llamas? –insistió Kuma. Grislie dudó por un momento en decirle su nombre, pero finalmente lo dijo en voz baja.

-Grislie –el chico lo miró desconcertado.

-¿Chris Lee? –preguntó.

-No, Grislie.

-¿Gris Lee? ¿Tienes el nombre de un color?

-No, me llamo Grislie –contestó él, quien ya empezaba a irritarse.

-¿Cómo?

-¡Cómo el oso! ¡Sí, me llamo Grislie como el oso! –chilló molesto. Por un momento ambos se quedaron callados, hasta que Kuma dijo:

-Grislie... Como...el... -poco a poco sus labios formaron una sonrisa y después una estrepitosa carcajada. Grislie se sintió muy molesto. Era bastante normal que los niños se rieran o se burlaran de su nombre, pero aun así le irritaba. El mayordomo intentó ignorar su tonta plática.

-¡Te llamas como un oso! –le gritó Kuma.

-¡Tú también!

-Pero no me llamo Gris-Gris... ¡ja ja ja ja ja! –interrumpió su risa-Espera ¿Qué?

-Sí, acéptalo, tu nombre también significa oso.

-¡No, tú estás mintiendo! –replicó Kuma, quien no podía creerse la terrible verdad. Grislie estaba a punto de replicar algo cuando sintió que alguien le jalaba del brazo. Era su madre.

-Grislie, tenemos que irnos. Pasaremos a la casa de tu tía Darla para recoger mi cheque y luego regresaremos a casa.

-¡Pero ya estoy cansado y ella vive muy lejos! –contestó Grislie, deprimido.

-¡No me repliques! –Se dirigió a Kuma y a su mayordomo con una amable sonrisa- Discúlpennos.

Mientras se iban, Grislie se volteó y le sacó la lengua a Kuma, lo que en lenguaje de niños sería algo así como " ¡veta a \$%&#!". Kuma, por su parte, también la sacó la lengua, mientras estiraba con el dedo índice el párpado inferior del ojo, algo como " ¡\$%&# la tuya!"

Llegaron a la casa hasta las tres de la tarde. Su madre había dejado lista la comida antes de irse, así que solo tuvieron que recalentar. Generalmente celebraban la nochebuena en casa con una rica comida, y al otro día, después de recibir los regalos en la mañana, los niños y sus padres asistían a una fiesta en la tarde en casa del abuelo materno, para celebrar la navidad todos juntos en familia, porque también iban los hermanos de su madre, los primos y los hijos de algunos primos, con uno que otro colado por ahí, usualmente había uno en todas las fiestas.

Mientras comían, su hermano menor les habló de cómo había estado ayudando a su padre mientras no estaban en casa. Grislie no supo en qué exactamente, porque solía ignorar todo lo que decía su hermano, pero debió de ser algo muy bueno porque su madre lo felicitó, asegurándole que Santa Claus le iba a traer muchos regalos por ser un niño tan bien portado.

-Tú en cambio –se volteó a ver a Grislie-como sigas con esa actitud tuya...

-¿Qué hizo, mamá? –preguntó su hermano menor fingiendo inocencia, pero sin poder ocultar el brillo de emoción que tenía en los ojos. Brillo que solo Grislie notó.

-No le digas nada. –Le pidió Grislie a su madre.

-¿Qué hizo ahora? –preguntó su padre mientras masticaba el puré de papas.

-Nada, que lo llevé a casa de mi amiga para que se probara el traje que va usar mañana, y de paso para ir a recoger el cheque que me dio el abuelo, porque pensé que lo había olvidado ahí, pero no estaba, así que lo busqué por todos lados. Yo estaba muy preocupada pensando "ay, cómo le voy a hacer, era mucho dinero" y encima este niño, quejándose y quejándose que estaba cansado y que ya se quería ir. Es que no le puedo pedir que me acompañe a ningún lado, ni por un momentito, porque se aburre. ¡Ningún favor se le puede pedir! Pero eso sí, le gusta que yo lo esté acompañando al parque y al cine.

-¡A mí no me llevas ni al parque ni al cine! –se quejó Grislie.

-¡Porque no obedeces!

-¡Sí obedezco, solo que...!

-¡No le contestes a mamá! ¡Los niños malos como tú solo deberían guardar silencio! –interrumpió su hermano.

-¡Cállate enano, a mí no me dices que hacer!

-Grislie, no le grites a tu hermano, solo trata de poner orden. –Intervino su padre.

-Y hablando de peleas –recordó la mamá- ni siquiera te puedo pedir que te estés quieto un rato mientras hablo por teléfono ¿verdad?

-¿Qué pasó? ¿Hizo un berrinche en el parque? –preguntó preocupado su padre, perdiendo todo interés en el puré de papas.

-Estaba hablando en la caseta que está en la esquina del parque... – empezó la mamá- resulta que dejé el cheque en casa de Darla, cuando fui a... No me acuerdo a que fui. Pero mientras hablaba con ella por teléfono, Grislie se estuvo peleando en el parque con otro niño. Imagínate que vergüenza...

-Para empezar, era él el que me estaba molestando a mí, además sólo discutimos un momento, no es como si me hubiera agarrado a golpes con él o algo así.

-Como lo hiciste con tus compañeros de clase ¿no? –comentó su hermano en voz baja. Todos se habían enterado de la pelea que hubo entre Grislie y otros cuatro compañeros suyos, lo sabían tanto alumnos, como profesores y padres de familia. Ese día el director mandó a llamar a los papás de todos los que estuvieron en la pelea y su madre le dio un buen regaño.

-¡Fueron ellos los que estaban molestando! –replicó Grislie furioso.

-Deja de mentir. A veces no entiendo cómo puedes ser tan mentiroso. –Se quejó el idiota de su hermano.

-¡No miento! De hecho, tú mejor que nadie sabías por qué me golpeaban esos gigantones ¿por qué no lo admites ya? ¡En todo caso tú eres el mentiroso!

-¡Bueno, ya, dejen de discutir! –intentó pararlos la madre.

-Pero bien que les dejaste el ojo morado a todos, con todo y que eran el doble de altos que tú, como dices asegurar –insistió el pequeñajo-creo que eso nos dice que tan bestia eres. Incluso estaban llorando.

-Sólo lloraron cuando llegaron los profesores y los soplones como tú. Porque cuando te conviene estás en contra, y cuando no, formas parte. Antes de eso me golpearon como unos animales.

-¿Oh, te dolió mucho Grislie? ¿No que muy gallito? –susurró tan bajito que nadie habría podido escucharlo, ocultó tan bien la malicia de sus ojos que cualquiera lo hubiera tomado por un ángel. A excepción de Grislie.

-¡NO TANTO COMO TE DOLERÁ A TI!

Todo se volvió confusión. Grislie no sabía exactamente qué había pasado. Tenía recuerdos muy borrosos de lo sucedido hacía apenas un instante. Él abalanzándose encima de su hermano, mientras lo golpeaba con toda su fuerza. Sus padres gritando. Un montón de comida que salía volando en todas direcciones. El calor de las lágrimas de rabia que derramó al recordar como esos abusos lo habían estado golpeando. Y más rabia al recordar que eso fue en la escuela y con público, porque a la salida de clases, con un montón de gorilas detrás, siempre estaba su hermano para decir qué pasaría ese día. Cerillos o piedras.

Cuando se dio cuenta ya estaba en el parque. Había corrido alrededor de cinco cuadras y estaba muy cansado. Y ahí, sentado en el mismo columpio, estaba el mismo niño. Era casi imposible pensar en otra persona con el cabello naranja y la ropa tan colorida.

-Hola –saludó en voz muy baja. No entendió por qué aquel chico lo miró así cuando lo saludó. Y es que no sabía que aspecto tenía en ese momento. Estaba sucio de puré de papas y de carne, con el cabello apuntando a todas direcciones, los ojos rojos, la mejilla roja y la nariz con un moretón.

-¿Sigues aquí? –Preguntó Grislie. Kuma tardó un poco en contestar, pero finalmente lo hizo:

-Es uno de los pocos lugares a los que me permiten ir.

-¿Y el sujeto que te acompañaba?

-Mi mayordomo se fue hace una hora y me dejó solo.

-Eso es muy triste. –Susurró Grislie, sintiendo verdadera lástima por él.

-No te preocupes, mañana ya no estará. Lo que si me preocupa es que mis padres no han llegado. Creo que se les olvidó que tienen un hijo. Nunca me toman en cuenta.

-¿No pasas la nochebuena con tu familia?

-No ¿es divertido? –Preguntó Kuma, aunque por como lucía Grislie, dedujo su respuesta.

-Al menos para mí, no. Yo también siento que la mayoría de las veces mis padres no me toman en cuenta. –Se acercó a uno de los columpios y se sentó. No supo cuánto tiempo estuvieron ahí conversando, en el sentido de que no supo si fue o muy poco o mucho. Le contó a Kuma sobre su hermano, le dijo que era un lame suelas que se portaba como un ángel en presencia de adultos, pero que con los niños le salían los cuernos, pues aunque era debilucho como él solo, siempre conseguía a matones para defenderse y molestar. Y que sus padres creían que él era peor de lo que en realidad era porque su hermano siempre lo hacía quedar mal.

-Una vez, me echó la culpa de que había sido yo el que rompió el disco favorito de mi padre. Claro, que ellos le creyeron porque mi hermano “nunca miente”, y que “en boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso”. El mentiroso soy yo en este caso.

Kuma también le habló mucho sobre su familia. Le dijo que sus padres eran personas muy contradictorias, porque le dejaban comprarse lo que quería y hacer lo que quisiera en su casa, pero no lo dejaban salir a casi ningún lado, no le dejaban ir a la escuela y lo dejaban estudiando en casa con profesores particulares. No tenían expectativas en él, como si fuera un muñeco roto imposible de reparar, lo cual lo hacía sentir muy triste porque en el fondo sabía que no era bueno en nada. Era alguien que necesitaba que lo estuvieran cuidando para que no se matase él solo. Sin embargo, luego le salían con que se olvidaban de él. De un modo más bien literal.

-Por ejemplo, una vez, por mucho que le di pistas, no pudo recordar mi nombre ¡realmente no pudo recordar el nombre de su propio hijo! caramba. Y en otra ocasión, me llamó diciéndome “Gerardo” ¿Puedes creerlo? Dicen que me quieren, pero no recuerdan mi nombre. Dicen que soy especial y por eso no voy a la escuela y me pagan mil clases con distintos profesores, pero no creen que llegue a ser alguien importante. Dicen que no puedo salir porque es peligroso, pero aquí estoy porque olvidaron que estaba aquí. Es decir, si van preocuparse por mí, que se preocupen, y si no, pues no. Y si no tienen esperanzas en mí, ¿para qué esforzarse tanto en lecciones de piano, de historia, literatura, o qué sé yo, si al fin y al cabo nunca aprendo nada? Solo deberían tener otro hijo que cumpla con todas sus expectativas y dejarme a mí en paz, porque yo nunca podre ser lo suficientemente bueno. Mi vida sería más cómoda si no fueran tan

indecisos. –Suspiró. Cuando desahogaron todas sus penas, empezaron a hablar de cosas alegres.

-Por suerte, cuando sea grande ya no tendré que vivir con mis papás. Tendré una casa muy grande, y viviré tranquilo y feliz aunque no sea bueno en nada. Saldré al parque, al cine, a la tienda, caminaré todos los días. –Empezó Kuma, emocionado.

-Yo también tendré una casa –continúo Grislie- Viviré lejos de mi hermano, en un lugar donde nadie podrá juzgarme. Podré hacer lo que se me pegue la gana sin que me digan que es incorrecto.

-Me divertiré mucho.

-Yo también lo haré.

-Y tendré un gran jardín.

-Eso sería bueno.

-¡Y se hará lo que yo diga!

-¡Sí! Y si tengo hijos, siempre los trataré igual, los escucharé como se debe y los respetaré.

-¿Hijos? ¡Qué horror! ¿No me digas que piensas en casarte?

-Nunca se sabe, además, aunque sea mi casa y yo sea el que manda ahí y todo, creo que al final me sentiría solo. Sería bueno compartirla. ¡En especial con alguien que no me juzgue, que odie a mi hermano y me escuche cuando lo necesite! –gritó Grislie hecho una furia, mientras se acordaba de sus padres.

-¿Quieres un psicólogo? Te doy el mío, ya me trae hasta la coronilla. Dice que estoy perturbado o algo así. –Entonces se acabó la diversión, porque en ese momento llegaron los padres de Grislie, que habían estado buscándolo junto con su hermano. Kuma tuvo que presenciar cómo la madre de Grislie le daba dos bofetadas por haber huído, y no le siguió pegando porque estaban en público, y ella odiaba pasar vergüenza, aún si el “público” se trataba de un niño ignorante y raro como Kuma, cuyo desprecio no valía tanta vergüenza. A menos, claro, que le contara a sus padres, o hubieran sido ellos los que estuvieran en el lugar de Kuma.

El padre de Grislie le contó a su hijo que lo llevaban buscando desde hacía rato, pero que no sabían por dónde se había ido. Grislie recordó que en el momento de su huida, en vez de irse directo al parque, dio varias vueltas, en parte

para despistar a sus progenitores y en parte porque la furia no le dejaba concentrarse en el camino correcto. Encima, según lo que le decía su padre, habían estado siguiendo a su hermano porque él "había visto en qué dirección había ido". No dudaba que los hubiera llevado por otro lado.

-Bueno, vámonos de una vez. –Fue todo lo que dijo su madre. Ella estaba furiosa más que nadie. Dudaba el recibir regalos ese año.

-Adiós, Kuma. –Se despidió él mientras era arrastrado por sus padres.

-¡Grislie, regresa al parque, voy a estar aquí! –todos se quedaron mudos de la sorpresa. Fue entonces cuando su hermano tomó la palabra:

-Por cierto ¿Tú de que conoces a Grislie? No creo que seas un compañero suyo.

-Nos conocimos hoy. Hablamos de cosas interesantes. Sobre lamesuelas y otras cosas.

-Lo siento, pero no podrás ver a Grislie, estará castigado. –Lo cortó la madre de Grislie.

-No importa, no tengo un mejor lugar a dónde ir.

-Fantastico, se ha hecho amigo de un vago que se pasa los días en el parque. No me extraña. –Se quejó el hermano. Su madre lo regañó, aunque no de forma severa, además, lo que decía podía ser verdad. No quería que Grislie tuviera malas influencias que sólo lo hicieran empeorar.

-No soy un vago. –Fue todo lo que dijo Kuma, mordiéndose la lengua para no decir que le gustaría ser uno. Después de todo, lo que le gustaba era estar fuera de casa.-Y sólo vengo al parque de vez en cuando.

-Lo siento mucho, pero Grislie no volverá a salir el resto de las vacaciones – fue todo lo que dijo la madre y se fue de ahí con pasos rápidos y severos, tomando a Grislie de la mano, con su esposo y su otro hijo detrás de ella.

Al otro día, asistieron a la fiesta del abuelo. Todos vestían elegantemente, porque aún cuando juntando los sueldos de todos no les alcanzaba para comprarse un buen auto, les gustaba hacer como que podían. No era que fueran pobres, simplemente no tenían tanto como les gustaría tener. Para esas ocasiones, Grislie tenía un traje negro de botones dorados, pero como había estado creciendo mucho dejó de quedarle y su mamá le mandó a hacer otro, que era el que llevaba esa tarde.

Grislie hubiera preferido quedarse en casa castigado. No era que no le tuviera aprecio a su familia ni nada, pero no le gustaban las fiestas. Le daban asco la frituras, los refrescos y la comida grasienta, cosa rara en un niño de siete años. Su abuelo era un hombre muy correcto, también era divertido, pero no era alguien con quien se sintiera cómodo hablando. Sus tías siempre lo molestaban con lo lindo que era, con lo mucho que crecía, que si tenía novia, mientras que sus tíos le preguntaban si le gustaba el fútbol, que si no quería ganarse veinte pesos fáciles, que si tenía novia. Luego estaban los primos. Los grandes estaban con sus locuras de chicos grandes (la novia/o, el chisme, la cerveza, los cigarrillos, los chistes groseros, etc.), y los chicos con sus locuras de chicos (jugando en el patio a la pelota, a las atrapadas, con los juguetes que habían llevado, etc.), locuras que a Grislie no le interesaban. Incluso si le interesaran, sus primos mayores odiaban tener a los niños cerca porque tenían que estarlos cuidando, mientras que sus primos menores lo consideraban aburrido y nunca lo invitaban a jugar. Así que, sin nada que comer, y sin nada que hacer, Grislie se aburría mucho.

Nunca celebraban navidad con la familia de su padre, porque no tenía. Lo único que tenía era a su padre, el abuelo de Grislie, al cual iba a ver él solo porque no estaba muy bien de la cabeza. Grislie era el único que lo acompañaba, porque su madre no era paciente con el hombre, y se negaba a llevar a Kuma desde que el anciano lo había golpeado con su bastón mientras gritaba "¡un hobbit!". Si bien Grislie era aún menos paciente que su madre, siempre iba a visitar a su abuelo con su padre. Puede que no estuviera muy cuerdo, pero algo le decía que se alegraba cuando ellos llegaban, y que cuando se iban se ponía muy triste, lo cual significaba que loco o no, seguían siendo una familia, y la palabra familia era muy importante para Grislie, aún si no se llevaba muy bien con ella y odiara las fiestas. Por eso, aunque Grislie se mudara a su propia casa cuando creciera, nunca se olvidaría de visitar a su madre, a su padre, a su abuelo si seguía vivo, y con toda la pena del mundo, también vería a su hermano. E iría igualmente a aquella ridícula fiesta.

Pasaron cinco días y finalmente su madre le levantó el castigo, aunque dijo que duraría una semana entera. Así era ella. Siempre le ponía castigos, pero se le arrugaba el corazón de ver a su niño triste y se lo quitaba enseguida. Aquel había durado más que los otros, pues estaba realmente muy enojada, pero una vez más se arrepintió y lo dejó pasar. El castigo consistió en aún más tareas de las que ya tenía y en no dejarlo salir a la calle. En cuanto su madre le dijo que el castigo había quedado anulado, Grislie le agradeció, le dio un beso en la mejilla y se apresuró a salir en dirección al parque. Algo en su cabeza le decía que él no estaría ahí, que seguramente sus padres no le habrían dejado salir ese día, que

no era necesario angustiarse tanto; pero había otra voz, una que le decía que debía llegar al parque.

Y ahí estaba.

El mismo chico, en el mismo columpio.

Eran alrededor de las diez de la mañana, 31 de diciembre, año viejo. Ese día, a esa hora, la amistad de Kuma y de Grislie empezó.

## Capitulo 2: Oso x Oso x Oso.

-¡Te he dicho que no lo cortes! ¡Suelta el hacha! –Gritó Grislie furioso.

-Es para el árbol de navidad. Nada mejor que un árbol de verdad. –Le contestó Kuma, sosteniendo con ambos brazos la afilada hacha.

-Para empezar, este es un árbol normal, no un pino. Para seguir, es estar en contra del planeta esto de cortar árboles, solo piensa en que producen oxígeno, además de que es el hogar del mapache... ¡Cretino, por eso lo quieres cortar! – Gritó Grislie, quien apenas se había dado cuenta de la verdadera situación. Cuando tenían ocho años, Kuma intentó agarrar un mapache creyendo que era un gato, y éste lo atacó de tal modo que le quedó el trauma y ahora les tenía miedo a dichos animales.

-Grislie, tienes que comprenderme, el solo pensar que esa con se me acerque con sus... Pequeñas... Manitas... ¡Qué demonios, este árbol es historia!

-Te he dicho que no –se negó Grislie arrancándole el hacha de las manos, Kuma estuvo a punto de replicar algo cuando escucharon gruñidos. Ambos voltearon y observaron con horror al gran animal que se les acercaba con paso lento y perezoso. Se trataba de un oso.

En donde vivían, los osos bajaban de las montañas días antes del invierno y hurgaban en los botes de basura y demás lugares, en busca de alimento. A la gente no le molestaba, porque eran animales inofensivos que no atacaban a las personas, y como eran animales protegidos, estaba prohibido atacarlos, pero el gobierno les reponía todo lo que se llevaban o destruían. Sin embargo, si se les provocaba podían ser animales muy peligrosos, por eso en esas fechas la gente permanecía encerrada. Tanto Kuma como Grislie habían olvidado ese pequeño detalle.

En su cabeza aquel oso los miraba con apetito, cuando en realidad los estaba ignorando. Los osos de por ahí ya eran pacíficos, pero ese oso era especialmente flojo, estúpido y tranquilo, así que cuando corrieron asustados y gritando, no reaccionó como lo hubieran hecho sus compañeros y se puso a rascar la pared como un gato. Kuma y Grislie estaban muy asustados porque nunca habían visto a un oso, ellos cerraban todo y dejaban bien puestas las cortinas como el resto de la gente, así que sólo escuchaban los ruidos en el patio, pero nunca se asomaban a ver.

Kuma fue el primero en llegar a la casa, estaba tan asustado que cerró la puerta y Grislie se quedó afuera. Le estuvo tocando y gritando, pero Kuma tenía tanto miedo que no se atrevió a abrir la puerta. Tuvieron gran suerte de que les hubiera tocado un oso tan estúpido, que luego estaba lamiendo sus patas y rascándose la barriga con su cara de oso subnormal.

-¡Kuma, abre la puerta, maldita sea! –gritó Grislie con su último aliento. Finalmente se cansó y se acostó en el piso, con la esperanza de que el oso creyera que estaba muerto. El oso lo miró, y con un paso lentísimo se acercó. Grislie podía sentir su aliento en la cara. Estaba apestoso y muy caliente. Entonces ocurrió algo terrible, el oso, tuvo la fantástica idea de dormir encima de él, y se echó encima. Grislie casi se ahogó con todo ese peso sobre el cuerpo.

-¿Grislie ya se fue el...? ¡Aaaaaaaaah! –gritó Kuma asustado al ver al oso echado en la entrada de la puerta, y rápidamente la cerró. "¡Te voy a matar!" pensó Grislie furioso y adolorido. Poco a poco, cerró los ojos y creyó estar muriendo.

Cuando se despertó, estaba en el piso de la sala. No dudaba que finalmente el oso se había ido y Kuma lo había arrastrado jalando de sus pies.

-¡De verdad odio a los animales! –gritaba Kuma, quien completamente histérico estaba cerrando todas las puertas y ventanas, como debieron de haber hecho unos días antes.

-Sí, no queremos que ese oso entre a la casa ¿ya cerraste todo?

-¿Qué oso ni que...? Ah, digo, sí, el oso, estaba cerrando por el oso...

-¡No puedo creer que le temas más a un mapache que a un oso!

-¿Qué? Los osos no tienen esas... Pequeñas... Y mañosas... Manitas – susurró Kuma horrorizado mientras retorció los dedos de las manos como si fuera un maníaco o algo así, al tiempo en que tenía un tic en el ojo izquierdo.

-Bueno, ya no me interesa –se quejó Grislie. No valía la pena intentar remediar los traumas de Kuma.

-Pero bueno, ahora estaremos a salvo del mapa... De los osos, ya cerré todo. –Dijo Kuma, cerrando la última cortina. No estaban preocupados, porque hacía tiempo que se habían encargado de las provisiones para aquella temporada de osos, lo único que habían olvidado eran las indicaciones de no salir y de cerrar todo.

Había sido muy complicado escoger la comida, porque Kuma insistía en comprar comida chatarra, pues no podría salir para pedir hamburguesas o tacos, lo cual no le parecía a Grislie. En aquella casa, Grislie era el que cocinaba, Kuma solo sabía encender cerillos y hacer cosas sencillas como café. Por eso siempre discutían. Grislie le preparaba comida saludable, y Kuma trataba de convencerlo de pedir por teléfono o salir a un restaurante a comer lo que a él le gustaba. Grislie a veces le daba el gusto, a veces no.

Recordó ese día que estaban decidiendo que iban a comprar para las provisiones de la “temporada del oso”, para no tener que pelear en la tienda y que los corrieran los encargados.

-¡Quiero comida de verdad! ¿Es que quieres matarme de hambre o qué? Ni que fuera conejo para comer lechuga por una semana ¡es mi puta casa y se hace lo que yo diga! –gritó Kuma mientras azotaba el puño contra la mesa.

-¡También es mi put...! ¿Qué digo? Ésta también es mi casa, en todo caso también se hace lo que yo diga.

-¡Pero yo la pagué! Es mía completamente, yo pagué ese baño, las habitaciones, la terraza, la biblioteca, tu oficina, los pasadizos secretos, ¡todo!

-Sí, lo pagaste. Con el dinero que encontraste tirado en la calle. Puede que tengas mucho dinero ¡pero no te esfuerzas para conseguirlo! ¡Ambos sabemos que en realidad no sabes hacer nada, solo tienes suerte! ¡Eso es, solo eres un inútil suertudo! –Dijo esta última parte especialmente fuerte-Yo pagué muchas de las cosas que tenemos aquí, yo pago la ropa de los dos, tus zapatos, tus extraños objetos que prefiero no saber que son, y otras cosas más, entre ellas la comida que comemos, así que yo debería decidir en qué se va a gastar mi dinero. –Creyó que Kuma le iba a reclamar, pero en vez de eso, se deprimió bastante y susurró.

-Soy solo un suertudo... -comenzó con un tono triste- pero en realidad...no sirvo... ¡para nada! ¡buaaaaa! –Chilló. Se recargó en la mesa, produciendo unos gemidos horribles.

Cuando se mudaron a aquella casa, Kuma se fue de la suya peleado con sus padres. Sus padres no le volvieron a dar dinero. Él lo había dicho antes de irse, viviría su propia vida como él quisiera, en una casa bajo sus reglas, y si sus padres le daban un mísero centavo, volvería a estar bajo las reglas de ellos, algo que no deseaba. Estaba orgulloso de lo que había hecho, pues había cumplido su sueño de vivir libremente. Sin embargo, a pesar de que sus padres no le daban nada, Kuma seguía siendo rico, gracias a la increíble suerte que tenía con el dinero. Era de esas personas que encontraban dinero en la calle, que se ganaban la lotería y que cada vez que hacían algo bueno, eran muy bien recompensados de forma monetaria. Claro que nada de eso se lo ganaba con mucho esfuerzo, y aunque Kuma decía que no le importaba, en realidad le ponía triste no ser bueno en nada, al contrario de Grislie que era muy talentoso en muchas cosas. Por eso precisamente, pocas veces gastaba lo que tenía.

Grislie lo observó por un instante ahí tendido en la mesa, sintiéndose mal por lo que había dicho, ya que él sabía mejor que nadie lo mucho que le afectaba a Kuma no tener ningún talento. Suspiró y dijo:

-¡Está bien, te compraré chatarra! –Y así fue como Kuma tuvo suficientes frituras para el encierro.

En cuanto pasó la temporada de osos, Kuma salió y se puso a correr como un loco. Detestaba estar encerrado en su casa desde que se había acostumbrado a salir todos los días. Mientras Grislie trabajaba, Kuma salía a caminar. Daba muchas vueltas alrededor del parque, de la colonia, de la plaza, siempre tomando rutas distintas en cada paseo. Cuando caminaba se sentía muy libre y relajado, y se concentraba como normalmente no lo hacía. Observaba con mucha atención lo que había a su alrededor, veía el cielo, que como acuarelas cambiaba de color y tonalidad con mucha facilidad, veía a las personas, cada una ocupada en sus propios asuntos, veía el camino, que para él era una obra de arte impresionante. Si bien se puede pensar que el camino nunca cambia, en realidad si lo hace. A cada paso que das, se puede volver más bello o más vulgar, y ni siquiera son solo los pasos, a cada día que pasa, a cada estación, a cada año, el paisaje cambia. Y siempre está lleno de cosas. Hay casas pintorescas, otras curiosas, algunas normales, otras muy feas, con caminos irregulares, derechos, con curvas; toda una gama de colores se combinaba en aquellos caminos que disfrutaba recorrer. Rosa, verde, morado, café, gris, rojo, rojo brillante, oscuro, turquesa, en fin ¡un montón! Simplemente increíble. Y más increíble pensar que se había perdido de tantas cosas, encerrado en su hogar. Arbustos, flores, agua, basura, ladrillo, adobe, árboles, carretera, tejas, etc. Los sentidos se le activaban como él decía "de una forma muy artística" la vista, el oído, el olfato, lo que hacía más placentero su viaje. Grislie decía que estaba loco, aunque en el fondo lo entendía.

Kuma se olvidó del árbol del patio, y en su lugar pusieron un pino artificial. A Kuma le encantaba la idea de decorar la casa, pero Grislie hacía todo lo posible por alejarlo de la decoración. Incluso tuvo que empezar a comprar esferas de plástico, porque aunque ya tenía 24 años, Kuma seguía rompiendo las esferas de cristal como un niño pequeño. No era que fuera torpe, con las manos de mantequilla y los dos pies izquierdos, simplemente era demasiado distraído, y por andar con sus tonterías cometía errores. Aun así, Grislie lo dejaba hacer un par de cosas, como mover las tablas y los ladrillos para el nacimiento o cosas así, y él se encargaba de cosas más delicadas.

Finalmente, llegó el 24 de diciembre. Grislie salía porque iba a comer con su familia, y regresaba hasta las seis de la tarde. Como había dicho cuando era niño, iba a ver a su familia el 24 y el 25, aunque fuera solo una hora o dos, él iba. El 24 comía con su madre, su padre, su hermano y el abuelo. Desde que su hermano había cumplido los nueve años, habían celebrado la navidad con el abuelo, porque ya no era tan bajo como para que el viejo lo golpeará con su bastón confundiéndolo con un hobbit.

-Nos vemos –se despidió Grislie.

-Ah sí, adiós –le contestó Kuma desinteresado. Grislie se sentía contento de que a Kuma no le afectara que él saliera, así se podía ir tranquilo. Lo que él no sabía, era que sí le afectaba.

En cuanto Grislie salió, Kuma se recostó aburrido en el sillón. No sabía qué demonios haría hasta que él llegara. Siempre era lo mismo. No le afectaba cuando salía a trabajar, porque estaba acostumbrado a que toda la semana fuera a trabajar. Sin embargo, en cuanto llegaban las vacaciones, se acostumbraba a que estuviera ahí, y por supuesto, sentía el que se fuera, cuando ya lo había tenido ahí toda la semana, y tal vez lo sentía un poco más porque aparte, era navidad. Al contrario de la época de trabajo, la navidad daba un no sé qué de estar con los amigos, la familia o la pareja, y el salir a la calle y darse cuenta de que estaba solo en navidad lo dejaba descompuesto. Lo hacía pensar "¡demonios, solo en navidad, soy un maldito forever alone!" Y mientras que Grislie tenía personas que visitar, él no tenía el valor para ver a sus padres. De hecho, varias veces Grislie lo invitó a acompañarlo, pero ambos sabían que no era posible.

Finalmente se cansó de estar en el sillón, e intentó ver televisión, pero no pasaban más que películas sobre la navidad, de familias juntas o familias que luchaban para estar juntas o cosas así. Después de eso, intentó cumplir su sueño de atrapar al mapache, pero solo acabó siendo perseguido y lastimado. Se decidió por salir a caminar. Mientras lo hacía, encontró un gato en una caja. Kuma se le

acercó muy cariñoso, y tendiéndole las manos le preguntó " ¿Tú también estás solo en navidad?" Desafortunadamente, aquel gato debió ser amigo del mapache porque también lo rasguñó. Cansado, se puso a gritar en voz alta en medio de la calle, mientras todos lo miraban como un bicho raro:

-¡Con un demonio! ¿Tan inútil soy que no puedo pensar en algo entretenido que hacer en navidad? ¡Dejaré de ser un sucio vago y me pondré a trabajar! ¡He dicho, hoy mismo me consigo un empleo y una vida!

-Mamá, ¿qué le pasa a ese tipo? –preguntó con curiosidad una niña que iba de la mano de su madre.

-Seguro está frustrado porque está solo en navidad.

-¡Oh, guarden silencio! –les gruñó Kuma muy herido en el alma, porque sabía que era verdad.

Un hombre entró al bar cabizbajo y con las manos en los bolsillos de su arrugado abrigo, el cual se sentó en un banco que quedaba enfrente de la barra. Las luces naranjas del lugar le daban un toque acogedor, y las mesas y la barra de madera pulida lo hacían lucir elegante. Las botellas de vidrio centelleaban como piedras preciosas, mientras líquidos de todos los sabores eran servidos en copas y vasos de cristal. Un hombre sumamente apuesto, vestido con una camisa blanca de manga larga y un chaleco negro, atendía la barra mientras limpiaba con un pañuelo un vaso de cristal. Sus ojos observaron a la deprimente figura frente a él, y con su voz suave le preguntó:

-¿Te pasa algo? –No es normal en una persona contarle sus problemas a un completo extraño, pero a veces se está tan triste que es necesario.

-Soy un completo inútil que está solo en navidad.

-¿Estás seguro de que estás solo?

-Claro que sí.

-¿Y tú familia? –Preguntó el barman. Se formó un nudo en la garganta del joven que ahora estaba sentado en el banco, aquella tarde de diciembre.

-No he hablado con ella en mucho tiempo. Tengo miedo, ¿qué les diré a mis padres? ¿Y a mis hermanos? No puedo llegar y decir "lo siento, me desaparecí por seis años, pero ahora estoy aquí porque los extraño" no creo que les haga gracia. –El hombre de la barra bajó el vaso de cristal que hasta entonces había estado limpiando, y le dijo:

-Yo creo que ellos también debieron de extrañarte. Deberías regresar con tu familia. Estoy seguro de que te entenderán. –El muchacho miró al barman sorprendido, y con una sonrisa le contestó "gracias". Se levantó de su asiento y salió del lugar.

-¡Me largo de aquí! –gruñó Kuma aventando el vaso de cristal al piso. Se quitó el chaleco negro, dejó encima de la barra lo que calculó que podía haber costado el vaso y se marchó.

Grislie tocó el timbre de la casa de sus padres. Quien le abrió fue su hermano menor.

-¡Oh, Grislie, hermano, cuanto tiempo! Pensé que no ibas a llegar, hace rato que estamos todos sentados en la mesa, pero pasa, sabes que siempre eres bienvenido. –Lo recibió su hermano con una sonrisa.

-¿Nunca te aburres? –le preguntó hastiado a su hermano menor. Si bien "nunca te aburres" era una oración muy ambigua, su hermano la entendió. Se rió y luego contestó duramente:

-Jamás, imbécil.

-Zorra. –Susurró Grislie.

-Fracasado. –Contestó él a su vez.

-Lame \$%&#" –dijo Grislie, quien al crecer, había cambiado un poco la expresión con la que describía a su hermano.

-¡Oh, Grislie mi amor, cuánto tiempo! –Una señora de cuarenta y ocho años se acercó a la entrada y lo abrazó cariñosamente, mientras le llenaba la cara de besos. Era su madre. Detrás de ella venía su padre, quien lo abrazó y le dio un par de palmadas en la espalda. Grislie los saludó a ambos amablemente. Entonces llegó el abuelo, quien al verlo le dijo con su voz áspera:

-Grislie, ya estás vieja, ya cástate. ¡Odio a las sucias casquivanas como tú! ¡No sé qué esperas! ¡Necesitas un buen oso que te proteja en tu cueva! –mientras decía esto lo empezó a golpear con su puño, pero él ya no podría golpear fuerte otra vez. A menos que llevara el bastón, claro.

-Yo también te quiero abuelo –le contestó Grislie dándole un abrazo. Su abuelo se puso a lanzar chillidos y a temblar. Era por eso que nadie le daba nunca abrazos o besos, pero su padre siempre le había dicho que en realidad, cuando se ponía a gritar así era porque estaba feliz.

-Déjalo en paz Grislie ¿no vez que no le gusta? –Se quejó su hermano, a quien no le agradaba mucho ese viejo que solía golpearlo cuando niño.

-¿Tú qué sabes? –se quejó Grislie separándose del anciano.

-¡Enfermera, lléveme a la sala! –gritó el viejo.

-Enseguida –contestó el padre de Grislie mientras tomaba el brazo del anciano y lo llevaba a la sala. Su abuelo nunca pudo volver a recordar que aquel hombre que le ponía tanta atención era su propio hijo, y constantemente se equivocaba en el sexo de las personas, a veces diciéndoles “él” y a veces “ella”. De modo, que mientras su padre era “la/el enfermero/a”, Grislie era “el/la oso/a”.

Grislie recordó cuando su padre le presentó a su abuelo, y como éste le preguntó que por qué no tenía pelo, siendo un oso, y también recordó que constantemente le preguntaba si se le antojaba un pescado o si hacía mucho frío en la cueva donde vivía.

-Ya te he dicho que siempre cargues el bastón. –le recomendó suavemente su padre al abuelo.

-Quiero leche. –Fue todo lo que contestó el anciano.

### Capitulo 3. ¡Qué Oso!

Mientras comían, su hermano no paraba de hablarles de su carrera como médico, de su fantástico Ferrari, de su despampanante novia y de su enorme casa, que podían visitar cuando quisieran. Grislie no se tomó la molestia de competir con él sobre quien tenía la mejor vida y lo dejó hablar. Él era feliz con su trabajo como administrador de empresas, con su coche negro, su enorme casa y sin novia. Sin embargo, su hermano insistía en molestar.

-Ahora que lo pienso Grislie, nunca nos has dejado visitar tu casa. ¿Qué pasa, te da vergüenza? –preguntó su hermano, jugueteón.

-¡Sucio casquivano, los osos no tienen casa! Ahora lávame los pies. – Replicó el abuelo, quien estuvo a punto de quitarse los zapatos de no ser porque lo detuvieron a tiempo.

-Y ese compañero con el que vives, nunca lo has presentado –insistió su hermano. Por la mirada de sus padres, Grislie supo que pensaban lo mismo. Era lógico que les preocupara. Grislie solo les decía a grandes rasgos sobre su casa y sobre la persona con la que vivía. Sabía que en el algún momento les tenía que decir, pero tenía miedo.

De repente tocaron el timbre. Su madre se preguntó quién sería y se levantó.

Entonces sucedió. Una voz se escuchó desde el otro lado de la puerta. Era ese momento que Grislie siempre supo que sucedería, pero que nunca estuvo listo para recibir. A cada palabra que articulaba aquella voz, pudo sentir como las gotas de sudor le resbalaban de la frente, mientras un escalofrío terrible y penetrante le recorría toda la espalda. Jamás creyó que aquella voz que había escuchado tantas veces lo asustaría de esa forma, como si fuera un enorme tiburón a punto de despellejarle la piel. Puede que incluso tuvo deseos de apagarla aplastando la garganta con su mano, como lo haría el agua al fuego. Y sin embargo, jamás podría hacer eso.

Del otro lado de la puerta, lo que se escuchó fue una pregunta seguida por una frase:

-¿Es ésta la casa de Grislie? Les traje un regalo...Creo que es comida...

La madre de Grislie abrió la puerta, y se encontró en la entrada a un muchacho sumamente apuesto, aunque algo raro. Tenía el cabello naranja, usaba un enorme suéter café con unas letras amarillas que decían "soy buena onda, odio el reggaeton y casi no pego", una camisa de franela a cuadros, pantalones de mezclilla arrugados (no era que no estuvieran planchados, la tela ya era así) calcetines verdes, tenis negros con calaveras estampadas, guantes con agujeros, una chaqueta de mezclilla con agujeros en los puños y en el pecho varias manchas rojas, y un gorro con la forma de un oso que sostenía un micrófono. Sostenía una cacerola que no se molestó en tapar.

-Buenas tardes señora, ¿es la madre Grislie? –Preguntó Kuma.

-Sí, ¿quién eres tú?

-Ah, soy el que vive con su hijo. Yo pagué la casa.

-¿Qué haces aquí? –Preguntó Grislie preocupado y agitado. No era que hubiera mucha distancia entre el comedor y la puerta, simplemente se había estado hiperventilando por el estrés.

-Estaba solo –admitió deprimido-así que decidí venir. Por suerte, supe ubicarme y finalmente encontré tu casa. Nada mal ¿eh?

-¿Así que esta es la persona con la que has estado viviendo? –preguntó burlonamente su hermano-Genial, tu compañero es un vago. –Tanto Grislie como Kuma lo miraron furiosos.

-Pero bueno, ¿te gustaría pasar? Nos encantaría conocer al amigo de Grislie. Siempre ha sido muy solitario ¿sabes? –Le dijo amablemente la señora. Kuma se quedó extrañado ¿es que acaso no lo recordaban?

-No creo que sea conveniente –interrumpió Grislie.

-No, en realidad no me molesta. Me encantaría pasar y conversar con ustedes. Ten. –Kuma le dio la cazuela con espaguetis que Grislie había cocinado al hermano y entró a la casa. Grislie solo deseaba que no empezara con sus idioteces. Era por eso que nunca le quiso decir a sus padres sobre Kuma, ni presentárselos. Ellos ni siquiera sabían que el chico que estaba en el parque diecisiete años atrás, había sido el mejor y único amigo de Grislie por muchos años.

Sentados en la mesa, no paraban de hacerle preguntas a Kuma. La primera fue la mamá de Grislie.

-¿Podrías decirme cuál es tu nombre completo?

-Kuma, que en japonés significa “oso” o al menos eso es lo que dice Grislie. Preferiría no decir mi apellido. -Fue todo lo que contestó Kuma, quien estaba algo incómodo con el asunto. El papá supuso que no lo quería decir porque le daba vergüenza su apellido. La mamá supuso que no lo quería decir porque le daba vergüenza decir que no tenía padres. El hermano supuso que no lo quería decir porque le daban vergüenza sus padres. Y el abuelo supuso que no lo quería decir porque no quería que con su apellido ubicaran la cueva donde vivían sus familiares y los mataran a todos.

-¡Vaya, así que era verdad! –Comentó la mamá muy divertida.-Pensé que Grislie me estaba mintiendo.

-¿Qué carrera estudiaste? ¿O sigues estudiando? –Preguntó esta vez el hermano.

-Yo no estudié ninguna carrera. –dijo algo avergonzado mientras se servía un buen vaso de agua, de repente le había dado mucha sed. Se lo tragó todo en un instante.

-¿De que trabajas? –preguntó el padre de Grislie, mientras éste rogaba a Dios que se lo tragase la tierra y se lo llevara lejos de ahí.

-No trabajo. –Todos lo miraron sorprendidos.-Bueno, trabajé de cantinero en un bar. Como por quince minutos.

-De cantinero –repitió lentamente el hermano de Grislie para asegurarse de que había escuchado bien.

-Sí.

-Quince minutos.

-Más o menos.

-¿Y, si no es molestia, como pagas tu comida y tus cosas? –preguntó el hermano.

Grislie estaba asustado. Tenía la ligera esperanza de que a Kuma se le prendiera el foco y no dijera lo que parecía que iba a decir. Desafortunadamente, dijo exactamente lo que no quería que dijera, con las palabras que no quería que utilizara.

-Grislie me mantiene.

-¡Con un demonio, tenías que decirlo así! ¡Maldito! ¡No me vuelvas a pedir comida chatarra porque no te la voy a dar!

-Que desgracia, Grislie mantiene a un vago en su casa –se burló su hermano.

-¿Cómo está eso de que mantienes a este vago? Explícate –exclamó la mamá, ocultando su lado amable. Kuma nunca pensó que ella también lo considerara un vago.

-Está confundido, sus padres le mandan dinero.

-¡No es cierto, hace años que no les pido ni un centavo!

-¿Por qué lo haces? ¿Te vende droga a cambio o qué? –preguntó su padre preocupado.

-Bueno ya, que solo le pago la comida, la ropa y otras cosas. No es para tanto ¿qué tiene de malo?

-Tiene mucho de malo. Está bien que sean amigos, pero es incorrecto. Eso ya es un abuso. Si fueras un amigo de verdad, lo ayudarías a buscar trabajo en vez de que esté de flojo toda su vida. No es un trato equitativo. –Empezó su madre convencida.

-Grislie, siempre has sido un chico muy solitario. Por eso aceptas como amigo a cualquier canalla que conozcas, pero debes preocuparte por conseguir buenas amistades. –Continuó su padre.

-Yo no creo que sea un trato injusto. Ni tampoco una amistad falsa. Para empezar... –señaló a Kuma quien se sentía acorralado-Él pagó la casa en la que ahora vivimos. No pagó algo barato. Él no es muy listo, y detesta trabajar, pero a pesar de eso limpia la casa, lava los trastes y envía la ropa a la lavandería. No se volvió mi amigo porque prácticamente le mantengo, era mi amigo antes de eso, y fue un trato en el que los dos estuvimos de acuerdo. Aunque es tonto, siempre me escucha cuando estoy muy enojado y deprimido. A cada rato peleamos, pero supongo que soy masoquista porque me divierto. ¡Y ultimadamente, es mi dinero y yo sé en qué lo gasto! –Esperó algún reclamo por parte de sus padres, pero se mantuvieron en silencio. Grislie había omitido la parte de que tenía mucho dinero, y que por eso no le preocupaba gastar él. Después de un rato, empezaron a reírse.

-Bueno, no estoy muy de acuerdo, pero si esa es tu decisión, no podemos hacer nada –fue lo que dijo su madre cuando terminó de reírse-pero tú.

-¿Yo? –preguntó Kuma señalándose a sí mismo.

-Mi hijo puede ser muy duro, pero en el fondo es ingenuo y estúpido. Pon de tu parte y no te aproveches de su buena voluntad. Y no quiero que llegues con él para que mantenga a tus hijos. Que quede bien claro.

-Eres tan insensible. Mira que aprovecharte así de Grislie porque él cree que son amigos –suspiró el hermano de Grislie.

-Un hombre de honor no debería ser mantenido. Me parece de lo más sucio. Espero que cambies –agregó el padre.

-Yo tengo una escopeta –dijo el alegre viejecillo mientras comía algo de carne-y los osos son buenos tapetes ¡bang!

Kuma tembló un poco, sin saber que decir. Grislie se quedó desconcertado, pero de alguna forma aquello había salido mejor de lo que esperaba.

Más tarde Grislie tuvo oportunidad de preguntarle a Kuma por qué había llegado a su casa sin pleno aviso. Él no tuvo más remedio que contestar que en realidad se sentía muy solo y aburrido en la casa, en nochebuena. Entonces fue él quien le preguntó a Grislie por qué demonios nunca lo mencionó, y él no tuvo más remedio que contestar que le daba miedo que sus padres se dieran cuenta de que

vivía con un vago y lo corrieran a patadas de la casa. Finalmente quedaron a mano.

-Demonios, me siento culpable. Enserio no hago nada. ¿Qué voy a hacer si nunca encuentro un trabajo que me guste?

-No te preocupes. Tenemos veinticuatro años, todavía tienes mucho tiempo para pensar en algo que realmente disfrutes hacer. Además, ya has avanzado bastante con tu profesión de ama de casa. Y después de todo tienes mucho dinero para vivir tranquilo y feliz el resto de tu vida, no sé porque les haces caso. Vivir flojeando no es malo si vives de tu dinero.

-Pero tú mismo lo dijiste, solo soy un suertudo, realmente no hay mérito en mi dinero.

-Claro que tiene mérito. Estaba muy enojado entonces, pero reconozco que aunque en mayor parte sea suerte, tu dinero también tiene algo de mérito propio. O eso pienso yo.

-Gracias. Lo malo es que ahora todos se quedaron con mi imagen de vago.

-Ahí no podemos hacer nada, después de todo si eres bien vago.

Al otro día, asistieron a la fiesta del abuelo por parte materna de Grislie. Kuma tuvo que conseguirse un traje para dicho evento, así que tomó de su dinero de chico suertudo y se lo compró. La madre de Grislie lo dejó cambiarse en uno de los cuartos. Como estaban atrasados, Grislie fue a buscarlo.

-Kuma, apúrate que vamos tar...¡demonios, no quería ver esto antes de tiempo! –se quejó Grislie tapándose los ojos.

-¿Qué? Ya me habías visto con ropa parecida

-Lo sé, pero aun no logro superarlo –suspiró Grislie. Para él era mucho trauma ver a Kuma bien vestido y con el cabello peinado. Solo lo había visto así cuando iba a su casa en la secundaria. Resultaba que los padres de Kuma en realidad no lo dejaban vestirse con la ropa extravagante que solía usar, y aquel día que lo encontró en el parque vestido así, era porque quería llamar la atención de sus padres. Después le agarró gusto, y cuando sus padres no lo veían se ponía su ropa rara, y como siempre estaban fuera pues era normal verlo así, sin embargo, cuando sus padres llegaban, usaba zapatos negros, camisas de polo y pantalones de vestir. Era simplemente horrible.

En cuanto llegaron a la fiesta, todo el mundo preguntó por el amigo guapo de Grislie, aunque claro, la atención también se la llevó el hermano, quien trajo a

su chica en el flamante Ferrari. Grislie no se sintió mal, pues hacía tiempo había superado el trauma con su hermano, ahora solo le caía mal.

En la fiesta, Kuma presenció algo realmente sorprendente. Al dirigirse al baño e inevitablemente perderse, llegó a una especie de patio interior, en el que, escondidas detrás de unas plantas, la sexy novia y una prima de Grislie se estaban casi devorando. Kuma no lo podía creer. No sabía que le daba más cosa, que lo estuviera engañando, o que cabía la posibilidad de que le hubiera pagado para salir con él.

-Bueno, no es algo tan terrible, pero estoy seguro de que algún día tendrá su merecido –susurró Kuma. Y hasta eso, a él al igual que Grislie, dejó de importarle el sujeto. Después de todo, ya no podía lastimarlos.

Cuando regresó con Grislie, él observaba como sus tías le decían a su hermano lo guapo que era.

-No entiendo por qué les gusta tanto. Me choca que tenga todo el cabello peinado de un solo lado. –En realidad Grislie y su hermano eran muy parecidos en la cara y el cuerpo, pero mientras que Grislie tenía los ojos miel y el cabello negro con flequillo, su hermano lo tenía café, peinado de un solo lado y con los ojos igualmente cafés.

-A mí igual. Simplemente me siento feliz de estar con mi mejor amigo.

-Gracias, Kuma.

-De nada, Grislie.



# Un Cretino Navideño

Por

**Galleta**

De

<http://mostro-manga.blogspot.com/>

Frank estaba a punto de ser presentado a alguien. Alguien con quien según su amigo Ryan “no iba a aburrirse nunca”. Por eso había salido rápido del trabajo, él era una persona que se aburría fácil y cualquier indicio de entretenimiento lo llamaba poderosamente.

El bar en el que se supone que se encontraría con su amigo estaba bastante cerca. Apenas tenía que caminar un par de calles después de salir de la estación del metro. Una de las ventajas de esta ubicación era que podía andar menos tiempo fuera sin la preocupación de que lo fueran a asaltar, la cosa mala era que cuando tenía ganas de meditar el tiempo se le hacía un suspiro.

— ¡¡Llegas tarde!! ¡¡Me debes un caramelo!!

Escuchó decir en medio de la gente. Su amigo había llegado y tenía sentado delante de él a una persona que por la posición en la que se encontraba, solamente alcanzaba a distinguirle la espalda.

— Perdón Ryan, vengo un poco tarde.

Su disculpa sonaba vacía y algo desabrida, pero esa así como sonaban la mayoría de las cosas en su boca. Ryan simplemente asintió pasando rápidamente a los asuntos importantes.

— Esta es la persona que quiero presentarte. Se llama Sam y es mi hermano menor.

Él dudaba que el muchacho se llamase Sam pero no de su parentesco con Ryan. Ese chico Sam era simplemente guapísimo, del tipo de guapo que se vería bien vestido únicamente con un saco de patatas y también del tipo de guapo que normalmente salía con la porrista popular en la escuela y a quien alguien como él estaría destinado a criticar en su mente. No es que no pudiera hacerlo en su cara, simplemente no tendría la oportunidad de llegar a la parte hablada antes de que el siguiente defecto llegara a su boca.

— ¡¡Hey!! ¡¡Hola!! ¡¡Yo soy Sam!!

A diferencia de su hermano, la voz de Sam concordaba perfectamente con sus rasgos faciales

— Hola... Me llamo Frank

Sam frunció el ceño y luego comenzó a reírse. ¡Por dios! ¡Incluso llevaba la chaqueta de la fraternidad! Debía de haber salido en cuanto terminaron las clases. Casi podía oler el maquillaje de una bonita chica rubia sobre el.

— No te ves para nada como un Frank, tu pareces mas un Jessie.

Frank se preguntaba exactamente que parte de él se veía como un Jessie.

— Vamos, siéntate, se te van a caer las piernas si permaneces mucho tiempo en esa posición.

Frank, a partir de ese momento Jessie, miró con desagrado como Sam se hacia un lado y Ryan permanecía como una piedra pegado a su asiento. El tipo estaba muy interesado en que los dos confraternizaran, seguramente quería deshacerse del hermano molesto durante lo que quedaban de las vacaciones. La pequeña sonrisa malvada que dejó escapar de sus labios le dijo que aquellos pensamientos iban en la dirección correcta.

— Ni siquiera lo sueñes Ryan

Ryan negó con la cabeza regresando a su expresión habitual.

— No sé de qué hablas.

Frank se quedó en silencio durante un segundo como si realmente meditara sus palabras, aunque lo que en realidad pasaba es que tenía una carambola de ideas en su cabeza, todas querían salir por su boca pero chocaban unas contra otras impidiéndose llegar a su destino.

— No voy a ser una niñera.

Un teléfono sonó y Ryan les hizo una seña pidiéndoles un minuto para contestar, acto seguido salió del bar con el aparato en la oreja. Frank dio por hecho que ya no volvería a entrar al bar y se giró hacia Sam para informarle que era mejor que cada quien volviera por donde había venido cuando se encontró con la imagen del muchacho mirando fijamente las paginas de un libro. Aquel era un ejemplar perfectamente bueno de “La rebelión en la granja” de George Orwell.

— ¿En qué momento sacaste eso?

Sam se giró con expresión sonriente.

— ¡¡Ahora mismo!!

Frank ladeó la cabeza.

— ¿Ahora mismo?

Sam asintió con fuerza.

— Sí, ahora mismo.

Frank levantó una ceja.

— ¿Y qué tal está?

Sam meditó durante un segundo y finalmente respondió con la mejor de las sonrisas en su rostro.

— Terrible, no tiene ni una sola ilustración y los animales no hablan como en “la granja de Orson”.

Frank le miró con una expresión que en su idioma significaba puro terror.

— Eres un completo Neandertal

Sam levantó una ceja sin comprender demasiado.

— ¿¿Gracias??

Frank permaneció en silencio un rato y finalmente se levantó dirigiéndose a la salida. Realmente se había quedado sin palabras y tenía la sensación de que cualquier cosa que dijese en ese momento sonaría más estúpido que el chico que tenía sentado a su lado.

Afuera no quedaba ni un alma. Las sombras de la noche se habían estacionado bajo los postes de luz y entre los árboles como si de almas en pena se tratase. Frank no podía dejar de notar la ausencia de Ryan contestando llamadas ahí afuera. El silencio se encargó de comerse sus ánimos de hablar hasta que el teléfono le indicó con un zumbido que acababa de recibir un mail.

“Lo siento, estaré ocupado esta noche, también ocuparé el departamento, cuida de mi hermano ¿Ok? Nos vemos. Ryan”

Debía de haberlo imaginado ¿Por qué otra cosa ese mezquino ambicioso y egoísta iba a presentarle a alguien? Eso era algo que el mismo Frank había hecho un par de veces con sus hermanos pequeños. Las palabras de sus amigos lo golpearon como una bola de hierro en la cara. Si, él no tenía miedo de conocer a alguien igual a él, tenía terror de que esa persona le hiciera una jugarreta como aquella.

- Oye Jessie ¿Dónde está mi hermano? Aun no ha pagado la cuenta y le dije que había dejado mi cartera en los vestidores del equipo.

Frank suspiró.

- Mira amigo, tu hermano te abandonó conmigo, eso quiere decir que esta noche la pasarás en mi departamento, mañana intentaré localizarlo porque no creo que hoy haya esperanzas de eso así que vamos a la estación del metro, no quiero que se haga demasiado tarde como para viajar en el.

Sam volvió a reírse, tenía ese tipo de risa tonta que hacia parecer que era corto de luces. Aunque probablemente lo era.

- Cool, quiero saber cómo es la habitación de un Jessie.

Frank se golpeó la frente ¿Cuándo le había dado permiso de llamarlo Jessie?

Frank se llevó a la boca una papa frita. Después de una mala primera impresión descubrió que la conversación de un chico con la mitad de las neuronas muertas resultaba curiosamente interesante. Samuel [Si, su verdadero nombre era Samuel] tenía las partes mas llamativas de un deportista inútil y Ryan, el también “frío como un témpano de hielo” hermano mayor.

- Entonces, cuando finalmente decidí salir, Polly....

Frank lo interrumpió.

- ¿La porrista?

Sam asintió.

- Sé, ésa, ella dijo que le hacia mucha ilusión tener un amigo gay, entonces Ashley...

Frank volvió a interrumpirle.

- ¿La co-capitana?

Sam volvió a asentir.

- Si, ella, esa chica intentó poner a algunas porristas y jugadores en mi contra, entonces Polly la corrió del equipo, luego apareció Craig...

Frank interrumpió por tercera vez.

- El defensa.

Esta vez no era una pregunta.

- Ese mismo, él vino a mi con algunos otros chicos e intentaron golpearme pero sinceramente no hay nadie que me supere en ese aspecto, sé muchas artes marciales, no solamente futbol de modo que....

Frank siguió escuchando cómo relataba la pelea lanzando manotazos y haciendo efectos de sonido bastante chapuceros con la boca.

- Y cuando terminé lo eché del equipo.

El relato no podía resultar más surrealista pero Frank podía ver pasar en su cabeza todas las imágenes que el muchacho describía. Era como ver una mala película de Hollywood sobre el orgullo gay, pero esta era cierta.

- Y dices que tienes...

Sam tomó una papa y luego habló con tono orgulloso.

- Diecisiete

Frank se atragantó con la bebida.

- ¿Y dices que estas en primer año de universidad?

Sam asintió por cuarta vez. A Frank no le cuadraban las edades pero tenía un primo que por las complicadas fechas en las que había nacido terminó entrando a la escuela un año más chico que el resto de sus compañeros, el caso de Samuel debía ser parecido. Eso o no sabía contar.

- Comencé en la primavera.

Probablemente la segunda opción era la más acertada, aunque quizás solo estaba predispuesto.

- Entonces dime ¿Cómo eras cuando estabas en la universidad?

La pregunta lo tomó por sorpresa, él en realidad recordaba poco de aquella época excepto contados encuentros en los que se cruzó por primera vez con los que serían sus amigos de toda la vida.

- Yo quizás era...complicado.

Su voz sonaba reflexiva y la mirada se le había perdido en un punto fijo de la habitación. En realidad seguía siendo igual que ahora, pero por aquella época convivía con más gente difícil de la que hubiera deseado.

- Me parece que todo el mundo me conocía como el chico de la bicicleta amarilla.

Samuel comenzó a reírse.

- ¿Jessie no es un nombre lo suficientemente bonito como para que lo recuerden?

Frank se rió también, no iba a llegar a ninguna parte corrigiéndole.

- No, al parecer no lo es, porque todo el que se me acercaba me preguntaba ¿Eres el chico de la bicicleta amarilla? Y después me presentaban a alguien o intentaban sacarme plástica, pero las conversaciones eran aburridas y la gente también, así que finalmente la mayoría dejó de intentar acercarse. Muchos de ellos comenzaron a odiarme de verdad aunque eso es algo que no me quita el sueño.

Samuel se quedó en silencio mirándolo fijamente. Ahora era Samuel quien parecía estar reflexionando hasta que finalmente empezó a reírse de nuevo.

- Debía ser un amarillo realmente brillante como para opacar a un Jessie.

Frank volvió a reírse.

- Lo era, mi madre hizo que dejara de llevarla cuando la deslumbré al girar en una esquina.

Entonces los dos se rieron. La imagen que Frank tenía de Samuel mejoró rápidamente conforme avanzaba la noche, puede que fuese un neandertal pero era un neandertal agradable, del tipo de neandertal que le gustaría adoptar y alimentar hasta que fuese demasiado grande como para pasar por la puerta, incluso entonces quizás se plantearía el hacer más altos los techos.

Cuando Frank le habló de esto a Samuel él se rió y volvió a darle las gracias, él comenzaba a hacerse una idea de que era un neandertal pero aun no tenía nada conciso. Después se fueron a dormir, Frank le dejó la habitación de invitados la cual estaba siempre abierta a quien deseara quedarse en su departamento, era sorprendente que nadie hubiese aparecido esa noche, como si los duendes de navidad hubiesen querido reservarles un tiempo de descanso.

Los días siguientes pasaron rápido. Frank intentó localizar a Ryan por todos los medios y según Samuel sus padres estaban de viaje. Frank se preguntaba en qué clase de viaje se encontraban como para no atender la llamada desesperada de un hombre que utilizaba el celular del hijo menor de la familia para intentar localizarles.

De todas formas estar con Samuel era divertido, curiosamente Ryan no se había equivocado al decir que estaría entretenido todo el tiempo, las historias del chico resultan bastante curiosas y difícilmente se parecían entre ellas, era como leer un buen libro, simplemente no podía despegarse de él y rogaba porque el tiempo no se le acabara. Claro que, hablando realmente de libros podía asegurar que Samuel no tenía esperanzas de terminar “la rebelión en la granja” de modo que finalmente terminó pidiendo un ejemplar en formato auditivo, no aseguraba que con eso se interesara más en la lectura pero al menos sabría que pasaba al final.

La mañana del 24 de diciembre Ryan estaba por fin con el teléfono encendido, pero a Frank no le interesaba llamarle de modo que esperaba a que el apareciera por ahí si es que estaba interesado. En cambio ellos dos se encargaron de preparar una escueta cena de navidad, ninguno de los dos sabía cocinar realmente así que después de un par de horas intentando crear algo comestible terminaron comprando comida ya hecha.

La noche llegó rápido y antes de las diez ya se encontraban los dos en el sillón riéndose como si hubieran consumido una caja entera de vino tinto [Porque curiosamente Samuel tenía un gusto refinado para las bebidas].

- Y entonces me prometí a mí mismo que nunca volvería a salir a la cancha con la botarga de la mascota de la escuela ¿Puedes imaginarte? ¿A un conejo rosa haciendo de quarterback?

Frank se estaba riendo. No sabía si era por el alcohol o porque simplemente estaba de buen humor, pero la historia parecía más graciosa que todas las que había escuchado antes.

- ¿Y qué dijo el entrenador?

Samuel se puso derecho fingiendo una mirada enojada y hablando con una voz que no era la suya.

- ¡¡Miller!! ¡¡¿Cuántas veces te he dicho que te abstengas de practicar tus fetiches en la cancha?!!

Y los dos rompieron en risas hasta que poco a poco estas comenzaron a desaparecer. El ambiente se vio envuelto en calma pero Frank no se sentía

incómodo, era bueno a veces tener un minuto de silencio aunque nadie estuviera muerto.

— Hey... Jessie...

Fank se giró hacia Samuel para preguntarle qué quería pero sus labios fueron asaltados por los del muchacho. Samuel acababa de besar a Frank. Había sido un beso corto, sencillo y sin muchas pretensiones, pero sin duda le había dejado sin palabras. Nuevamente el silencio lo consumió todo. Samuel parecía querer decir algo pero el timbre comenzó a sonar de manera estrepitosamente molesta. Frank se levantó de donde estaba y corrió a la entrada, Samuel corrió detrás de él.

— ¿Quién es?

Preguntó abriendo la puerta.

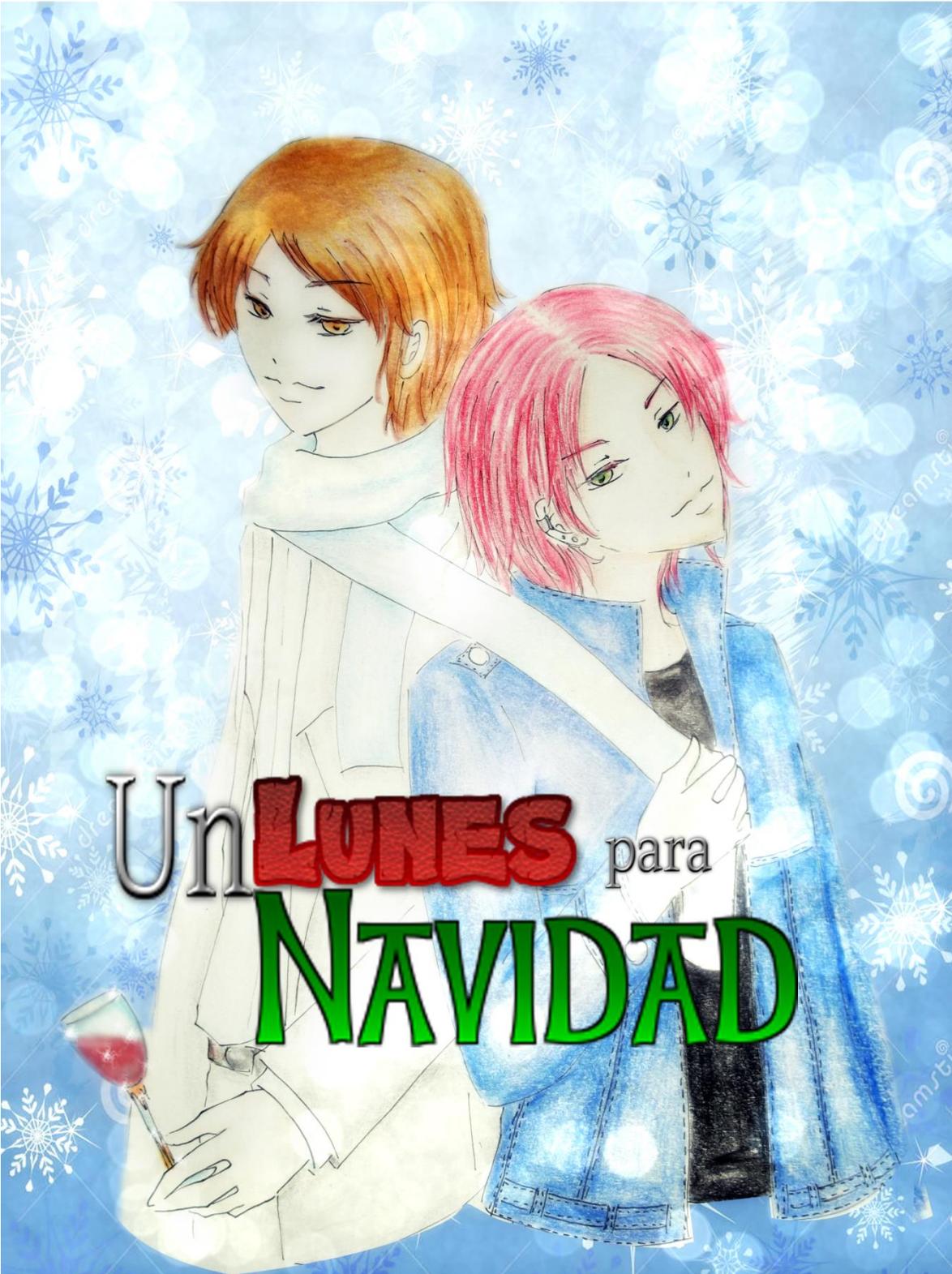
— Vengo por mi herma...

Frank cerró la puerta en cuanto se dio cuenta de que era Ryan quien estaba del otro lado.

— Entonces...—Dijo Frank observando la expresión confundida de Samuel —  
¿Quieres saber como celebra la navidad un Jessie?

Una risa tonta salió de los labios del chico.

— Cool.



Un **LUNES** para **NAVIDAD**

# Un Lunes Para Navidad

Por

**Lexus**

De

<http://oresama-perfect.blogspot.mx>

Las cosas volaban por el aire mientras Clint seguía lanzándolas, Ryan estaba seguro de que en algún momento rompería algún record del mayor número de objetos caseros lanzados a su cabeza.

—¿Quieres calmarte? Pareces una esposa histérica— esquivó un libro directo a su frente— ¡¡y ni siquiera salimos!!!— gritó.

—¡¡Claro que no salimos!!! Ya que tu no eres... ¿cómo lo dijiste? “un maldito marica”— Ryan rodó los ojos, su mejor amigo le había confesado ser homosexual hacía medio año, al parecer siempre lo había sabido pero durante mucho tiempo había tenido miedo de decírselo, debía confesar que cuando se lo dijo le había dolido su desconfianza pero comenzaba a creer que estaba mas seguro en la ignorancia.

—¡¡¡Es solo una expresión!!!— se justificó. Esa tarde mientras platicaban con sus amigos había llamado a uno de ellos “maldito marica”, Clint lo había escuchado y al parecer se lo había tomado bastante personal, seriamente tenía que repasar su lenguaje y excluir cualquier expresión remotamente homofóbica que conociera.

—Es sólo que crees que soy una maldita puta que se mete con el primer hombre que ve— ¿pero de donde demonios había sacado eso? Ryan comenzaba a tener un nuevo respeto por la imaginación de su amigo.

—Fue solo por que tenía a Laura enfrente y no se atrevía a hablarle ¿recuerdas a Laura?— esquivó otro objeto que sinceramente no logró identificar pero lo que le preocupó mas fue que ningún otro objeto le siguió—¿Clint?— entró a la habitación de donde había salido todos aquellos ataques y lo que encontró fue a su mejor amigo empacando— que...¿Qué haces?

—Esto no va a funcionar, si seguimos compartiendo departamento...no creo que podamos ni siquiera seguir siendo amigos— su amigo había desatado ya todo se enojo y ahora se veía terriblemente abatido.

—No eres solo mi amigo Ryan... eres como mi hermano— su amigo le miró dolido.

—¿Aunque sea un maldito marica?— la voz de su amigo se ahogó y él tomó aire asintiendo.

—Te lo juro... por mi vida... que te amo como eres, hermano— tomó aire y levantó las manos buscando las palabras —no sé como demostrarlo pero quiero que estes seguro de que no creo que seas menos por a quien decidas querer...— le vio a los ojos— pero, por dios, dame algo de tiempo para acostumbrarme... no quise ofenderte, solo... ¡ya sabes! Siempre he hablado así ¡demonios!— tampoco era

justo que él tuviese que andar de puntillas a su alrededor, ellos eran amigos y era justo que la confianza viniese en ambos sentidos.

Ryan vio a su amigo fijamente y se preguntó si había usado las palabras adecuadas para su propio bien.

—Bien— aceptó.

—¿Bbien?— ¿así nada mas? Ahí había algo raro.

—Si, bien— Ryan apenas había comenzado a relajarse— pero...

—Sabia que había un pero— bufó y su amigo se puso de pie frente a él.

—Solo te creeré si sales conmigo esta noche, si lo haces entonces te creeré y podremos acoplarnos a esto como dices “lentamente”— Ryan le vio con desconfianza.

—¿A dónde iremos?— su amigo sonrió de oreja a oreja.

—A un pub gay— Ryan levantó ambas cejas, bueno, él esperaba sinceramente algo peor.

—Vale— su amigo entonces le vio con desconfianza.

—¿Vale?— Ryan rodó los ojos.

—Sí, vale ¿qué más da tomar una cerveza en un lugar u otro? Solo espero que no haya Heterofóbicos— sonrió y su amigo se relajó devolviéndole la sonrisa.

—Vale.

\*\*\*

Bueno, tenía que aceptar que era prejuicioso cuando entró al lugar y no había hombres con plumas bailando en jaulas, ni música retro disco sonando en el lugar. Por su bien tenía que guardar sus expectativas para él mismo.

Ryan vio a su amigo y sonrió, se veía condenadamente contento al entrar, debía de sentirse mejor. Se sentaron en la barra y su amigo le volvió a sonreír sentándose frente a la barra.

—Me alegra que estes aquí— él le devolvió la sonrisa.

—Te amo como eres— su amigo asintió sin perder la sonrisa y volvió la mirada al barman.

—David, una cerveza— ellos no eran precisamente hombres de gustos refinados, una cerveza fría les bastaba y no se avergonzaban de ello. Ryan se preguntó al sentarse junto a su amigo si a los hombres gay les importaría de la misma forma que a las mujeres que había conocido si bebía una cerveza y no algo mas “refinado”.

—Lo mismo para mí, por favor— no le prestó mucha atención al sujeto viendo en cambio al resto de los hombres del lugar, era bastante normal dentro de lo que cabía.

—¿Que piensas?—Ryan suspiró viéndolo de reojo.

—¿Puedo hablar con libertad?— su amigo se encogió de hombros y asintió.

—Crei que el lugar seria algo más... amm... exótico— su amigo soltó una risita— ¿qué te causa gracia?

—Estamos en un lunes formal, no hay mucho de exótico hoy— Ryan se sintió aliviado de no ser TAN prejuicioso, al menos había algo de cierto en su idea.

—¿Por qué lunes formal?—su amigo se giró en el banco viendo a los demás asistentes al lugar.

—Esto te va a sonar ridículo— rió y Ryan frunció el ceño.

—Nada más ridículo que tú lanzándome tu lámpara favorita a la cabeza esta mañana— Ryan se sobresaltó al escuchar que el barman dejaba su cerveza bruscamente frente a su sitio. ¿Pero qué demonios le pasaba a aquel sujeto? Decidió dejarlo pasar.

—No me lo recuerdes— rió recordando su estupidez, había perdido algo que le gustaba por su arrebató, pero al menos aún conservaba a su amigo— Bueno, volvamos al tema— miró la hora en su reloj de pulsera— No debe tardar— Ryan vio a la pista de baile y notó que varios hombres veían también a su reloj.

—¿Que es esto, alguna clase de espectáculo?— Clint rió.

—Ojalá lo fuese, pero no, es solo un asistente semanal— Ryan torció el gesto, no entendía mucho de qué iba todo aquello.

—Vale...— esperando que en algún momento todo aquello tomase sentido. Lo que vio fue simplemente asombroso y no por lo imponente del acto ni mucho menos por la majestuosidad si no por lo ridículo que le pareció.

Al fondo del lugar, una melena castaña clara se alcanzó a ver, se veía por encima de las demás cabezas.

Ryan pudo ver cómo, no solo las luces del lugar cambiaron sino también la música, algo más lento comenzó a tocar y los hombres del lugar reconocían su presencia, vio rostros desde curiosos, hasta de desagrado pasando por supuesto por una gran cantidad de rostros de deseo, la lujuria era tan pesada en el ambiente que él mismo sintió un tirón en su entrepierna.

—¿Pero qué demonios?— Ryan siguió con la mirada al hombre que se dirigió a una zona vip donde al parecer tenía un lugar reservado, en lo alto de los miradores, simplemente inalcanzable.

—Sucede cada lunes, ese sujeto viene aquí, con ese precioso rostro y ese cuerpo privilegiado y se sienta en ese sitio— señaló el lugar en el que el otro estaba sentado — Se ha vuelto una especie de Dios por aquí.

—¿Por eso es el lunes formal?— Clint se encogió de hombros volviendo la vista a la barra, inmediatamente David le colocó su cerveza frente a él.

—Digamos que se ha corrido el rumor de que prefiere un buen traje de Armani que plumas rosa a su alrededor— Ryan se dijo que de no ser heterosexual realmente sentiría envidia de un hombre con tanta presencia, entendía también porqué, a pesar de la gran cantidad de rostros de deseo, también había unos de verdadero desagrado y desprecio. La envidia siempre conllevaba un terrible odio.

—Un hombre afortunado— Clint se encogió de hombros.

—Si es el tipo de vida que le gusta puede decirse, pero hombre, prefiero estar aquí contigo que solo en esa aislada mesa como un trofeo esperando a ser dado— Ryan tomó un trago a su cerveza.

—No creo que le desagrade tener tanta carne a su disposición— Clint le miró burlón.

—Tal vez deberías intentar quedarte con el trofeo, eres condenadamente sexy, si no fueses como mi hermano iría por tu trancero— Ryan torció el gesto.

—No digas algo tan asqueroso, Dios, sería como besar a mi abuelo— Clint se rió con ganas.

—Es verdad, ni siquiera puedo imaginarme con mi boca en tu boca— hizo un gesto— oh, por dios, me han dado náuseas— tomando otro trago de su cerveza y Ryan rió.

—Idiota— volvió la mirada al sujeto en el área vip, desde esa distancia era difícil verlo, se preguntó si realmente sería tan apuesto de cerca, el lugar estaba a oscuras a excepción de las luces de la barra y las que iluminaban con neon la pista de baile, y a media luz como dicen por ahí “todos los gatos son pardos”, seguro a luz de día debía ser patéticamente ordinario con una buena altura.

—¿Qué tanto le miras? No me digas que has cambiado tus gustos— Ryan le miro torciendo el gesto.

—Idiota, nada solo me preguntaba si realmente será tan fantástico— Clint volvió a reírse.

—¿Por que no lo averiguas? asi podría presumirlo en tu lugar— Ryan golpeó su hombro.

—Dejame en paz— ambos rieron y continuaron su noche, no fue muy diferente de como solía ser cuando salían a bares o a pubs normales.

Los minutos pasaron llegando hasta pasada una hora en la que habían hablado como siempre, desde luego aun sentado Ryan había recibido mas z en el trasero de los que podía haber contado en toda su vida, definitivamente comenzaba a entender a las mujeres, los hombres podían ser unas malditas bestias acosadoras, daba gracias al cielo por sus 1.80 mts de alto. De otra forma tendría miedo incluso de ir al baño.

—Hey, hermano, parece que tienes mas éxito en este mercado que en el de tu preferencia— Ryan rodó los ojos— deberías pensarlo, de este lado no tienes la obligación de pagar las cuentas— Ryan volvió a golpear el hombro de rClint yan y este se rió— Vale, vale, ya te dejo en paz— Ryan volvió la mirada a un punto que había sido frecuentemente visitado por sus bonitos ojos castaños desde que llegaran.

—Entonces— le habló casualmente mientras levantaba la cuarta cerveza de la noche— ¿ese es el tipo de sujeto que te gusta?—su amigo se atragantó con su cerveza desviando rápidamente la mirada del barman que la había tenido atrapada toda la noche. Ryan rió sintiéndose inesperadamente nada incómodo ante la situación.

—No tengo idea de lo que estas hablando— Ryan levantó la ceja haciéndole una ceña hacia David. Clint suspiró—esta bien, esta bien, lo admito, pero esta tan fuera de mi alcance como la estrella del alba— sacando un pañuelo para secar de su rostro la cerveza que había escurrido por su garganta.

—dicen que esa es la que cumple deseos— Clint rodó los ojos.

—Gracioso.

—Anda, pregúntale a qué hora acaba su turno— le animó, esperando que aquello le dejase claro a su amigo lo poco que le importaba si se revolvaba con una mujer o un hombre, mientras por el amor del cielo no le relatara los torridos detalles todo lo demás estaba perfecto.

—¿Estas loco?— bajó la voz en un susurro acercándose a él para que le escuchara aún con la música alta— le he visto rechazar mejores pedazos de carne— Ryan torció el gesto.

—Hombre, eres tan bueno como el imbécil de la sala vip, empiezo a cansarme de escucharte hablar mal de ti mismo cada que deseas algo— Ryan suspiró.

—Hermano, tu en verdad me amas, envidio tu confianza pero supongo que de tener tu cara o al menos tu cuerpo podría tener la mitad de tu confianza— Ryan rodó los ojos exasperado.

—Oh, por dios, no te vengas a hacer el mártir ahora, vamos, sólo preguntale por el fin de su turno— Clint negó.

—No lo haré— Ryan le quitó la cerveza de las manos.

—Vamos, no seas cobarde— Clint recuperó su cerveza.

—Soy un maldito marica cobarde, déjame ser— Ryan se sintió enfadado por el comentario.

—Con una mierda que lo eres— volviendo a quitarle la cerveza— ve, quítate la idea de la cabeza y sigue con tu vida.

—¿Cual idea de la cabeza?— cuestiono enfadado.

—Las fantasías que seguro tienes con el sujeto ese, te conozco, anda no puedes siempre solo vivir de sueños o fantasías, te mereces realidades y es tiempo de que empieces a buscarlas— Clint se giró hacia él anonadado.

—¿Desde cuándo eres un motivador de superación personal?

—Callate imbécil y ve— Clint no intentó recuperar su cerveza pero negó.

—No, por dios Ryan, me va a enviar al infierno, somos casi amigos y prefiero eso a un rechazo rotundo— Ryan enredó sus dedos en el cabello de su amigo y lo jaló a él uniendo sus cabezas.

—Ya tienes un amigo aquí-señalándose-... Tu necesitas alguien que te caliente la cama— Clint enrojeció.

—Te prefería homofóbico— Ryan sonrió.

—No se aceptan devoluciones— Clint se levantó pesadamente del banco, recordaba haber visto a un chico una vez invitarle a salir y lo había rechazado con cierto tacto ¿é era lo peor que podía pasar?

Clint se acercó a donde David limpiaba un par de vasos y se inclinó sobre la barra.

—Hey David— le llamó y este le miró extrañado.

—Ryan— saludó, bueno, el hombre sabía su nombre, eso era un avance, sería desmotivadamente que después de meses el hombre ni siquiera conociera su nombre.

—hey... bueno...me preguntaba si ammm— se aclaró la garganta— me preguntaba ¿a qué hora termina tu turno?— el hombre le miró en silencio, Clint comenzó a pensar que con la música no le había escuchado, tal vez lo había dicho demasiado bajo, abrió la boca para repetirlo, ya que había llegado hasta ahí podía llegar al final.

David se inclinó sobre la barra mirándolo con ojos fieros, que a Ryan no le presagiaron nada bueno.

—Escúchame y escúchame bien — el tono desdeñoso le encogió el estomago — No me interesa la mierda que puedas ofrecerme— cada lenta palabra soltada con desprecio, fue como si una fuerza invisible le estrujara el pecho, se quedó inmóvil sin saber qué decir y cuando la risilla a sus espaldas le hizo girar lentamente fue como si le diesen un golpe en el estómago, ahí estaba el chico que David había rechazado antes sin duda con mucho mas tacto del que le había regalado a él, ver de frente y tan claramente la diferencia de atractivo entre el chico y él terminó de destrozarse su moral.

—David cariño, sírveme un ardiente— escuchó la risueña voz del sujeto y apretó los puños cuando David contestó casualmente “a la orden” con suma diligencia, mierda.

—Hey ¿qué sucedió?— Ryan miró preocupado el rostro contraído de su amigo, pero éste no se detuvo, tomó la chaqueta que había dejado en la barra frente a su banco y siguió caminando a la salida.

Ryan tomó su propia chaqueta dejando sobre la barra dinero suficiente para pagar sus cuentas y caminó tras su amigo alcanzándolo casi en la puerta. Solo tomándolo por el brazo pudo detenerlo.

—¿Qué demonios sucedió allá?— Clint no le miró y Ryan supo que era por que estaba luchando para contener lágrimas de humillación que se acumulaban en sus ojos.

—No le importa una mierda de lo que pueda ofrecerle, eso dijo— renegó soltándose del agarre de su amigo— iré a casa, Ryan. Por favor, déjame solo un rato— Ryan vio a su amigo caminar derrotado por la puerta de salida y al principio fue como si no comprendiera, lentamente su cuerpo se fue calentando como si al ir comprendiendo la ira fuese despertando en cada fibra de su ser y regresó sobre sus pasos, pasos cada vez mas rápidos, ver al sujeto hablar tranquilamente con un “niño bonito” le encendió más, alcanzando al sujeto de la camisa por encima de la barra asestando un golpe en el rostro de aquel jodido arrogante.

—¿qué demonios te pasa?!— preguntó fuera de si— ¿qué mierda le hizo para hablarle así? El sujeto que había ido a chocar con el estante de bebidas tras él, se sujetó el rostro incorporándose con calculada lentitud, de un salto pasó la barra parándose tan cerca del otro que su aliento acarició su rostro.

—No me interesan los tríos imbécil, no importa lo bien envuelta que traiga su jodida mierda...ni siquiera puedo creer que pienses en compartirlo. Ambos me dan asco— Ryan contrajo el rostro en completa incredulidad y extrañeza.

—¿De qué demonios estas hablando?— le empujó alejándolo de el. El sujeto rió con crueldad.

—Por favor, no vengas a negarlo, han estado entre arrumacos toda la noche, sueltas un “te amo” tan fácilmente para después enviarlo por mí, eres un enfermo— Ryan ya ni siquiera sabía si podía estar enfadado o seriamente asqueado.

—Enfermo tienes el cerebro tarado, Ryan es como mi hermano, mierda —David entonces pareció flaquear en su segura posición.

—Te oí decirle que lo amabas— Ryan lanzó su propia chaqueta al suelo con evidente frustración.

—Y lo amo, mierda, es como mi hermano joder ¿no puedo decirle que lo amo?— David pareció tan confundido que casi daba lastima, vio a Ryan sin querer creerle y cuando la frustración en el rostro de este no le dió mas remedio que hacerlo se revolvió el pelo.

—Es tu culpa maldita sea, estabas acariciándolo y tocándolo— le gritó y Ryan levantó las manos al aire.

—Perdóname por ser afectuoso jodido enfermo— Ryan vio a David dar vueltas en su sitio hasta golpear la barra.

—¡¡¡Mierda!!!— Ryan recogió su chaqueta, estaba enojado y ni siquiera podía terminar de desquitarse con aquel imbécil. Sentía como si no tuviese ya derecho después de dar pie a la confusión. ¡¡¡Pero mierda!!! ¿Que? ¿cada cosa que decía o hacía era malinterpretada?— ¿dónde está él ahora?— escuchó la voz exigente del idiota y se giró a verlo con incredulidad preguntándose si realmente le estaba preguntando lo que creía.

—Estas mas idiota de lo que creí si crees que te voy a decir donde está— David le tomó por el cuello de la camisa con el rostro completamente curtido por la ira.

—mierda!— ninguno de los dos se había dado cuenta de que habían montado tal espectáculo que todos en el lugar habían dibujado un círculo a su alrededor viéndolos, algunos tenían la cámara de su celular grabando.

—Te voy a decir por donde puedes...— renegó Ryan pero antes de que pudiese terminar de enviarlo al diablo una sombra les separó.

—Basta, caballeros. Están dando un espectáculo— Ryan iba a decirle al hombre por donde podía irse marchando cuando notó quien era. Era mr. Lunes. Joder, si que era alto... ¿1.92 tal vez? Se quedó viéndolo, la oscuridad del lugar no le dejaba ver claramente sus rasgos pero estaba seguro como el infierno que aquellos ojos azules debían ser únicos. Entendió en ese momento el alboroto por el hombre.

El sonido de una silla yendo a dar al suelo llamó su atención. David aún estaba enfadado y al parecer la había pagado con una de las sillas altas frente a la barra.

—Si quieres buscarlo ¿por qué no preguntas en gerencia por sus datos? Puede que el chico tuviese una membresía, si ruegas lo suficiente podrias encontrarlo— A David la idea no debió parecerle mala porque sin decir nada se dirigió rápidamente en dirección a donde Ryan suponía debía estar el lugar donde pudiese rogar por la dirección de su amigo.

—Pero qué demonios...— Ryan empujó a Mr. Lunes por el pecho— ¿pero qué demonios estás pensando dándole ideas para encontrar a mi bro?— El sujeto miró incrédulo su propio pecho como si no creyera que le hubiesen atacado, después de parecer asimilarlo sonrió divertido.

—No creo que a tu amigo le venga mal que le besen los pies un rato— Ryan tuvo que admitir que pensándolo de ese modo no parecía algo malo en realidad.

—no...supongo que no— aceptó sintiendo que iba tranquilizándose y terminó por suspirar y recoger la chaqueta que había lanzado al suelo.

—Venga, vayamos a tomar algo y tranquilízate— Ryan observó al hombre que le miraba con las manos en los bolsillos de su exquisito traje blanco.

—sí... ¿por qué no?— suspiró, un par de tragos más fuertes que cuatro cervezas no le vendrían mal— Caminó con el sujeto fuera del lugar y entró al taxi que se detuvo frente a ellos, estaba aún pensando en Clint, tal vez debería ir con él, debía querer algo de apoyo en esos momentos. Había pasado ya varios minutos en el auto cuando tomó una decisión— ¿Sabes? creo que mejor...— pero el tono de llamada de su móvil se lo impidió— Dame un minuto— se sorprendió al ver que era el número de Clint, se apresuro a contestar— ¿Clint?

—Hey bro— su voz se escuchaba afectada pero parecía tranquilo.

—Hey ¿qué tal? ¿cómo estas? Estaba pensando en ir para allá...— esperaba que su voz reflejará que realmente estaba preocupado por él— Lamento lo que pasó, fue mi culpa, jamás debí decirte que...

—Hey hey, tranquilo. Como dijiste no se puede vivir todo el tiempo de sueños

—Sobre eso creo que hay algo que deberías saber sobre el sujeto ese— pero su amigo le cortó de golpe.

—Basta Ryan, no hay nada que necesite saber, no quiero tocar el tema ¿sí?

—Pero...

—Voy a adelantar mi viaje para hoy— Ryan frunció el ceño.

—¿qué? ¿Por qué?— su amigo pensaba regresar a casa para las fiestas navideñas. Le había invitado a él, sus padres le habían tenido de bastante mayor y muerto cuando él era aún muy joven así que no tenía un hogar al cual regresar, su amigo quería extenderle el suyo como cada año pero él había decidido este año pasarlo en la ciudad, dejar un poco el nido. Aún así había esperado pasar algo de tiempo con su amigo antes de que este se marchara.

—Mamá llamó hace un momento, esta ansiosa por verme... creo que es una señal, iré a verla antes de tiempo y la sorprenderé— bueno, eso estaba bien, suponía... estar con su madre lo animaría— Tomaré un pasaje ordinario, debe

pasar uno en la próxima media hora y estaré allá por la mañana — Ryan suspiré, no podría despedirse de él.

—Te alcanzaré en año nuevo

—más te vale— y a Ryan le pareció escuchar algo de animo en la voz de Clint.

\*\*\*

—¿era tu amigo?— Ryan guardó su teléfono.

—Si, al parecer saldrá de la ciudad, pero está bien, irá a visitar a su familia— fue entonces cuando notó que no estaba en un taxi sino en un auto particular.

—Debe haberle afectado la situación mas de lo que pensabas— Ryan negó

—No, él es más fuerte de lo que parece sólo está buscando algo de tranquilidad, por cierto ¿a dónde vamos?— el sujeto le indicó al frente.

—No estamos demasiado lejos, es un bar que conozco— entraron a un estacionamiento subterráneo y el conductor les abrió la puerta, Ryan bajó del auto. No sabía bien dónde estaban.

—ammm ¿esto es algún tipo de lugar exclusivo?— torció el gesto.

—no exactamente, es un complejo de departamentos, hay un bar para los residentes, es tranquilo y privado, agradable para beber y tener una buena charla— contestó encaminándose y guiándole entre la variedad de exquisitos autos.

—no seras traficante de órganos o algo así ¿verdad?— el sujeto se rió.

—¿crees que te llevo a algún lugar peligroso? ¿Por qué trafico de órganos?— interrogó y él se lo pensó.

—veamos, de ser algo peligroso pensemos en las posibilidades, tratante de blancas— se rió— bueno, de blancos... solo no me vino a la cabeza, supongo que no es tan común en hombres como en mujeres, después ¿que podría ser? ¿venta de drogas? No creo que necesites obligar a alguien para hacer lo que quieres— mr. lunes levantó una ceja.

—Continúa— Ryan rió.

—Hey, te gusta que te halaguen— lo señaló— mmm, veamos... asesino en serie, deberían haber ya varias desapariciones en el pub ¿no?— se lo pensó— ¿violador?— se rió— ok no, no me pasó por la cabeza.

Entraron al vestíbulo del lugar y cruzaron directo al restaurant bar

—no piensas demasiado ¿no?— Ryan le vio con reproche.

—Esa no es buena forma de comenzar una relación, amigo— Mr. Lunes se rió.

—Eres hilarante, tú acabas de acusarme de tratante de órganos— Ryan se puso colorado.

—bueno, estaba intentando romper el hielo— Mr. Lunes le guió a una de las pequeñas mesas del lugar, en un rincón apartado, el hombre tenía razón, el lugar con la música baja era agradable.

Se sentaron a la mesa.

—entonces... ¿qué se siente ser Mr. Lunes?— el sujeto le vio levantando una ceja.

—¿me llaman de esa forma?— Ryan sonrió de oreja a oreja.

—se me acaba de ocurrir.

—¿vas con regularidad al lugar? Nunca te había visto— Ryan levantó ambas manos.

—culpable de ser primerizo— Mr. Lunes le vio con cierta perspicacia, cierto interés que le hizo sentirse incómodo por unos segundos, pero lo que sea que fuera desapareció rápidamente— entonces... Clint debe tener razón—buscó cambiar la dirección de la conversación rápidamente. El sujeto le preguntó con la mirada a qué se refería mientras un camarero se acercaba a su mesa y tomaba su orden, a diferencia de Mr. Lunes era el tipo de sujeto que bebía cosas que él no podía ni pronunciar, debía impresionar a hombres y mujeres por igual, su voz grave tenía un tono naturalmente sensual, cada movimiento era calculado y con cierta elegancia. Ryan observó maravillado como movía los dedos ligeramente al hablar con el camarero— tienes unas manos hermosas— soltó nada más irse el joven y Mr. Lunes sonrió levantando las cejas— oh...te decía...— intentando recordar de qué estaba hablando— oh si, Clint dice que debes sentirte solo ahí arriba como trofeo para los demás, digo en el buen sentido, no es como si fueses un objeto o algo— tal vez Mr. Lunes tenía razón y debía comenzar a pensar más antes de hablar.

—tranquilo, entiendo— el hombre colocó los antebrazos en la mesa encogiéndose de hombros— Solo no es la palabra que buscaría. Me agrada estar conmigo mismo pero de vez en cuando— movió aquellos largos y hermosos dedos hacia él— me agrada tener una buena compañía— Ryan no dijo nada, por el simple hecho de que su mirada estaba en aquellas manos— ¿tienes algún fetiche con las manos?— Ryan levantó la vista y notó la divertida sonrisa en el rostro del hombre.

—oh, diablos lo hice de nuevo, lo lamento, no quería incomodarte— sonrió y acomodó los brazos cruzados en la mesa— cuando era pequeño mi madre hacía sombras en la pared para mí, pero yo nunca veía las sombras, me gustaba mucho mirar sus manos, tenía unas manos hermosas, desde aquel tiempo a ahora no he cambiado mucho. Creo que tengo un fetiche con ellas— Mr. Lunes levantó ambas manos y Ryan pudo apreciar que eran grandes, de dedos largos y sin callos, manos hermosas, realmente hermosas.

—así que te gustan mis manos— Ryan ladeó el rostro.

—me encantan— Mr. lunes cruzó los dedos frente a él descansando sus manos entrelazadas sobre la mesa.

—vaya, de todos los halagos que me han dado este es el primero tan original— Ryan le sonrió y después se quedó serio de golpe.

—oh... espero que no creas que intento algo o que quiero ligarte o algo así— Mr. Lunes ladeó el rostro con una expresión juguetona.

—No se me habría ocurrido ni por un segundo— el hombre debía estar en mitad de la teintena y él apenas y pasaba los veinte, evidentemente no le interesaba...oh, por dios, estaba teniendo complejo de Clint. De cualquier modo tal vez debería decirle claramente que era heterosexual... bueno, el hombre decía que no creía que estaba interesado así que con eso debía bastar ¿cierto? Por otro lado si le decía; “hey, por cierto, no soy gay” ¿cuántas eran las posibilidades de no ofenderlo?

—dime ¿a qué te dedicas?— el camarero le llevó su bebida a Mr. Lunes y a él su cerveza.

—Aun soy estudiante – decirlo o no decirlo, bueno las buenas amistades siempre debían estar fundamentadas en la sinceridad— y stripper, aunque dudo que después de hoy pueda trabajar con el trasero que tendré mañana— Mr. Lunes se ahogó con su bebida.

—¿perdona?— Ryan le miró sin entender su extrañeza hasta que sumo dos más dos.

—no, mierda, no me estoy insinuando, quiero decir... pellizcaron mis mejillas traseras más de lo que lo hacen en el trabajo incluso, ¿tú a que te dedicas?— tomó de su botella esperando desviar la atención de él a su acompañante.

—soy cirujano— Ryan se sintió ligeramente incómodo.

—vaya...— entonces fue completamente consciente de la diferencia de clases entre ambos— debe irte bien.

—no me quejo- conversaron bastante rato y aunque era agradable el lugar no le dejaba estar tranquilo, la diferencia entre ambos no acaba de permitirle sentirse cómodo por completo, aunque debía admitir que la charla del hombre casi lo lograba.

—mmm, creo que tal vez debería marcharme ya, voy a pagar mi cuenta— anunció después de un par de cervezas, al final había seguido tomando lo mismo. Mr. Lunes levantó una mano negando.

—no, tranquilo, lo pago yo, también me retiro. Le diré al chofer que te lleve a tu casa, anda, vamos.

—¿eh?— no tuvo tiempo de protestar, antes de darse cuenta Mr. Lunes había ya pagado la cuenta y le había hecho entrar al auto sin darle mucha oportunidad de renegar.

—ha sido un corto pero agradable tiempo, ojalá nos encontremos en otra ocasión— Ryan asintió, pero esperaba sinceramente no volverlo a ver, el sujeto parecía agradable pero era demasiado atractivo para su seguridad heterosexual y demasiado aparentemente perfecto para su confianza personal.

—además el sujeto da escalofríos— se dijo a sí mismo, había estado casi una hora con él y no podía describirlo de forma precisa, era como si fuese demasiado perfecto, buena apariencia, buen trabajo, movimientos lentos y gestos calculados. Prefería pensar que el sujeto lo descolocaba a pensar que le atraía.

El auto lo dejó en la puerta de su complejo de departamentos, al bajarse y encontrarse de frente con su senc,illo barrio sonrió suspirando.

—Es mi hogar— con satisfacción descubrió que no se sentía inconforme ni avergonzado aún después de encontrarse de frente con el éxito de alguien más— el día en que la envidia me corroa espero traer una máscara— el había visto de frente ese día más de un rostro desencajado por ella y no era precisamente una vision agradable. Una visión al alma que esperaba no mostrar nunca.

Entró a su departamento, constaba sólo de una habitación que compartía con Ryan y una cocina/sala en donde aún se veían algunos rastros de la pelea que había tenido con su amigo aquella mañana. De ser sinceros su amigo podía pagar un mejor lugar para vivir, posiblemente no un complejo con estacionamiento subterráneo como el de Mr. Lunes, pero sí un lugar para sí mismo. Él sabía perfectamente, aunque su amigo jamás se lo dijese, que si se quedaba ahí era como un pretexto para ayudarlo con la renta. El trabajo de Stripper dejaba una considerable ganancia, era un trabajo que le permitía conseguir buenos ingresos en un corto tiempo, dejándole tiempo libre para la escuela, pero sin ser un trabajo de tiempo completo aún tenía problemas para manejar sus finanzas. Podría sin duda arreglárselas sin su amigo viviendo con él, pero compartir gastos de comida, renta y demás ayudaba bastante.

Vio la hora en el reloj de pared, era pasada la media noche, sería mejor irse a dormir. Al día siguiente tenía que regresar un par de libros a la biblioteca de la escuela. Sus vacaciones de invierno habían iniciado hacia dos días... En cinco días sería Noche Vieja, Ryan se había marchado cuatro noches antes de lo esperado, pensándolo con cabeza fría era mejor así, podía irse acostumbrando a estar solo en esas fechas.

Sin preámbulos, más que los de su aseo personal Ryan se fue a dormir y un par de horas después la mañana llegó fría y solitaria, pero llegó, lo que ya era ganancia, Ryan se levantó de la cama perezosamente, bostezó y en automático se calzó, se aseó, tomó su reproductor de música, sus audífonos y salió a correr. Pasados los minutos, mientras corría y entraba en calor fue poco a poco despertando, sintiendo la agradable sensación de sus músculos estirando y contrayendo. Sabía que debería calentar un poco antes de correr, sabía que algún día le pasaría factura pero de momento era un poco difícil salir de la costumbre.

Para cuando se encontraba cerca de volver a su complejo se encontraba cansado y de buen humor, correr siempre le ponía de buen humor, relajaba su cuerpo y eliminaba cualquier rastro de stress que pudiese querer instalarse en él.

Comenzó a trotar y después a caminar a poco más de media cuadra de la puerta de su edificio y mientras se quitaba los auriculares y su visión se encontró con una de las más desagradables que conocía, se replanteó volver a ponérselos y seguir corriendo. Pero el orgullo se lo impidió. Parado entre su ahora tan lejana puerta y él se encontraba uno de sus molestos vecinos, el sujeto tenía su edad. No estudiaba, se había dedicado desde varios años atrás al "modelaje y la actuación", había salido en algunos comerciales locales y participado en un par de campañas publicitarias de baja categoría, vivía en el edificio de enfrente, en un departamento considerablemente más costoso que el suyo. Por lo poco que había podido ver del

sujeto aprovechaba su atractivo relacionándose con gente más influyente que él, lo había visto por casualidad con algunos de sus amantes, el hombre no respetaba género o edad.

—Debe ser difícil levantarse después de una de tus noches de puta— escuchó al sujeto y siguió caminando tranquilamente mientras se quitaba los audífonos de los oídos, demasiado tarde como para hacer como que no le había escuchado.

—Y justo me preguntaba si ya te habías conseguido una vida— rodó los ojos mientras pasaba junto al otro y este se alineaba a su lado para caminar junto a él.

—qué gracioso— rió— estaba llegando de un trabajo cuando te vi bajar de un auto que en tus sueños podrías tener, ¿que pasó? ¿una clienta generosa?— Ryan iba a contestarle cuando escuchó la risilla del otro a su lado— oh espera, fue en realidad un cliente generoso ¿no es así? — Ryan notó que su pesadilla miraba hacia el frente y siguió su mirada, ahí parado junto a su auto como si el mundo le perteneciera estaba Mr. Lunes. Frunció el ceño, ¿qué demonios hacía ahí?. Ignoró a su acompañante y se siguió de largo acercándose al que suponía era su visitante.

—¡hey!— le saludó y este se giró hacia él, joder, realmente era aún más apuesto a la luz del día. Escuchó un sonido extraño tras él y se giró a tiempo para ver a su vecino trastabillar viendo como un imbécil al sujeto. Ya, en serio, ¿era posible que el hombre impresionara incluso a esa clase de sujetos? Notó a su vecino darse cuenta de que le observaba, recomponerse inmediatamente y mirarle aún con aquel desdén y desprecio acostumbrado antes de retirarse a su casa. Aunque sospechaba que cual vecina cotilla estaría espiándolo de entre las cortinas de su ventana. Había que ver que en realidad el sujeto no tenía vida.

Volvió la mirada donde su visitante y este le miraba con una expresión interrogativa— puedo suponer que no se trataba de un amigo— Ryan sonrió con suficiencia echando el cabello atrás.

—¿qué puedo decir? causo envidias— soltó juguetón— pero tu debes de saber de envidias— el hombre levantó una ceja.

—espero eso sea un halago— Ryan rodó los ojos.

—Lo es hombre, pero dime qué te trae por este humilde barrio— el sujeto ladeó el rostro.

—Olvidaste algo en el auto, o creo que sería mas correcto decir que se te cayó— Ryan frunció el ceño intentando recordar si había perdido algo, no lo logró y

cuando Mr. Lunes puso frente a él su celular notó que ni siquiera se había percatado de que lo había extraviado.

—joder, no había notado que no lo tenía— debía haberse caído cuando salía del auto, debía recordar no ponerlo en el abrigo que cargaba la próxima vez. En sus pantalones estaba bien— hey, gracias— suspiró mientras tomaba el aparato— que dices si te invito a de...— torció la boca antes de terminar la frase— debes tener cosas que hacer ¿cierto?

—desayunar sería un placer— respondió con aquel tono calmado, aquella sonrisa cautivadora y aquella seguridad que logró que Ryan sonriera y pasando a su lado le pisara uno de sus finos zapatos. Mr. Lunes hizo un gesto de dolor.

—Disculpa— sonrió, se sentía mucho mejor, eso era justicia divina— Anda, venga. Sígueme, te invitaré a desayunar. Por aquí hay un lugar pequeño, no creo que sea a lo que estes acostumbrado pero la comida es buena.

Mr. Lunes entrecerró los ojos y Ryan supo que sospechaba que lo había hecho a propósito, el conocimiento extrañamente solo le hizo sonreír más.

—¿no vienes?— Mr. Lunes soltó una risilla resignada y asintió.

—anda, vamos.

El comedor al que entró no era nada más que un restaurante familiar, el desayuno del día era económico y tenía un buen gusto. La mesera era una chica bastante mona que siempre le atendía con especial atención. Sabía que su buena apariencia abría puertas, pero cuando la chica le vio entrar y desvió la mirada al sujeto tras él inmediatamente tropezó enviando todas las tazas de café que llevaba al suelo. Ryan levantó una ceja volviendo la mirada a su acompañante.

—de casualidad ¿no es ley de tránsito que solo puedas usar vidrios polarizados?— Mr. Lunes no pareció entender y él rodó los ojos— olvídalo, anda, por aquí hay una mesa. El sujeto le siguió sin protestar y se sentaron uno frente al otro en una mesa en una de las esquinas del lugar— entonces, ¿no trabajas hoy?— mr. lunes miró la carta que se encontraba fija en la mesa.

—los martes son mi día libre, por ello salgo los lunes, así no me cuesta levantarme al día siguiente— así que por eso es que solo asisitía al pub los lunes.

—Debe gustarte el lugar para ser un cliente tan regular— Mr. Lunes se encogió de hombros.

—Tengo un amigo ahí y me atienden bastante bien— en realidad el sujeto era simple ¿cierto?

—eres mas sencillo de lo que esperaba— el sujeto se rió de buena gana volviendo la mirada a él.

—¿qué clase de imagen tenias de mi?— Ryan se encogió de hombros con una sonrisa burlona.

—Del tipo chimenea, bata, copa de vino en una mano y un cigarro en otra— Mr. Lunes soltó una carcajada.

—Demasiadas películas para tí, por no decir una visión bastante poco saludable.

—Así que eres un tipo de vida sana.

—Bueno, soy medico, soy consciente de mi cuerpo— Ryan se preguntó si era también conciente de lo que su imagen provocaba, por lo poco que lo conocía tenía el presentimiento de que no.

Lo que esperaba fuera un desayuno corto, en realidad se convirtió en una larga charla, agradable y fluida que le mantuvo en aquella mesa unas tres horas. Pasaron del desayuno a un jugo de frutas y después a una taza de cafe, como si solo estuviesen buscando algo que hacer mientras hablaban. El ambiente conocido y ver a su acompañante tan adaptado a un lugar humilde había bajado sus defensas y tenía que admitir que el sujeto le gustaba, de no parecerle tan agradable lo maldeciría por no tener defectos notables.

Cerca de medio día el teléfono de Mr. Lunes sonó permitiéndole a Ryan volver la mirada al reloj de pared notando el tiempo que había estado ahí. Había ido a correr y se había saltado su ducha mañanera. Él era un hombre de hábitos, se sintió raro al notar lo fácil que había salido de uno de ellos.

Cuando Mr. Lunes colgó Ryan le sonrió.

-Ha sido agradable charlar contigo pero creo que me es necesario un buen baño y sin duda tu debes tener cosas que hacer- llamó a la mesera pidiendo por la cuenta- hoy invito yo- Mr. Lunes no protesto.

-está bien, pero la siguiente correrá por mi cuenta.

-por supuesto- Ryan se encontró esperando una siguiente vez al tiempo que se repetía que no debía haber una siguiente.

Ryan tomó la nota de la cuenta y cuando iba a buscar su cartera Mr. Lunes sujetó su mano llamando su atención.

Ryan levantó la mirada interrogante hacia su acompañante.

-Come conmigo mañana- Los ojos de Ryan se abrieron un poco más de lo normal con la sorpresa y aunque inventó una excusa inmediatamente su boca traidora decidió actuar por su cuenta.

-será un placer- Mr. Lunes sonrió y su rostro mostró una especie de alivio que Ryan no entendió.

-Perfecto, vendré por ti cerca de las dos- y soltando la mano de Ryan se levantó, no dándole tiempo a éste de renegar- hasta mañana- y a paso seguro salió del lugar.

Ryan le observó salir en silencio, no pensó en nada, sólo lo contempló marcharse encontrando la visión de su espalda agradable y la perspectiva de la partida desoladora. Confundido pagó la cuenta y aunque pensó en alguna forma de cancelar la comida al día siguiente, sin un número de teléfono ni forma de contactarlo tuvo que resignarse a seguir con su día normalmente.

Después de aquel desayuno regresó a su casa, se encontró con su vecino, que parecía bastante contento de verlo regresar solo ¿en verdad que temía que trajera a aquel pedazo de perfección pegado a él todo el día? Desde su perspectiva no entendía a aquellos que soñaban con poder presumirlo, a él le molestaba más que otra cosa el que lo opacara, Dios no había sido justo al crear semejante hombre.

Mientras las horas pasaban con él haciendo reclamos a Dios sobre la justicia y la equidad humana también tuvo otras actividades, salió a la biblioteca, entregó sus libros, saludó a algunos amigos, incluso salió a comer con un par de chicas antes de volver a su casa, ver una película e irse a la cama sintiendo que el pequeño departamento era de repente demasiado grande para sí mismo.

Al día siguiente se levantó como cada día, por alguna razón miraba constantemente el reloj y por alguna extraña razón también la mañana pasó tortuosamente lenta. Curiosamente estaba bañado y vestido desde la una de la tarde y cuando Mr. Lunes tocó a su puerta el día se sintió algo más agradable, notó por primera vez que en el frío del invierno los rayos del sol eran más hermosos, que la gente parecía más contenta y que el cielo despejado tenía un azul maravilloso.

Mr. Lunes le llevó a un bonito restaurante frente al parque central de la ciudad, no era un lugar exclusivo pero tenía muy buena pinta, lo suficientemente bueno para notarlo y no tanto como para que Ryan se sintiese incómodo. El evento fue muy similar al del día anterior, tardaron mucho más de lo que debían en la mesa y sin duda fue muy parecido a la comida del día siguiente y el siguiente a ese y el que le

seguía. Y en el día que seguía la comida fue cambiada por una cena, al parecer porque a pesar de que en los días anteriores Mr. Lunes se había escapado tiempo de más en su trabajo, ese día le había sido imposible hacerlo. Ryan aceptó acompañarlo a cenar, no por que deseara verlo con urgencia si no simplemente por que le había dado pena la voz del sujeto disculpándose por teléfono y pidiendo dejarlo compensarlo en la cena.

La cena de aquella noche no fue como las comidas anteriores, debió ser la oscuridad en el cielo o la privacidad de las calles, tal vez que el restaurante era diferente, quizá porque los ligeros roces de los días anteriores fueron terriblemente evidentes, pero Ryan no logró sentirse tranquilo en toda la noche y finalmente cuando la hora de despedirse llegó y Mr. Lunes depositó casualmente un beso ligero en sus labios no supo que hacer. En silencio le dejó marchar y al ver las luces alejarse descubrió para su desgracia que el sentimiento fue aún más desolador que el de ver su espalda marcharse en aquel viejo restaurante.

Esa noche entró a la casa pero no logró conciliar el sueño con facilidad, era ya dolorosamente evidente que se había enamorado en tiempo récord del sujeto e irónicamente no le temía al hecho de amar a un hombre... no, era el solo hecho de estar enamorado lo que lo tenía aterrado, él sólo había amado a dos personas tras la muerte de sus padres; a Clint, a su madre y ahí terminaba la lista... Que Mr. Lunes se hubiese colado tan fácilmente en su corazón y en tan poco tiempo lo tenía temblando contra la pared. Estaba angustiado.

Al día siguiente Mr. Lunes no se comunicó con él, recordó que tampoco habían hecho planes para después. Cerca del mediodía su teléfono sonó y estúpidamente tuvo la esperanza de que fuese él, la decepción que le invadió cuando al que escuchó fue a su jefe ocasional lo dejó aún más deprimido. No le gustaba sentirse de aquella manera.

-Escucha Ryan, hay un trabajo muy bien pagado para esta noche ¿qué dices? Sé que es nochebuena pero recordé que habías dicho que estarías disponible estos días, la paga es muy buena por la fecha ¿Estás disponible?- Ryan se recordó que necesitaba el dinero y que había decidido aprender a estar solo en aquellas fechas, ningún día aburrido de la semana iba a cambiar sus convicciones.

-por supuesto, envíame la dirección y la hora por mail ¿Hay algún tipo de pedido?- la gente casi siempre pedía un policía o un bombero, algunas veces un médico. Pensar en la profesión no ayudó a mejorar su ánimo, su mente volvió al sujeto que había llegado a revolverle el mundo.

-nada en especial, pero ve de policía, es el genérico, pondré el dinero en tu cuenta en un momento.

-¿cuánto es?- su jefe rió un poco.

-Cuatro veces la suma normal- Ryan levantó ambas cejas soltando un silbido.

-haberlo dicho antes y ni siquiera lo pienso- su jefe se rió.

-enviaré la dirección y la hora a tu correo, hasta luego- su jefe colgó y a Ryan se le borró la sonrisa del rostro. No se sentía con ánimos de trabajar pero algo de adulación y ambiente festivo seguro podía levantarle el animo. Ser stripper y tener a un montón e mujeres queriendo poner las manos sobre tí y mirándote como si fueras el ultimo vaso de agua del desierto podía hacer maravillas con la autoestima.

Ryan recibió unos minutos más tarde la dirección de su trabajo, la hora así como la confirmación del depósito a su cuenta. A la fecha no había tenido problemas con su jefe en ese sentido. Se arregló con tiempo de anticipación y tomó un taxi al lugar indicado. El sitio era un buen lugar, posiblemente no de la talla de Mr. Lunes pero perfectamente el hogar de alguien que podía permitirse pagar cuatro veces más su sueldo por un stripper en navidad.

Se presentó en la recepción y le dejaron pasar indicándole el piso al que debía ir y al salir del elevador y buscar la puerta correcta no necesitó demasiado, la música se escuchaba retumbar por lo bajo desde una de ellas, como ahogada por la puerta y luchando por salir. Sonrió con suficiencia con el rostro coqueto que usaba para el trabajo y tocó al timbre, cuando la puerta se abrió la sonrisa se le heló en el rostro.

-hola- Mr. Lunes estaba frente a él, con una camisa blanca desfajada, los pantalones negros y los pies descalzos, parecía perfectamente cómodo en el lugar. Levantó el control que tenía en la mano y la música cesó- bienvenido.

Decir que Ryan estaba desconcertado fue poco, Mr Lunes se hizo aun lado dejándolo pasar y él entró encontrándose con lo que aunque era evidente aun desde afuera igualmente le descolocó aún más. Ahí adentro no había nadie, se giró y se encontró a su contratista cerrando la puerta.

-¿qué significa esto?- preguntó aun descolocado. Mr. Lunes se encogió de hombros.

-Me dijeron que eres bueno- Ryan frunció el ceño.

-No doy funciones privadas- oh no, eso normalmente no acababa en simple baile.

-es nochebuena, sé generoso- Mr. Lunes volvió a colocar la música y se acercó a él pegando su frente con la suya- por favor- pidió antes de separarse e ir a sentarse en un comodo sillón esperando su espectáculo.

Ryan por varios segundos no supo qué hacer ¿cómo demonios el hombre se había atrevido a hacerle eso? Le vio ahí, completamente tranquilo y confiado y rabió un poco por dentro. Finalmente sonrió y levantó el rostro con confianza. Escuchó la música y se dispuso a darle un espectáculo que no olvidaría. La reacción que obtuvo era la esperada, conocía unos ojos cargados de lujuria, de deseo, pero nunca le habían afectado más allá de la satisfacción personal, sin embargo, mientras se quitaba la ropa con desfachatez y bailaba con atrevidos movimientos su corazón se aceleraba más y más hasta que la cabeza le dio vueltas y notó que no podía seguir siendo profesional. No se atrevió a deshacerse de la ultima pieza de ropa y los pantalones se quedaron en su sitio a pesar de que debería haber sido lo segundo en salir. Su respiración estaba agitada. Tomó el control de la mano de mano del otro y detuvo la música.

-Es todo lo que paga tu dinero- le soltó y aunque no era un reclamo sonó como uno. El vendía su imagen... era cierto... pero jamas habría querido vendérsela a él.

No se detuvo a pensar en que estaba medio vestido, emprendió la huída hacía la puerta solo deseando salir de ahí lo mas rápido posible. Alcanzó a poner la mano sobre el pomo de cuando una mano le sujetó por el brazo haciéndolo girar, jalándolo y acorralándolo contra la pared del pasillo. Sintió los labios ajenos presionándose contra los suyos y aunque intentó resistirse, el cuerpo presionándose contra el suyo, el calor del momento y su piel necesitada le vencieron abandonándose a un beso que le arrancó el aliento, dejándolo agitado y excitado entre los brazos del otro.

-No te marches- escuchó la voz de su acompañante agitada y necesitada.

-ya termine aquí, no vendo otra clase de servicios- renegó no queriendo verlo al rostro, si solo lo veía seguramente caería en la tentación de abandonarse a la necesidad, al placer de probar aquello que se le ofrecía en bandeja frente a él.

-Tu trabajo terminó aquí- Mr. Lunes tomó su mentón haciéndolo girarse hacía el- quédate porque lo deseas... - Ryan lo miró y su cuerpo se estremeció, lo deseaba, por dios que lo deseaba con todas sus fuerzas, sintió los labios contra los suyos nuevamente y sus brazos buscaron con vida el cuerpo ajeno aferrándose a el.

Mr. Lunes no tenía intención de llegar tan lejos aquella noche, había pensado poner las cartas claras sobre la mesa, demostrarle de golpe que su interés no era

el de un amigo, pero se había contenido demasiado y ahora que lo tenía, no encontraba fuerzas para detenerse, con fuerza acórralo al chico contra una de las paredes y devoró con hambre aquellos labios con sabor a miel. Pero no tenía suficiente, no solo quería sus labios, lo quería todo; su cuerpo, su corazón, su alma y su mente.

Atrajo el cuerpo ajeno al suyo y lo guió entre besos a la habitación, lo ahnelaba pero lo quería en la cama, como debía ser. Apenas en unos días el muchacho se había metido hasta por debajo de su piel. Aquel lunes había ido al Pub solo a pasar el rato y tomar un trago, no había esperado que una preciosa sonrisa le robara el aliento desde la barra. Verlo pelear con David le había casi desalentado pero escuchar que peleaba por un amigo que consideraba un hermano comenzó a cavar dentro de su corazón hasta tenerlo metido bien profundo en él. El chico le había ido robando cada pensamiento poco a poco y ahora no podía sacarlo ni de su cabeza ni de su corazón.

Ya en la habitación lanzó al chico a la cama y se regodeó de placer al verlo semi desnudo y con los pantalones ya abiertos entre las sabanas, ya era suyo y nada iba a quitarle aquel placer. Aquel momento divino en que podía contemplarlo y ver en sus ojos que lo deseaba tanto como él, que lo ansiaba tanto como a él, le comía la piel y le hervía la sangre por la sola visión.

-¿ahora que?-Mr. Lunes escuchó la voz agitada y algo insegura de Ryan, no le agradó escucharlo así, no inseguro. Amaba la confianza del muchacho, la forma en que levantaba el rostro ante cualquiera y se mantenía firme en su papel, transparente y bello. Sin embargo, sabía por sus pláticas que nunca había estado con un hombre. Ser el primero le daba un malsano y exquisito placer.

Notó que la duda recorría a Ryan y se quitó la camisa atrapando su mirada, lentamente acechó sobre su pareja y lentamente tomó sus labios distrayéndolo, tomando nuevamente su mente, haciéndose de su cuerpo, una de sus amplias manos acarició su pecho y sintió a Ryan arquearse, sonrió para sus adentro, era cierto, Ryan amaba sus manos. Se separó lentamente y sonriéndole acarició su mejilla y para su deleite le vio cerrar los ojos y suspirar disfrutando de su roce. Su respiración se aceleró ante la visión. Quería tenerlo ya... pero no quería lastimarlo.

Ryan podía sentir como aquellas manos le quemaban, grandes y duras le robaban el aliento, nunca antes se había sentido tan afectado sólo por un roce y se encontró sintiendo que le faltaba el aire.

-más...- jadeó y Mr. Lunes besó su cuello haciéndolo suspirar, Ryan abrió las piernas invitándolo a tocarle y Mr. Lunes tomó la invitación sosteniendo el miembro ajeno entre sus perfectos dedos haciendo que Ryan sintiese el cielo envolverlo al igual que aquellos dedos le envolvían a él.

Tomó el rostro ajeno entre sus manos y lo jaló buscando su boca, devorando con ansias sus labios, moviendo las caderas. En su experiencia era todo lo que podía hacer, cuando Mr. Lunes acarició entre sus nalgas se sobresaltó, el aire se le fue y se removió negándose al toque pero la boca del otro le distrajo hasta que había ya un dedo en su interior causándole sensaciones que no había sentido antes, era como si una nueva puerta de placer hubiese sido abierta. No pudo seguir besando a su amante, el aire le faltaba y sus ojos lloraban de deseo.

-no puedo- jadeó negando y su amante besó su pecho, lamió y mordisqueó sus tetillas, él no tenía el control ahí y aunque era nuevo y desconocido no le desagradó. Se dejó llevar y sintió la boca ajena envolver su miembro enviando su cordura simplemente al carajo, las lágrimas corrían por su rostro con las emociones desbordándose, su pecho subía y bajaba, no sabía ya que parte de su cuerpo estaba siendo tocada, acariciada, su vientre hormigueaba. No recordaba haber sentido algo así con ninguna chica antes. El orgasmo estaba por venir pero su amante lo detuvo.

-aún no- le susurró mientras presionaba la base de su miembro no dejándolo llegar.

-quiero... -jadeó y Mr. Lunes se colocó entre sus piernas empujándose despacio dentro de él, había metido tres dedos dentro de él acostumbrándolo, pero no parecía haber sido suficiente. El cuerpo de Ryan protestó y éste se aferró a los hombros de Mr. Lunes- gmmm- abrió la boca sintiendo como el miembro ajeno lo llenaba, abriéndose paso dentro de él, partiéndolo y poseyéndolo- no...no, esperaba jadeó sintiendo que no podría con ello, su excitación disminuyó y su amante prodigó besos en su cuello y le acarició con aquellas maravillosas manos haciéndolo dudar y aferrarse a él hasta tenerlo completamente dentro- no puedo...- jadeó nuevamente y el otro se movió lentamente, fue extraño pero cuando el miembro ajeno volvió a moverse hacia su interior y golpeó algo en su interior fue como si un delicioso escalofrío recorriera todo su cuerpo excitando cada fibra nerviosa de su ser- ah...- para su vergüenza soltó un gemido extasiado. Su amante lo notó y repitió el proceso haciéndole olvidar cualquier incomodidad- no...no...- jadeó aferrándose a él sintiendo que perdía todo control, estaba en las nubes, en el cielo y en el maldito infierno, tanto placer le resultó incluso doloroso hasta que por fin algo hizo clic dentro de él y el orgasmo se apoderó de todo su cuerpo dejándolo completamente en blanco.

Sintió su interior cálido, había olvidado usar protección aunque en ese momento no lo pensó, su cuerpo se sentía exquisitamente cansado, se quedó aletargado y jadeante en los brazos del amante que jadeaba sobre él aún recuperándose del orgasmo que se había apoderado de él. No parecía haber salido mejor librado que él.

Sonrió un poco y acarició el cabello de su amante, este levantó el rostro y sonriendo le besó con ternura, su amante no habló, él tampoco lo hizo, se dedicaron tiernas caricias. No supo el porqué del silencio de su amante, pero

sabía porqué debía mantener él mismo el suyo. Si abría la boca, seguramente diría un “te amo” que podría cambiar más de una cosa en esos momentos.

Mr. Lunes salió lentamente de él y después de un rato le levantó, increíblemente aún con su buena altura no parecía ser un problema para el hombre levantarlo. Le llevó hasta el baño y se asearon, no sabía muy bien acerca de la rutina de aquella clase de encuentros por lo que simplemente se dejó hacer. Limpio y seco fue regresado a la cama y cansado se dejó llevar por el sueño en brazos del hombre que le había hecho tocar el cielo.

\*\*\*

Ryan se levantó con el sol penetrando aún a través de las blancas cortinas que cubrían el ventanal que parecía abarcar casi la mitad de una de las paredes de la habitación. Intentando recordar donde estaba se levantó y la sensación de molestia en su espalda baja le recordó exactamente en donde estaba. Avergonzado buscó con la mirada a su amante y para su desolación no le encontró. El corazón se le aceleró, él sabía perfectamente lo que aquello quería decir, nunca lo había hecho pero era hombre y sabía como funcionaba, ninguno se preocupaba por estar ahí cuando una mujer que no les importaba despertara ¿Que tan diferente podía ser entre hombres? Comenzando a arrepentirse de lo que había hecho, se levantó de la cama viendo sus pantalones en el suelo junto a su ropa interior, la tomó con premura y comenzó a vestirse aguantando la incomodidad en su espalda baja que se empeñaba en recordarle la tontería que había hecho.

Él, al menos se aseguraba de dejarle a su pareja en claro que sería sólo un acostón el que compartirían... ese hombre... le había...le había hecho sentir especial. Sintió ganas de llorar y al darse cuenta se dijo que estaba exagerando, se estaba precipitando y él no era así. Si sólo había sido un acostón él ya era un adulto, lo tomaría con calma y no dejaría que el otro notase lo que había significado para él. Se alegraba de haber guardado silencio la noche anterior.

Ryan encontró los zapatos y buscó la camisa por la habitación sin suerte- ¿buscas esto?- Ryan levantó la mirada encontrándose con un hombre que le resultó completamente desconocido. Su rostro debió ser de completa confusión porque el hombre se presentó tendiéndole la camisa.

-Toma, estaba en la sala- dándole la camisa le extendió la mano- mi nombre es Cole, este es mi departamento o algo así.... Ammm supongo que mi primo te trajo- Ryan estaba mudo... ¿ese departamento era de él? Recordó de golpe que la primera noche Mr. Lunes le había llevado a un lugar diferente diciéndole que era el

sitio donde vivía... genial, el sujeto ni siquiera lo había considerado digno de llevarlo a su propia casa.

-¿dónde está?- preguntó por no quedarse callado y porque la voz no le daba para algo más largo. El hombre frente a él se sonrojó, vio la pena en su rostro y si Mr. Lunes acababa de romper su corazón aquel rostro había roto su orgullo.

-Yo entré con mi llave, lo siento... él... ammm... no lo he visto- el creía que tenía el corazón roto... pero la frase lo dejó completamente destrozado.

-si... gracias- asintió. Para el hombre debía ser obvio por su ropa que era stripper y lo que pasaba por su cabeza no terminaba siendo diferente a lo que había pasado... había terminado vendiéndose a ese imbécil... - creo que es tiempo de que me marche- el otro asintió.

-ammm ¿quieres que llame a tu agencia? – Ryan le miró extrañado- ¿ellos no envían un auto por ti o algo así?- Ryan abrió los ojos grandes al notar lo que el otro había deducido.

-yo.... No soy un...- se atragantó al hablar- acompañante....- el otro se puso completamente colorado.

-oh, por dios. Lo siento, no fue mi intención... bueno es sólo que...- él sinceramente no quería escuchar sus disculpas, sólo lo hacían sentir peor.

-no, descuida. Gracias por... ammm... pasarme la camisa- eso era sinceramente incómodo pero agradecía que al menos el sujeto no lo echara a patadas de su casa, ¿qué tan seguido Mr. Lunes usaría su casa para sus conquistas? debía ser terriblemente seguido para que estuviese tan acostumbrado. Se sentía tan mal que ni siquiera era gracioso. Él, el experimentado y el chico de mundo que se sentía con derecho de aconsejar a Clint, había caído como un tonto por un don perfecto, justo como una estúpida chiquilla enamorada- y en tiempo récord- murmuró mientras bajaba por el ascensor. Se sentía mierda.

Salió a la calle y los villancicos le inundaron, era la mañana de navidad... vaya feliz navidad. Detuvo un taxi y pidió que le llevaran a su casa, estaba tan devastado que ni siquiera podía sentirse enojado, solo quería llegar a casa y sentirse algo más seguro entre sus cuatro paredes.

Cuando Mr Lunes entró al departamento, tenía una hermosa sonrisa en el rostro, desayunarian y después podrían ir a su departamento, había dejado el lugar arreglado y equipado para pasar una dulce navidad con su amante, no sabía si Ryan lo iba a aceptar la noche anterior pero había sido optimista. Pensó en recoger la ropa que habían dejado tirada en la sala al llevarle el desayuno pero no

la vio, sintiéndose algo alarmado esperó que su amante estuviese tomando una ducha. Entró a la habitación y se encontró de lleno con la cama vacía, buscó por la habitación pero lo que encontró fue a su primo sentado en un pequeño sillón.

-Debiste decirme que estarías usando el departamento, casi muero del susto cuando vi a un muy desnudo chico en la cama, por suerte llame a recepción antes de querer sacarlo a patadas del departamento.

-¿dónde está?- sintió un repentino ataque de miedo, por dios, que estuviese en la ducha.

-Se fue hace un rato, se levantó, tomó sus cosas y se fue, no pensé que fueses del tipo que contratara esa clase de servicios, en recepción me dijeron que tu habías dado permiso para que entrara... creí que era un acompañante. ¿Por qué contrataste un stripper?- había caído en cuenta de ello cuando el otro había negado que era acompañante y recordó los broches en la camisa de policía que le había pasado- entiendo que quieras compañía pero... bueno, sería más fácil solo salir con alguien ¿no?- su primo hacía mucho había dejado de prestarle atención- miraba todo el departamento como esperando que Cole se equivocara y Ryan saliese de algún lado en cualquier momento. Solo reaccionó cuando escuchó a su primo hablar sobre creer que era un acompañante.

-¿qué le dijiste?

-¿qué? Nada, no soy un cretino, respeto su trabajo, me preguntó si estabas por aquí y le dije que no te había visto, le pregunté si quería que llamara a su agencia- se puso una mano en la cara- creí que era un acompañante pero me sacó de mi error- Mr. Lunes sabía lo orgulloso que Ryan era y no quería ni imaginar lo que aquello debía haber hecho a su orgullo.

-Mierda- jadeó soltando el desayuno que llevaba en las manos saliendo de ahí lo más rápido que podía, debía alcanzar a Ryan.

-¡hey!- escuchó a su primo gritar tras él, debía decirle algo pero él no lo escuchó, se precipitó hacia el sótano por su auto rezando porque después de explicarle lo que había sucedido Ryan se lo tomase con filosofía.

Llegó en tiempo récord frente al complejo de departamentos de Ryan y se dirigió apresuradamente a la puerta, el portero ya le había visto en otras ocasiones y gracias al cielo lo dejó pasar sin problemas, le dijo cual era la puerta de Ryan y se encaminó a buscarla con el corazón en la garganta. Tocó con desesperación y no pasó mucho antes de que Ryan abriera tan solo con una toalla alrededor de la cintura y el cabello completamente mojado. Aunque su corazón saltó ante la visión, sabía que aquello no era una buena señal.

-Ryan... yo... ¿podemos hablar?- pero una bienvenida no fue precisamente lo que tuvo.

Ryan le golpeó sin pensarlo.

— No necesito tus explicaciones, no me importa si eres mr. lunes, martes, miércoles o el jodido año entero, no quiero tu discurso post te jodí y ya me fui.

—Ryan, escúchame por favor- pidió tocándose la mejilla, caliente por el golpe y arreglándose para entrar y cerrar la puerta tras él.

—No me interesa nada de lo que me digas— negó y para el desgarrar de su alma, Mr. Lunes notó sus ojos algo hinchados— no necesito tus explicaciones, caí como un idiota frente a ti pero puedo levantarme por mí mismo, es posible que solo sea un niño para ti pero soy mas fuerte de lo que crees.

—Sé cuan fuerte eres...- susurró con el corazón desgarrándose al verlo tan afectado, el no quería hacerlo sufrir.

—Entonces, déjame- exigió y Mr. Lunes notó que se le quebraba un poco la voz.

—Soy yo el que no es tan fuerte... te quiero... te necesito, no quiero dejarte ir— Ryano dudó.

—Entonces ¿por qué me dejaste solo en un departamento que ni siquiera era tuyo?

— ¡Fui por el desayuno! Yo... quería sorprenderte, no se suponía que mi primo estuviese ahí...

—Eso no explica por que me llevaste ahí...- Ryan no era tonto no iba a creerle tan fácilmente.

—No quería que supieras que era yo quien te había contratado, tu sabes donde vivo y no quería que sospecharas— Ryan se acarició el brazo.

—Entonces lo que paso en la mañana...

—Fue un terrible malentendido— Ryan le dio la espalda no queriendo verlo a la cara, había hecho una escena por nada... pero había tenido sus razones... se sentía avergonzado, aliviado, feliz y temeroso.

—Tu primo creyó que era una puta— suspiró.

—lo sé... — se acercó colocando sus manos en sus hombros— perdóname... debí estar ahí cuando despertaras...en verdad quería estar ahí cuando abrieras los ojos— Ryan se encogió de hombros.

—No soy una chica— Mr. Lunes le giró levantándole el rostro y la toalla fue a dar al suelo dejándolo desnudo en los brazos de su día favorito de la semana.

—El género no importa cuando amas a alguien- las palabras reforzaron su confianza nuevamente-... y por cierto... no vuelvas a abrir la puerta en esas pintas— el mayor acarició sus nalgas desnudas— no puede ser que cada imbécil que toque pueda verte así— Ryan suspiró mientras sentía los besos húmedos en su cuello.

—Soy stripper— le recordó y Mr. Lunes gruñó por lo bajo.

—¿estas seguro de que no puedo darte empleo?— Ryan lo separó y tomó su rostro entre sus manos.

—no vas a mantenerme, no dependeré de ti— el otro torció el gesto.

—Dependes de tu amigo— Ryan tuvo que admitir que tenía razón.

—Él es como mi hermano.

—Y yo el hombre que te ama— Ryan se separó suavemente y le dio la espalda recogiendo la toalla, le gustaba que le repitiera que lo amaba. Viéndolo mas tranquilo, verlo desarreglado tampoco estaba mal, había ido por él nada más notar que no estaba.

—no es lo mismo...además...— se acomodó la toalla cubriéndose la cintura—no voy a cambiar mi vida entera despues de seis días de conocerte... - aseguró, sintiéndose nuevamente el mismo.

—eso duele— Ryan se giró a verle y suspiró.

—no quiero ofenderte ni dañarte... pero me siento seguro aquí... — Mr. lunes asintió.

—dejame emplearte— Ryan sonrió con burla.

—¿me pagarás por joderme? Creo que aún no caigo tan bajo— Mr. lunes negó mirándolo con reprobación.

—Jamás he dicho semejante cosa, ¿que tal limpiar la casa?... pago bien— Ryan frunció el ceño.

—¿quieres que limpie tu casa?— se lo pensó— ¿qué tan seguido?

—cada fin de semana— eso parecía conveniente para Ryan.

—¿qué esperas que haga?

—bueno... aspirar, sacudir, enviar y recibir la colada... extender las sábanas— Ryan le miró con cierta coquetería.

—¿quieres que arregle las sábanas que me encargaré de desordenar?— mr. lunes sonrió notando que ganaba terreno, ya casi lo tenía.

—las ordenaré por tí si las desordenas con entusiasmo— Ryan le empujó juguetonamente.

—Imbécil— le acusó sintiéndose repentinamente avergonzado, joder, era como ser virgen de nuevo, no estaba acostumbrado a aquello.

—Deja que este imbécil te muestre su casa... ¿por qué no te vistes y te llevo?— Ryan jugueteó con la toalla

— bueno...

—vamos, es navidad...sé generoso....compláceme—Ryan suspiró.

—vale— sonrió—espera, déjame vestir.

—te prefiero cuando te desvistes, pero esperaré— Ryan negó pero se retiró y al volver de la habitación se encontraba vestido y arreglado. Mr. Lunes debía admitir que lo primero que le había atraído del joven era su apariencia. El chico alto [aunque no tan alto como él] le había atraído desde que lo había visto desde su lugar en su sitio vip, el cabello algo desordenado le invitaba a sujetarlo con fuerza, aquellos ojos seguros le rogaban por someterlo y aquel cuerpo exquisitamente esculpido y moldeado suplicaba en cada movimiento y gesto ser acariciado por sus manos. Había sido una sorpresa agradable descubrir que el carácter del chico también le atraía, le gustaba que fuese tan directo, tan decidido y a la vez transparente, le gustaba poder ver a sus ojos y tener la seguridad de que le hablaba con la verdad, de que no vivía a medias tintas. En su entorno las mentiras y el engaño eran cosa de todos los días, hundirse en aquellas pupilas verdes y verse reflejado tal cual era le acariciaba el alma y dibujaba automáticamente una sonrisa en su rostro.

—entonces... ¿me llevarás o no?— la voz de su amante llamó su atención y le sacó de sus cavilaciones, oh, él iba a llevarlo a su departamento, de eso no cabía duda y si corría con suerte no saldría pronto de ahí.

—claro, salgamos de aquí— salieron del departamento y Ryan se aseguró de dejar cada puerta y ventana cerrada. Ellos vivían en un barrio tranquilo pero no por ello no sería cuidadoso. Se giró a la calle a tiempo para ver a su vecino en la casa de enfrente espiándolo por entre las cortinas, en verdad no tenía vida ¿cierto? Sonrió un poco, bueno, qué más daba darle algo con que ladrar. Se acercó a Mr. Lunes y le tomó por la camisa jalándolo hacia él, sonriéndole cerró los ojos atrapando el labio inferior del otro entre sus dientes, jugueteando un poco antes de hacerse de aquella boca que podía dar tantos placeres, al separarse los ojos de su amante estaban encendidos.

—no se nque ha sido eso... pero me ha gustado— susurró y Ryan ladeó el rostro con una sonrisa llena de seguridad.

—el primero de mis regalos de navidad— Mr. Lunes levanto una ceja.

—quiero ver los demás— Ryan soltó suavemente el cuello de la camisa ajena.

—tal vez no lo veas... solo lo sientas— Pudo ver para su placer al otro acalorarse y tomar un poco de aire.

—espero que sea una promesa— Ryan rió haciéndole una seña para que se marcharan.

—es una amenaza— sentenció y el otro abrió las puertas del auto.

—vamos a casa— a Ryan le preocupó por un segundo la forma en que el otro lo decía, iban al departamento del otro... no al suyo. Sin embargo por primera vez en años alguien le estaba ofreciendo un hogar propio, durante años Clint había compartido el suyo con él, pero algo completamente suyo... era la primera vez. Le preocupaba iniciar una relación tan seria, no parecía que alguien como su acompañante hiciese las cosas a medias tintas y el no estaba seguro de poder corresponder con la misma intensidad.

El camino al departamento de Mr. Lunes fue silencioso, un silencio tranquilo en el que Ryan seguía planteándose en lo que se estaba metiendo, la intensidad de sus sentimientos le hacía sentir inseguro, desear algo con tanta fuerza... la última vez había sido cuando había deseado con todas sus fuerzas despertar de la pesadilla al anunciarle la muerte de su madre, justo un año después de la de su padre. Se había sentido tan solo y vacío... tenía miedo de sentirse así nuevamente.

Antes de darse cuenta estaban en el estacionamiento subterráneo de Mr Lunes y Ryan sonrió cuando éste le abrió la puerta.

—no hagas eso, es vergonzoso— rió y el otro, como si jugara, le tendió la mano para ayudarlo a salir. Ryan rió algo divertido pero aceptó— en serio no lo vuelvas a hacer— Mr. Lunes rodó los ojos.

—ok— aceptó y caminaron tranquilamente al ascensor mecánico, subieron directamente a su piso. Mr. Lunes pasó su tarjeta de identificación y el elevador le llevó directo a su piso. Cuando la puerta se abrió, el departamento que encontró no fue un golpe duro por el tamaño, su buen gusto ni mucho menos por que le impresionara el lujo. Lo fue por que desde las paredes con los bordes superiores llenos de follaje y esferas hasta el hermoso árbol navideño pasando por los decorados en pasamanos y mobiliario gritaba hogar— Bienvenido— no contestó, sintió los brazos ajenos rodearle por la cintura— quédate...— le escuchó pedirle y él tomó aire.

—¿esta noche?— mr. Lunes le besó la mejilla desde atrás.

—Para siempre sería perfecto... pero iniciar con esta noche me conformo— Ryan se giró en los brazos del otro.

—esta noche... será un placer— aunque en su interior ya sabía que quería quedarse ahí para siempre, después de todo... volvería a vivir mil veces el dolor de la pérdida por un día mas con sus padres... ¿por que dejaría ir la felicidad que la navidad le estaba ofreciendo? —solo quiero saber algo...— Mr. Lunes le miró levantando ambas cejas esperando su pregunta. Ryan sintió el calor en sus mejillas mientras la pregunta escapaba de sus labios.

—¿Cuál es tu nombre?

Fin

## Notas finales

Esta historia estaba pensada para ser en realidad la historia de las dos parejas, la historia de Ryan y la de Clint con sus respectivas parejas.... Pero me extendi un poco en la de Ryan y bueno... la de Clint tendrá que quedar pendiente para otra fiesta XD, espero que la historia y la recopilación en general les alla gustado. Fue hecha con mucho cariño y créanlo mucho trabajo >.<

Comentarios sugerencias o cualquier tipo de mensaje que quieran hacernos llegar los links se encuentran al principio de cada relato como seguramente ya notaron.

Muchas gracias por leer y por llegar hasta el final, besos y como dice el cuento:

“¡que dios los bendiga, a todos!”